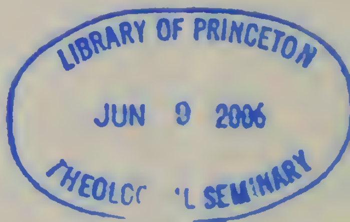
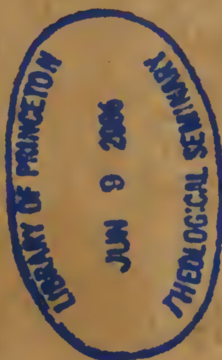

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 9 2006
THEOLOGICAL SEMINARY

LAS HIJAS DE MARÍA

SU CONDUCTA EN EL MUNDO







Las Hijas de María

Su conducta en el mundo

CONFERENCIAS

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS

POR EL

P. Dionisio Fierro Gasca

ESCOLAPIO

CON LICENCIA

BARCELONA

—

Gustavo Gili, Editor

285, Consejo de Ciento, 285

1904

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el libro vertido del francés al español, titulado: LAS HIJAS DE MARÍA, SU CONDUCTA EN EL MUNDO, *traducido del francés por el Reverendo* P. DIONISIO FIERRO GASCA, *de las Escuelas Pías, mediante que de Nuestra órden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares de éste rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.*

Barceloña, 14 de Septiembre de 1903.

EL VICARIO GENERAL,

Ricardo Cortés

Por mandato de Su Señoria.

Lic. Manuel Fernández

SRIO. CAN.

PRÓLOGO [1]

*Las Hijas de María, de Lyón,
á sus Hermanas*

Tuvimos el año pasado la felicidad de oir ocho conferencias sobre los deberes de la verdadera Hija de María, y sobre los medios que debe poner en práctica para responder á los designios de Dios sobre ella; recogimos aquellas palabras de vida, é hicimos un extracto con tanta fidelidad como pudimos, no proponiéndonos en ello más fin que conservar una copia cada una; pero acostumbradas á no tener con los miembros

(1) El traductor y el editor de este libro, se complacen en manifestar públicamente al editor Sr. Charles Poussielgue, de París, propietario de la obra original francesa, su agradecimiento por la benévola autorización que les ha concedido para publicar la presente edición española.

de la gran familia de María más que un corazón y un alma, la misma manera de pensar y la misma manera de sentir, creímos que todas nuestras hermanas estimarían como nosotras estos avisos que tan bien responden á nuestras necesidades, y hemos querido hacer á todas partícipes de este rico tesoro espiritual.

Cuadro de las conferencias que se nos dieron:

1.ª La Hija de María en sí misma y en sus relaciones con Dios.

2.ª Relaciones de la Hija de María con la Congregación.

3.ª La Hija de María en sus relaciones con las Congregantes.

4.ª Relación de la Hija de María con su familia.

5.ª Diario de la Hija de María.

6.ª Obras buenas de la Hija de María.

7.ª Relaciones de la Hija de María con el mundo; lo que debe evitar para sustraerse al contagio.

8.ª Lo que debe practicar para mantener la fe en el mundo, y derramar por doquiera el buen olor de Jesucristo.

Hemos procurado guardar el mismo orden en nuestros extractos, y aunque, al pasar por nuestra pluma, han perdido gran parte de su fuerza y de su unción estas preciosas instrucciones, creemos haber recogido con exactitud toda la esencia, para que puedan ser de gran utilidad.

Que los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María se dignen suplir lo que no hemos podido hacer nosotras, comunicando á la lectura de estos santos avisos aquellas vivas y puras luces y aquella unción celestial que necesitan las Hijas de María para sostenerse en medio de los peligros que las rodean en el mundo, y llenar en él la noble y hermosa misión que les fué confiada.

CONFERENCIA PRIMERA

La Hija de María considerada en sí misma y en sus relaciones con Dios.

I. Considerar, hijas mías, lo que debe ser la Hija de María en sí misma y en sus relaciones con Dios, será objeto de esta primera instrucción. La considero desde la cuna, esto es, desde el momento en que pretende formar parte de esta pequeña Congregación. Examino lo que debe ser en sí misma, las dotes de su alma, las disposiciones de su corazón, la familia á que pertenece, la educación que ha recibido, diciendo en seguida cuáles deben ser sus propósitos al tomar el título augusto de Hija de María, concluyendo por indicar los medios de que debe servirse para cumplir dignamente con su noble y hermosa vocación.

Quizá os asuste esta palabra, *vocación;* pero no encuentro otra, hijas mías, que pueda expresar con mayor exactitud los designios de Dios sobre vosotras, y las gracias de elección con que os ha prevenido. Al enviar al mundo sus criaturas,

sobre cada una de ellas tiene cuidados especiales, que se dirigen al bien de ellas y á su propia gloria. Para cada una en particular forma su Providencia un plan, en que están diseñados y dispuestos todos los medios de santificación que está dispuesto á concederles, lo mismo que todas las buenas obras para que las destina. Pero si, como no podemos dudarlo, existe para todos ese plan, y para todos encierra brillantes testimonios de la bondad divina ¿con cuánto mayor razón existe para vosotras, hijas mías, para vosotras á quienes parece se ha reservado la Providencia para que concurráis á sus designios y llenéis todas sus esperanzas? Desde el instante mismo de vuestro nacimiento, mejor aún, desde la eternidad, os tiene Dios destinadas para formar parte de ese rebañito de sus delicias consagrado de especial manera al amor y al servicio de María, honrado con su nombre dulcísimo, encargado de sus intereses, y de los intereses de su Hijo en medio del mundo. Y decidme, hijas mías, ¿no es eso vocación nobilísima, y no tengo razón para llamarla especialísima gracia?

Pero ¿qué os pide? ¿qué exige de vos-

otras antes de admitiros en la congregación esa santa, esa hermosa vocación? Tres cualidades indispensables: 1.ª Espíritu justo. 2.ª Corazón recto. 3.ª Voluntad generosa. Expliquémoslas detalladamente.

1.ª Espíritu justo. Por espíritu *justo* entiendo el espíritu sólido y reflexivo; que ve las cosas como son, y comprende la verdad en toda su precisión y pureza... Preciosísima cualidad, mucho menos común de lo que se cree, muy diferente de ese espíritu inconstante y de relumbrón, de tanta estima en el mundo, que se para en la superficie de las cosas, sin penetrar jamás en el fondo de las mismas. Las Congregaciones tienen necesidad de espíritus justos, y lo exigen de especial manera tanto la naturaleza de vuestra Asociación, como las obras que la Congregación os encomienda.

2.ª Corazón recto: esto es, aficionado y consagrado á todo lo bueno. El espíritu justo se alimenta de la verdad, la ama, se complace en ella, se une á ella estrechamente, y se entrega por completo á su servicio; de la misma manera se alimenta el corazón de todo lo que es bue-

no, justo y digno de alabanza. Estáis destinadas, hijas mías, á hacer el bien y á hacerlo en gran escala; mas para hacerlo es necesario amarle, y ese amor es á la vez el patrimonio y la recompensa de la rectitud de corazón.

Quizá me preguntaréis: ¿cómo puede un corazón dejar de ser recto? Llega, sí, esta desgracia, cuando se abre el corazón á afecciones bastardas. Lo comprenderéis con un ejemplo. Amáis á vuestros padres, á vuestras amigas virtuosas, á cuantos os quieren y os hacen bien; esas afecciones son legítimas, recto es vuestro corazón; pero si imprudentemente se inclina vuestro corazón á objetos peligrosos, si se abre á afecciones culpables, la rectitud ha desaparecido, ha dejado de ser puro el corazón.

Observad de paso, hijas mías, que no es lo mismo justicia de espíritu que rectitud de corazón; la primera es cualidad natural que en parte depende de la disposición de nuestros órganos; se la puede mejorar y perfeccionar, pero hasta cierto punto; mas cualquiera que sea la buena voluntad, no siempre se llega á juzgar con justicia. No sucede lo mismo con la

rectitud de corazón; nace con nosotros, y de nosotros depende, mediante la gracia de Dios, el conservarla ó recobrarla, si la hemos llegado á perder. Digo que nace con nosotros, porque á pesar de la raíz de los vicios que en nosotros son consecuencia del pecado original, al crearnos Dios, nos comunica cierta rectitud de corazón que su gracia se encarga de desarrollar, y que nos inclina, si con fidelidad la seguimos, á aborrecer el mal y á amar el bien.

Necesaria es pues la rectitud de corazón á la joven que aspira á ser Hija de María. ¿Se sigue de ahí que no puede ser admitida la que, engañada por algunos momentos, ha abierto su corazón á inclinaciones que reprueba la religión, pero que, tocada de Dios, ha vuelto á El con toda sinceridad? No por cierto; como he dicho, puede por un momento perderse desgraciadamente la rectitud de corazón, como nos lo dicen tristes ejemplos; pero puede recobrarse siempre, por depender de nuestra buena voluntad ayudada de la gracia. Sin embargo, hay que decirlo muy alto: jamás aparecerá ante Dios con el mismo lustre el corazón que se abrió

al mundo y á sus funestas impresiones, como el que ha sabido conservarse sin mancha. Nos dice el Autor de la Imitación que el corazón puro vé más allá de los cielos; y prueba la experiencia que á los corazones que permanecen constantemente inocentes y fieles se comunica el Señor con más facilidad, complaciéndose en derramar en ellos con más abundante efusión sus gracias, y prueba también que en ellos se cumplen con la mayor complacencia del mismo Dios los designios de su amor y de su misericordia sobre las almas.

3.ª La generosidad de la voluntad es la tercera cualidad que ha de adornar á la que ha de ser Hija de María. Indispensable es esta disposición. Lo sabéis bien. La Hija de María no puede contentarse con su propia santificación; la ha escogido Dios para que se consagre á su gloria y á la santificación de las almas; no le basta como á los demás cristianos trabajar vaga é indirectamente en este doble objeto; por voluntad expresa de Dios está obligada á procurar su gloria por todos los medios que estén á su alcance. Dadme una joven amante de la oración, cum-

plidora de sus deberes, pero que no tiene sino muy regular celo por la gloria de Dios, y al mismo tiempo cree que trabaja lo bastante en su salvación, y diré: Esta joven puede ser prudente, regular, piadosa hasta cierto punto, pero no hay en ella una Hija de María. Ese hermoso título, hijas mías, exige generosidad en el alma; se le lleva dignamente cuando se siente latir el corazón al solo pensamiento de Dios, de su gloria, de sus intereses, de los ultrajes que sufre de parte de sus ingratos hijos. Entonces es cuando se abrasa la Hija de María en deseos de repararlos. No temerá ella ni trabajos penosos, ni acabadoras fatigas, ni aún sangrientos sacrificios, desde que se trata de esos grandes intereses, los únicos capaces de excitar los sentimientos y la actividad de una congregante.

Espíritu justo, corazón recto, voluntad generosa; tales son las disposiciones que se exigen á la joven que aspira al hermoso título de Hija de María. Añado yo otras dos cualidades que, no por ser exteriores, son menos importantes: que pertenezca á honrada y virtuosa familia, y que haya recibido esmerada educación.

Es necesaria la primera de esas dos condiciones para establecer y conservar entre vosotras esas habituales relaciones que deben ser vuestro consuelo y vuestra fortaleza en medio del mundo. Y es la segunda, consecuencia de la selección que se hace de los miembros que forman vuestra Congregación. Como sabéis, deben formarla primero las antiguas alumnas del Sagrado Corazón, después las jóvenes que en el seno de sus familias han recibido cristiana educación, y en fin aquellas que han sido formadas para las virtudes que exige la religión y para aquel decoro que les impone su posición en el mundo, en aquellas Casas de Educación bien conocidas por su buen reglamento y por la confianza que inspiran á la buena sociedad.

II. Habéis visto lo que debe ser la Hija de María antes de ser admitida en la Congregación; considerémosla en lo que debe proponerse al pedir formar parte de ella.

Ante todo, es necesario que se proponga ser hija de la fe; mas para esto no le basta consagrarse, por la rendición del espíritu, á las verdades que nos propone

la Iglesia Católica: eso no es sino la fe que cree; y la Hija de María debe tener la fe que vive de la caridad fecunda, y que se prueba por las obras. Es necesario que su espíritu se identifique con su corazón, que juzgue de todo según las reglas infalibles de la fe, y que al mismo tiempo se dedique á conocer á Jesús y á su divina Madre, que se aficione á ellos, y que sus intereses sean los suyos; de este modo se desarrollará en ella la generosidad del alma de que hemos hablado. Ese conocimiento de los Corazones de Jesús y de María le hará sentir vivamente los grandes fines que se propone la Congregación, y la excelencia soberana de sus obras la llenará de vigor y de energía para consagrarse á ella con toda su alma. ¡Ah! inmensa es la diferencia entre la joven que obra llevada y animada de la fe, y la que no obra sino por natural bondad de su corazón. Os encargáis de la educación de niños pobres, los alimentáis y tenéis gusto en hacer por vuestras manos los vestidos con que han de cubrirse. ¿Por qué tenéis complacencia semejante? Porque en esos pobres véis al mismo Jesucristo que dijo: «Consideraré como he-

cho á mí mismo todo lo que hiciéreis á uno de esos pequeñitos». El amor que profesáis al Salvador Divino os lleva á socorrer á sus miembros que sufren. Ved ahí el espíritu de la fe. ¿Son así los sentimientos de esa beneficencia natural por la cual se mueven la mayor parte de los hombres? ¡Fríos son, no hay vida en ellos comparados con los demás!...

Al espíritu de fe viva debe unir la Hija de María perfecta docilidad á las inspiraciones de la gracia y á los consejos de los que para ella ocupan el lugar de Dios. Se ha dado por completo á Jesús y á María para trabajar por su gloria; debe por tanto estar pronta para cumplir con su santa voluntad, dispuesta á decirles como el joven Samuel á la voz que le llamaba: «Hablad, Señor, que os escucha vuestra hija» y á hacer generosamente el sacrificio que quieran exigirle. Mucho cuidado sin embargo con las ilusiones en tan delicado punto; por regla general tienen las jóvenes muy viva imaginación, y pudieran á veces tomar por inspiraciones de la gracia lo que reconoce origen muy distinto. Por poca importancia que haya, conviene no emprender nada sin el con-

sejo de un buen director ó de otra persona conocedora de los caminos de Dios.

Acabo de decir, hijas mías, que debéis ser mujeres de fe. Volvamos al mismo pensamiento, añadiendo que ese espíritu, esa vida de fe debe llenaros por completo é informar todas las potencias de vuestra alma. Nuestra alma es inteligencia, es amor, es voluntad, y, según la Escritura, y aún según el testimonio de la simple razón, en conocer, en amar y en servir á Dios consiste todo el hombre. Como criaturas racionales, más aún, como cristianas, debéis dedicar todo vuestro espíritu á conocer á Dios, todo vuestro corazón á amarle, toda vuestra voluntad á servirle; mas, como Hijas de María, estáis obligadas á hacerlo de una manera más perfecta. No debéis dedicaros sólo á conocer á Dios; debéis fijaros especialmente en el amor de Dios, en el amor del Corazón de Jesús. Reflexionad sobre los grandes misterios de caridad que allí se encierran en favor de los hombres; penetrad en el Corazón de nuestro Divino Salvador para medir, si posible fuere, la extensión y la profundidad de sus amores. Ese estudio ha de producir necesa-

riamente en vosotras dulcísimo sentimiento de reconocimiento y de amor recíproco, pues, considerando cuán sensiblemente ultrajado ha sido por los hombres que tan tiernamente ha amado ese Divino Corazón, dando por ellos su sangre y su vida, os afligiréis con él, simpatizaréis con los dolores que le causa su ingratitud, y para indemnizarle, haréis todo lo que esté de vuestra parte. El espíritu de fe os llevará á la devoción al Corazón deífico, y daréis la última pincelada esforzándoos en conformaros con él, en identificaros con sus afectos, y en seguir en todo sus ejemplos. Contemplando ese Corazón, modelo de mansedumbre, de humildad, de obediencia y de generosidad, os obligaréis á ser mansas, humildes, obedientes y generosas, y os hará tan simpáticas esas virtudes el amor de Jesús, que será para vosotras la cosa más natural del mundo hacerlas pasar de vuestro corazón al corazón de los demás. ¡Qué dicha, hijas mías, hacer conocer y amar á Jesús! ¡qué dicha hacer conocer y amar á María! Porque ahí precisamente está uno de vuestros más hermosos derechos: que no puede trabajarse por hacer conocer y

amar el Corazón del Hijo sin hacer conocer y amar al mismo tiempo el Corazón de la Madre.

III. ¿Qué medios deberá emplear la Hija de María para adquirir las virtudes de que acabo de hablaros, y trabajar eficazmente por la gloria de los Sagrados Corazones á los cuales pertenece de especial manera?

El primero de todos es la oración, y entiendo por este nombre ese ejercicio que, en mi concepto, os es de indispensable necesidad: os hablo de la meditación. Dad á ella un tiempo razonable; media hora, por ejemplo, ó al menos, un cuarto de hora. Rápidos progresos hará sin duda en la piedad la joven que sea constante en la meditación. Bien sé que se encuentran dificultades en un principio, mas perseverad, y desaparecerán bien pronto, siéndoos vuestra constancia preciosamente ventajosa. Creedme, me lo dice larga experiencia: no es posible llegar á ser verdadera Hija de María sin hacer diariamente un poco de meditación; sólo por ese medio pueden adquirirse y conservarse el espíritu de fe, el amor á los Sagrados Corazones de Jesús y de

María, el celo por su gloria y la imitación de sus virtudes.

El segundo medio es la frecuencia de los Sacramentos. Veo con consuelo, hijas mías, que no tengo necesidad de excitar vuestro celo en esta materia, y veo en ello una señal de la protección con que se complace María en cubrir esta familia que es suya de un modo particular.

El tercer medio, de que ya he hablado, es el estudio de los Sagrados Corazones de Jesús y de María; sólo añadiré una palabra, y es que debéis conocer cuán necesario es el ejercicio de la meditación para cumplir con este deber.

El cuarto y último medio que se os ofrece para dar al Señor todo lo que el Señor espera de vosotras, es fidelidad entera á las gracias que cada día recibís. Y ¡qué abundantes son esas gracias, hijas mías! Vuestras reuniones en que escucháis la palabra de Dios y en que mutuamente os excitáis al fervor; la unión de oraciones y buenas obras que existe entre vosotras; las innumerables indulgencias concedidas por el Soberano Pontífice á esta gran Congregación de la cual

formáis parte, indulgencias cuyos efectos pueden ser aplicados á vuestros padres, á vuestros amigos, á las almas del Purgatorio en general que tanta necesidad tienen de que mitiguéis sus penas... ¡Qué de gracias, qué de poderosos auxilios se ofrecen á cada una de vosotras para llegar al gran fin que os habéis propuesto! Sed fieles, hijas mías. Gracia aprovechada trae en pos de sí otra gracia; y esta segunda, cuando se ha correspondido á ella, nos trae otra mucho más importante. Imaginad los tesoros de gracias, y por consiguiente los tesoros de méritos y de recompensas celestiales que podéis acumular en un solo día. ¿Y qué será toda la vida, cuando se ha vivido en constante fidelidad? Incalculables son sus riquezas.

Voy á reducir á pocas palabras toda esta instrucción. ¿Qué debe ser la Hija de María antes de su admisión? Debe tener espíritu justo, corazón recto, voluntad generosa; debe pertenecer á virtuosa familia, y haber recibido esmerada educación. ¿Qué se propone ser? Hija de fe, instrumento dócil en las manos de Dios, fiel discípula de los Corazones de Jesús y de María, celosa de su gloria. ¿Por qué me-

dios llegará á adquirir tantas virtudes? Por la oración, por la meditación, por la frecuencia de los Sacramentos, por el estudio de los Corazones de Jesús y de María, por una tierna y solícita devoción á la Santísima Virgen, y por la fidelidad á las gracias ya recibidas y que ha de recibir.

CONFERENCIA II

La Hija de María en sus relaciones con la Congregación.

Consideramos ayer, hijas mías, lo que debe ser la Hija de María en sus relaciones consigo misma y con Dios; vamos á ver qué es lo que debe ser en sus relaciones con la Congregación de que forma parte.

Ante todo os diré en dos palabras qué es una Congregación. Congregación es la reunión de varias personas con un objeto determinado. Muchas piadosas Asociaciones hay en la Iglesia; todas tienen su fin: honrar á la Santísima Virgen, á San José ó á alguno de los otros Santos, procurar educación cristiana á los huérfanos, propagar las buenas lecturas, etc., etc. También la vuestra tiene su fin; lo conocéis todas vosotras, hijas mías, no es este el lugar ni el tiempo de explicároslo. Además de que, para formaros una idea acabada, basta recordar lo que os dije ayer, al trazar los rasgos principales de la Hija de María. Sólo diré que debéis

tener en gran estima los medios que os ofrece vuestra santa Asociación para emprender y cumplir tantas obras excelentes, que jamás hubiérais podido ni soñar, si hubiérais permanecido aisladas las unas de las otras.

Es tan cierta y tan probada por la experiencia la necesidad de la unión para llegar con más eficacia al cumplimiento del fin, que el demonio, pronto siempre á desfigurar las obras de Dios, ha sugerido á sus infames partidarios el pensamiento de unirse para hacer el mal del modo más eficaz y más seguro. Lo han comprendido bien los desgraciados, y entre ellos se ha formado una liga impía para aniquilar, si les es posible, la Religión de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué de golpes no han asestado contra esta santa Religión! ¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas no ha hecho derramar esa coalición infernal en los cien años próximamente que lleva de existencia! ¡Ah! era ciertamente necesario el brazo de Dios para dar firmeza á la religión perseguida, y para conservarla incólume entre tantos enemigos encarnizados interesados en su ruina, tanto más temibles en su criminal

empresa, cuanto se encuentran unidos más estrechamente.

Pero comencemos la explicación de los deberes que para con la Congregación os impone el título de Hijas de María. Tres son los principales: 1.º Debéis estimarla en mucho, tanto por el bien que hace, como por el que está dispuesta á hacer. 2.º Debéis amarla como á tierna madre. 3.º Debéis emplear vuestro celo en extenderla por doquiera, haciendo que prospere más y más cada día.

I. Primer deber que tenéis para con la Congregación: la estimación. ¿Por qué merece ese aprecio? ¿Acaso por sus muchos años? No, que apenas acaba de nacer: lo merece por su objeto, por su fin, por sus obras y por los medios de que se vale. Leed y volved á leer, hijas mías, el Reglamento de esta querida Congregación, y veréis el placer que ha tenido el Señor al reunir en ella los derechos que la hacen acreedora á vuestro amor. Hay sin embargo aquí un peligro sobre el cual debo llamar vuestra atención. Hay otras Congregaciones que por su buen espíritu y por el fervor de sus miembros son el consuelo y la gloria de la Iglesia. En

vuestro amor y en vuestra estimación por vuestra Congregación, guardaos de negar á las demás la consideración y el aprecio que merecen: trabajan como vosotras por la gloria del gran Maestro á quien servís, y, si bien es cierto que nada tenéis que envidiarles por los recursos espirituales, sed con ellas bastante justas, y que la consideración que para ellas guardéis en vuestro corazón, se traduzca en elogios que para las mismas debe haber siempre en vuestros labios.

II. Tierno y filial afecto debe unirse al aprecio que tenéis por vuestra Congregación. ¡Oh! ¿qué amor más justo y más legítimo? ¡Es tan buena madre! A ella debéis el insigne favor de ser Hijas de María, y el día en que fuísteis recibidas en su seno os comunicó una especie de nuevo nacimiento. Ella comunica á vuestras almas el espiritual aliento que necesitáis para crecer y para fortaleceros en la virtud. Todos los meses corre por vosotras en el altar sacrosanto la sangre de Jesucristo; todos los meses y con más frecuencia aún, instrucciones piadosas os comunican luces vivas y saludables afectos, tan propios para manteneros en el

bien y para que hagáis cada día nuevos progresos. ¡Cuántas gracias y cuántos motivos de aliento encontráis en los buenos ejemplos de las unas y de las otras, y en esos lazos dulcísimos que unen vuestros corazones!

Pero además de esos auxilios exteriores que os vienen de tan buena madre, ved lo que hace por vosotras al daros el hermoso título de Hijas de María.

¡Qué abundancia de gracias interiores que os iluminan y os dan á conocer vuestros defectos, las virtudes que os faltan, y lo que Dios puede exigir de vosotras! ¿Sabéis hasta dónde llegan los auxilios y las luces que en tropel llegan á vuestras almas con la frecuencia de los sacramentos? En el sagrado Tribunal de la penitencia las aguas saludables de la gracia llegan hasta vuestro corazón, y le comunican su primitiva pureza, y en la Santa Mesa, el mismo Dios desciende á vosotras, llena vuestro corazón, os habla, os alienta, os fortalece; sobre vosotras desciende todo género de gracias, porque por vosotras ruega incesantemente María vuestra buena Madre, y el corazón de un hijo nada puede negar á su madre.

Y notad aquí, hijas mías, una circunstancia bien propia para excitar en vuestro corazón el más vivo reconocimiento y el amor más tierno hacia esta querida Congregación. ¿A qué edad os admite entre sus miembros? A los quince, á los diez y ocho, á los veinte años; en el momento más importante á la vez que más peligroso de la vida, en la edad precisa en que en los corazones tiernos se desarrollan con mayor pujanza las pasiones. Irreparables consecuencias tiene entonces una mala costumbre, si se ha tenido la desgracia de adquirirla; pero también las sanas costumbres que en esa edad se adquieren son una suerte de seguridad de que jamás se ha de perder la virtud. ¡Qué merced ser recibida en esos momentos decisivos bajo la especial protección de María, y hallar en medio de su privilegiada familia tantos medios para librarse del mal y para perseverar en el bien!

No lo dudéis, hijas mías, vuestro título de Hijas de María, si lo tenéis en la estimación que debéis, es para vosotras firme garantía de perseverancia en la virtud, y, aún me atreveré á decirlo, prenda segura de una santa muerte, pre-

ciosa en la presencia del Señor y acompañada de abundantísimos consuelos. Traed á la memoria el fin dulce y tranquilo de aquellas vuestras hermanas que se ha llevado el Señor de en medio de vosotras; ese fin será el vuestro, hijas mías; en aquel momento supremo experimentaréis todas vosotras las dulzuras que hay en vivir y en morir siendo Hijas de María.

¡Cierto que son muy poderosos motivos para amar vuestra Congregación!... Pero los efectos probarán si es verdadero y efectivo ese amor. Sed primero solícitas en haceros presentes en las reuniones, dispuestas siempre á estrechar los lazos que os unen las unas á las otras, y prontas á daros mutuamente facilidades para las buenas obras que os impone vuestra vocación. Y si un día no podéis asistir á esas santas reuniones, haceos presentes al menos con el corazón, uniéndoos á las oraciones de vuestras hermanas con algún piadoso ejercicio. Y si nada os permiten en el exterior las circunstancias, elévese vuestro corazón á Dios, á María, y con frecuentes jaculatorias atraeréis sobre vosotras las gracias que solicitan en favor

de sus compañeras ausentes vuestras hermanas congregadas. Sé muy bien, hijas mías, que circunstancias imperiosas pueden impediros la asistencia á las reuniones; sin embargo, trabajo me cuesta creer que no obtendréis el competente permiso de vuestros padres, si hacéis uso del ascendiente que os da, para con ellos, la ternura con que os aman y el cariño que vosotras les profesáis. Hacedlo así, hijas mías, y, no lo dudéis, sacaréis de aquí inmensos beneficios. Sé también que muchas de entre vosotras pasáis una parte del año en el campo; pero sabed que también allí sois Hijas de María, y podéis cumplir con vuestros deberes de Congregantes. Mantened correspondencia con la Presidenta ó con la Directora: ¡se leerán siempre vuestras cartas con tanto gusto! Por este medio conservaréis con vuestras hermanas la dulce unión de los corazones y las relaciones de intimidad que os debe ser siempre tan cara.

III. Vuestro tercer deber para con la Congregación es el celo por su propagación. Cinco son los caracteres principales de ese celo: 1.° Debe ser verdadero y puro. 2.° Constante. 3.° Discreto.

4.° Prudente. 5.° Ilustrado. Os diré algo sobre cada una de estas cualidades.

1.° Verdadero y puro. ¿De dónde tomáis el agua cuando la queréis en toda su pureza? del manantial. Sólo allí no está enturbiada por el barro que arrastra en su corriente. Lo mismo sucede con el celo. Si queréis tenerlo y conservarlo en toda su pureza, tomadlo del manantial de su origen, de los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María. Con tierno, ardiente y generoso amor hacia esos Corazones divinos (1), dispondréis vuestros corazones á embriagarse en ese celo, distintivo carácter de un alma que les está especialmente consagrada.

2.° Vuestro celo debe ser constante. Siempre y constantemente debéis desear y procurar el bien de la Congregación, no sólo después de una exhortación, después de una piadosa conferencia, ó en momentos especiales de fervor. Además,

---

(1) El autor aplica el epiteto *divinos* á los dos Corazones de Jesús y de María; realmente no puede decirse *divino* hablando del Purísimo Corazón de María. Es Madre *divina* porque es Madre de Dios, pero no puede decirse que tiene un Corazón *divino*. (Nota del Traductor).

el celo de que os hablo no es celo de arrebato ó de capricho, es celo tranquilo, reflexivo, no ha de ser fogoso y porque sí, sino ardiente y que sepa conservar su calor; deseo que sean tales las disposiciones de vuestro corazón, que estéis siempre prontas para decir: «Deseo el bien de la Congregación, y estoy dispuesta á procurarlo en cuanto de mí dependiere».

3.° Debe ser discreto vuestro celo. Discreto, atendida la naturaleza de vuestras obras que no deben ser emprendidas con ardor inconsiderado, sino con calma, con prudencia, con consejo;..... discreto, porque no deben publicarse exteriormente, ni ser objeto de conversaciones entre personas extrañas lo que pasa en las interioridades de la Congregación. Sin duda que no se exige que hagáis misterio en vuestra familia de las cosas que pueden decirse; pero no dejáis de conocer que el discernimiento debe ser aquí compañero de la franqueza y de la sencillez. ¿Convendrá acaso que sirvan de pábulo á la curiosidad y quizá á la crítica de las gentes del mundo, el nombre de vuestras compañeras, su admisión en la Sociedad, las obras á que con ellas os consagráis, y

los consejos que recibís? No insisto más en esto: comprendéis muy bien los graves inconvenientes que de ahí se siguen.

4.º Vuestro celo debe ser prudente. Entre la prudencia y la discreción hay gran diferencia, hijas mías; tanto la una como la otra deben ser inseparables compañeras del celo; pero consiste la última en no decir lo que se debe callar, y la primera en no hacer lo que debe omitirse; y ved aquí como anillo al dedo la precisión y exactitud en el juicio de que hablábamos ayer. Un celo fogoso y que no está regulado por la solidez del juicio, dará pasos inconvenientes que podrán tener fatales consecuencias. Proponéis, por ejemplo, para ser recibida en la Congregación, una joven cuyos principios y cuya posición en el mundo no os son bastante conocidos... Se la recibe por vuestra recomendación, y bien pronto se nota, que, siendo por otra parte buena, no es la que se necesita para que exteriormente sirva de la edificación que se espera de una Hija de María. Ved ahí un paso en falso, del cual os hubiera preservado un poco más de prudencia y de reflexión.

Con la reflexión se acompaña generalmente la última cualidad del celo de que os he hablado al deciros que debe ser ilustrado. Necesitáis distinguir entre las obras que podéis emprender. Para esto os ayudará el discernimiento que os servirá para conocer los medios más apropiados al fin que perseguís; y lo necesitáis también para conciliar vuestros deberes de hijas de familia con los de congregantes celosas. ¿De dónde podéis sacar esas tan necesarias y tan indispensables luces? De la oración. Dios se llama el Padre de las luces. «Jesucristo nuestro Señor es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene al mundo». Orad, y en abundancia se os comunicarán esas divinas claridades que salen del seno de Dios como de su foco, sobre todo si las pedís por María vuestra Madre, porque es omnipotente (1) ante Dios. Y ¿cómo podría ella negar nada á un alma que no busca más gloria que su gloria y la de su querido Hijo?.

(1) San Bernardo llama á María *omnipotentia supplex*. (Nota del traductor).

CONFERENCIA III

La Hija de María en sus relaciones con las Congregantes

Vimos ayer lo que debe ser la Hija de María en sus relaciones con la Congregación; y vamos á ver hoy las que debe tener con los miembros de esa misma Sociedad de la cual han hecho una gran familia Jesús y María.

Grande es la dificultad en que me encuentro, hijas mías, al pensar en la palabra de que debo servirme para expresar esas relaciones. Si digo que sois *amigas*, paréceme muy débil la palabra. Si digo que sois *compañeras*, me parece más débil todavía, y no da idea de lo que yo pienso de los lazos que os unen. Si os llamo *hermanas*, creo que la palabra dice más de lo que deseo. Y sin embargo no encuentro otra que exprese mejor lo que debéis ser las unas con respecto á las otras. Después de todo, veo que os conviene este nombre por cualquiera lado que se mire. Hijas de María, todas vosotras sois hijas de una misma

Madre, y por consiguiente sois verdaderamente hermanas, y hermanas unidas por la elección y el amor de la Santísima Virgen que os ha congregado á todas en su Corazón. Y si os doy ese nombre, como en efecto debo dároslo, ¿qué palabras podrán servirme para expresar el sentimiento que debe uniros á todas? No puedo llamarle *amistad*, porque esta palabra se emplea en el mundo para indicar un sentimiento totalmente humano; y el de que aquí se trata es de naturaleza diferente. No puedo llamarle *afecto*, porque es más débil que la anterior esta expresión; pero la religión me proporcionará una palabra que revele mi pensamiento, y que confío habéis de tener vosotras en todo aprecio, y será el principio de vuestra unión, el sentimiento que debe llenar vuestros corazones: la *caridad*. El mundo se reirá de esta palabra, pero es la palabra que mejor habla al corazón de la Hija de María. Veamos en qué consiste, y considerémosla 1.° en sus fundamentos, 2.° en sus caracteres, 3.° en su ejercicio.

1.° ¿Cuáles son los fundamentos de la caridad? Primero y ante todo, se funda

en el amor que profesáis todas á María: unida cada una al Corazón de esa divina Madre, se halla unida con todas sus hermanas; vuestros corazones no hacen más que uno sólo en ese inmaculado Corazón. Queriendo San Pablo hacer sentir á los primeros fieles la unión que debía existir entre ellos, les decía que eran todos miembros de un cuerpo, que tenía por cabeza á Jesucristo. Admirablemente bien se aplica á las Hijas de María esa comparación que hacía San Pablo de los cristianos. Y cierto que es muy justa: todos los miembros de un cuerpo tienen una misma vida; la misma sangre corre por sus venas; todos concurren á las mismas operaciones; juntos forman un sólo todo, y conservan entre sí la armonía más perfecta. Hagamos la aplicación: Todas vosotras estáis animadas del mismo principio de vida sobrenatural; ese principio es la fe, la gracia, el amor de Dios, el celo por su gloria. ¿No puedo decir que corre por vuestras venas la misma sangre? ¿Y esos favores de elección por los cuales os ha hecho María hijas suyas, las amables virtudes que os dice podéis aprender en su Corazón, no son

esa sangre espiritual, si vale la palabra, que os ha comunicado á todas al hacerse vuestra Madre, sangre preciosísima que pasa de su Corazón al vuestro, comunicando á todas el mismo calor, conservando y renovando sin cesar vuestras fuerzas para servir á su divino Hijo? Vuestras obras no son ya bien privativo de cada una; todas participáis de las obras de todas en la Congregación; y ese cuerpo unido ya por lazos tan dulces, se encuentra más unido aún por el de la caridad más verdadera, más tierna y más íntima. Hermosa madre es por cierto esta Congregación, y podéis consideraros felicísimas en pertenecer á ella.

Permitidme, hijas mías, decir algo más sobre los beneficios de esa dulce caridad, y haceros ver la superioridad de sus sentimientos sobre los sentimientos que inspira lo que llama el mundo *amistad*. Fúndase ordinariamente la amistad en cualidades naturales, en cierta conformidad de gustos, de inclinaciones, de carácter, de lazos de sangre, de costumbres sociales,... á veces hasta la vanidad y el interés entran á formar parte entre esos primeros motivos, que no

tienen, es cierto, nada de criminales, pero que no pueden inspirar sino sentimientos humanos, siempre débiles, siempre fáciles para evaporarse, y no pocas veces muy peligrosos.

Por el contrario, la santa amistad que debe uniros y que he llamado caridad, tiene solidísimos fundamentos, puesto que está formada por conformidad de miras y deseos que tienden siempre á un fin sobrenatural; todas vosotras abrigáis los mismos propósitos, tenéis los mismos designios: procurar la gloria de Jesús y de María y trabajar en la santificación de las almas; todas estáis unidas por las mismas obras, considerándoos felices en poder concurrir á ellas cada una según vuestras facultades; tenéis en la tierra los mismos alientos para la virtud, y esperáis en el cielo la misma recompensa. Tales son los fundamentos de la amistad sobrenatural que existe entre vosotras. ¡Ah! superior es ciertamente á las amistades del mundo, y dulce debe pareceros comenzar á amaros así en la tierra, para que ese mismo amòr os una un día en el cielo.

2.° ¿Qué caracteres debe tener la

caridad que os une en el Corazón de María? También en esto encuentro diferencias entre vuestra amistad y las amistades del mundo... Allá en el mundo, las afecciones son ordinariamente exclusivas: se pega el corazón á un objeto, y no guarda para los demás sino frío é indiferencia. Esa es la razón entre otras muchas sólidamente fundadas de trabajar por impedir las amistades particulares en aquellos lugares en que se reunen muchas jóvenes, en los Colegios por ejemplo. Lo sabéis bien, hijas mías, y quizá alguna lo sepa por experiencia propia, esas amistades, cuando son extremadamente vivas, secan el corazón, y llegan hasta destruir los sentimientos de amor de Dios que comenzara á desarrollar la gracia; y se comprende fácilmente. Procediendo de la naturaleza, y basándose en cualidades puramente humanas, no tienen esas amistades relación alguna con los sentimientos que reconocen la gracia como principio, y pierde Dios por necesidad en aquél corazón lo que aquél corazón da de más á las criaturas.

Además, las amistades del mundo ni son iguales ni constantes. Ora llegan

hasta el apasionamiento más vehemente, ora se enfrían poco á poco y se extinguen por completo. Es que en el humano corazón no hay más que debilidad é inconstancia, cuando no se halla sostenido y dirigido por la fe. Bien poco se necesita para dar al traste con una amistad mundana, con una amistad natural: el despecho del amor propio, los celos, algo de enfriamiento que ha llegado á notarse, todo esto basta y sobra para romper lazos que parecía habían de ser eternos. Además hay cambios de estado, de posición, de fortuna: se entra á formar nueva familia; nuevos cuidados, nuevas solicitudes, nuevas amistades reemplazan á las amistades primeras; se olvida á la amiga, ó á lo más se conservan ciertas relaciones vagas y generales que no merecen ciertamente el título de amistad.

¡Diferentes son los lazos formados por la caridad entre vosotras, hijas mías! Entre vosotras es cordial y constante el afecto; no depende de las circunstancias, jamás deja de ser lo que fué, porque son siempre los mismos los motivos; no tiene la impetuosidad de la pasión, sino que es siempre suave, siempre sólido,

perseverante siempre; es además universal por lo mismo que es sobrenatural, y la gracia que dilata el corazón del hombre puede hacerle amar á la vez é igualmente todos los objetos que Dios presenta á su amor. Entre vosotras se encuentra en verdad ese consolador carácter de la caridad; ved cómo os halláis prontas para amaros todas aun antes de conoceros bien. ¿No es verdad que cuando encontráis una Hija de María, aunque pertenezca á otra Casa, aunque, más antigua que vosotras, haya estado mucho tiempo ausente, cuando la véis por primera vez, no es verdad, digo, que os sentís inclinadas á amarla y á mirarla con benevolencia? Es que María, vuestra Madre común, une con el suyo todos vuestros corazones, y forma entre vosotras esas tiernas é íntimas relaciones que, cuando llega la ocasión, se hacen sentir de la manera más agradable.

Pero hay entre las amistades del mundo y los lazos que á vosotras os unen un último rasgo de disparidad que os quiero hacer notar. Aun cuando, lo que rara vez se ve, duren las primeras toda la vida, concluyen con la vida: la muerte

es el término fatal. ¡Qué desolación para un alma cuyos sentimientos y cuya conducta no ha regulado la fe, cuando llega la muerte á herir el objeto de sus amores, y lo arranca de sus brazos y le arrebata todas sus esperanzas! ¡Qué consuelos, por el contrario, derrama la fe, ante semejantes pérdidas, cuando ilumina con sus celestiales resplandores! Lo sabéis, hijas mías, y no temo ante vosotras reabrir heridas que sangran todavía... Muchas jóvenes que amásteis como hermanas, han desaparecido de en medio de vosotras; su pérdida os hizo derramar lágrimas abundantes, pero, ¿han sido perdidas para siempre? ¡Oh no! habéis levantado los ojos; con las penetrantes miradas de una fe viva habéis rasgado el velo que os oculta la hermosa región donde tiene Dios reunidos á sus escogidos; allí sabéis que habéis de encontrar á vuestras jóvenes hermanas; allí os aman ellas aún con el mismo amor con que las amáis vosotras; corto es el tiempo de vuestra separación. ¡Hermosura de la fe, qué dulzuras sabes mezclar á nuestros sinsabores! ¡Qué bálsamo tan precioso derramas en las más dolorosas llagas de nuestro corazón!

He considerado, hijas mías, la dulce caridad que debe unir vuestros corazones, 1.° en sus fundamentos, 2.° en sus caracteres; réstame hablar de su ejercicio. Delante de mis palabras, va, hijas mías, vuestro corazón; ya sentís lo que voy á deciros sin necesidad de entrar en largas explicaciones; comprendéis que las Hijas de María deben considerarse, amarse, ayudarse mutuamente en el mundo, favorecerse si la ocasión lo pide, mas, sobre todo, excitarse á la virtud por todos los medios posibles. Mejor que á otra alguna puede aplicarse á vuestra escogida y privilegiada familia este principio enseñado por el Apóstol Santiago: cada fiel está encargado del alma de su hermano. Si los cristianos todos se deben mutuamente ejemplo, oraciones, y, en ocasiones, consejo, ¿qué no se deberán los miembros de una Congregación dedicada á procurar la gloria de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y que deben distinguirse por la caridad? No temáis, hijas mías, ayudaros á veces con un consejo, cuando os da facilidades alguna circunstancia feliz. No se conduce en el mundo, como está obligada á hacerlo,

como verdadera Hija de María, una de vuestras hermanas: es ligera, inconstante, inconsiderada, se encuentra quizá en circunstancias delicadas y peligrosas; un consejo prudente dado con todos los miramientos de la caridad puede hacerla salir de un mal camino, puede evitarle una falta, puede impedirle ir más lejos en la senda comenzada; ¿le negaréis ese consejo? sería verdaderamente cruel. Teméis que no puede ser bien recibido, quizá la prudencia os aconseje guardar silencio; pero si conocéis lo bastante á vuestra joven hermana, y juzgáis que le ha de aprovechar vuestro consejo, no la privéis de ese socorro que puede ahorrarle tantas lágrimas. Sin duda, hijas mías, que estáis todas, tanto las unas como las otras, en esas bellas disposiciones de sencillez y de franqueza de ánimo, y os consideráis felices contando con ese tan excelente medio para resistir á los peligros de vuestra posición, y á los atractivos del mundo.

Más exige aún la caridad que debe unir vuestros corazones; os exige que procuréis ayudaros mútuamente, visitaros en vuestras penas, en vuestras enferme-

dades, en las diferentes pruebas que puede enviaros la Providencia. Sé que, menos libres que las jóvenes casadas, no podéis siempre seguir en esto las inclinaciones de vuestro corazón; pero haced todo lo que vuestra posición os permita. Si no podéis visitar á vuestras hermanas enfermas, rogad por ellas, asistid al Santo Sacrificio de la Misa, comulgad para obtener su salud ó al menos paciencia en la enfermedad, y gracia para hacer de ella buen uso. ¡Hermosa manera de ayudarse y de probar así el santo cariño que se profesa!

En fin, el último servicio que podéis prestaros consiste en que, cuando pluguiere al Señor afligiros por la pérdida de alguna de entre vosotras, os impongáis las demás el ineludible deber de aplicar por su alma los méritos de vuestras oraciones; y especialmente que tengáis interés especial en hacer correr sobre el santo altar y en obsequio de su alma la sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo. Ved, hijas, hasta donde llega en esto la bondad maternal de la Congregación. Sale de este mundo una Congregante, y se os invita á cada una á hacer

celebrar por ella el Santo Sacrificio de la misa. Debe además ser celebrada en esta Casa donde sabéis el grande interés que existe por todo lo que á vosotras toca. Cada año tenéis el consuelo de ver reunidas en una misma conmemoración todas las Congregantes que habéis perdido desde la fundación de la Sociedad; preciosísimo auxilio que, concedido á vuestras hermanas difuntas, llegará también á vosotras, cuando se digne el Señor llamaros á El; nueva fuente de gracias para todas; nuevo motivo para apreciar la hermosa caridad que os une.

Réstame decir algo sobre una medida de severidad que no ha tenido aplicación desde que existe la Congregación, y que espero no ha de tener jamás para ninguna de las que actualmente pertenecen á ella. Hablo de la expulsión. Dolorosa es la palabra, pero ved como aún en este punto, como en todos los demás, brilla la caridad con todo su esplendor. ¡Qué de precauciones para asegurarse si es verdaderamente de necesidad absoluta un semejante paso! ¡qué de advertencias hechas privadamente! ¡qué miramientos para anunciar tal determinación! Y notad

además que esa exclusión no va sin la esperanza de la vuelta. Una pobre joven se encuentra en circunstancias difíciles. Sacudida y arrastrada por solicitaciones mundanas, cede y se entrega á los peligrosos placeres del mundo: no puede conservarla en su seno la Congregación; la sentencia se pronuncia con pesar inmenso; por algún tiempo se la priva de sus títulos y de sus derechos. Pero cambia su posición; más libre de sí misma, y arrepentida de los pasos que ha dado fuera del camino, vuelve á Dios de todo corazón; ¡ah! entonces la Congregación vuelve de nuevo á ser su madre; llevada al pie de los altares, se consagra otra vez á María, y el brazo de esa divina Madre y los de todas sus hermanas se abren con tanta ó quizá con mayor ternura que la vez primera. ¡Qué caridad! ¡qué indulgencia! ¡qué amor en esta Congregación! ¡Cómo debéis amarla! qué estrechos deben ser los lazos que, al uniros á ella, os unen también las unas á las otras.

CONFERENCIA IV

La Hija de María en sus relaciones con la familia

Adelantamos, hijas mías, en el curso de las instrucciones comenzadas. Ojalá pudiera hacer aquí uso de lo que el Apóstol decía hablando á sus queridos discípulos de Corinto: «Yo planté, Apolo regó; el Señor ha dado el aumento.» Las palabras que os dirijo son como un germen depositado en vuestro corazón; el Señor hará que se desarrolle mediante su gracia, y que produzca frutos abundantes. El mismo se sirve en otra ocasión de otra comparación muy expresiva, y, á mi parecer, muy aplicable al asunto en que me ocupo. «Como sabio arquitecto, dice, he tratado de daros un fundamento sólido, y ese fundamento no es otro que Nuestro Señor Jesucristo.» En cuanto á vosotras, hijas mías, voy yo más lejos: vuestro fundamento es no sólo Jesucristo, sino el Corazón Sacratísimo de Jesús, el purísimo Corazón de María que sostendrán firme y sólidamente el edificio que me he pro-

puesto levantar. Estos Sacratísimos Corazones os harán conocer hoy los deberes que tenéis para con vuestras familias y para con las personas que os rodean, siendo ésta la materia de mi instrucción. Estos deberes son de dos clases: I. Deberes generales. II. Deberes particulares. Diré algo en primer lugar de los primeros.

I. Entiendo por deberes generales los que debéis cumplir con toda clase de personas, y pueden reducirse á tres: Edificación, modestia y mansedumbre.

1.º Edificación. — Edificaréis, hijas mías, si es lo que debe ser vuestra piedad: esto es, verdadera, sólida, fácil, atrayente y constante. No puede dejar de ser verdadera y sólida, si le ponéis por cimiento el espíritu de fe, y la devoción á los Sagrados Corazones de Jesús y María; mas no basta eso para llenar la misión que os han confiado esos dos Corazones Sacratísimos. Debe tener algo de naturalidad y de facilidad vuestra virtud; no puede ser piedad de capricho y de genialidad, que todo lo quiere en conformidad con sus gustos y deseos; no puede ser piedad insensible, austera y repulsiva aun para aquellos con quienes tenéis que vivir. Debéis servir á

Dios con libertad santa, con corazón dilatado; debe haceros la virtud benignas, sinceras, obsequiosas, condescendientes, haciéndoos, según la palabra del Apóstol, todo para todas para ganar, si posible fuere, todos los corazones para Jesús y María. Debéis ser edificantes, hijas mías, no sólo en la oración, sino en todo y por todo; vuestro deseo de agradar á Dios y de trabajar por su gloria, debe derramarse en toda vuestra conducta, debe prestar á todo vuestro ser un encanto que lleve tras sí todos los corazones. La piedad de la Hija de María debe distinguirse por la benevolencia, la delicadeza y finura que tan bien saben acompañarse de la caridad, y por la gracia dulce y modesta que le es inseparable. De este modo derramará, como dice la Escritura, el buen olor de Jesucristo.

2.º El segundo deber vuestro es la modestia en vuestras relaciones con toda clase de personas; y el manantial de esa modestia, lo sabéis muy bien, lo hallaréis en el Corazón mismo de Jesús. Es necesario que tenga su morada en medio de vuestro corazón, que debe latir siempre á impulsos del amor de esa hermosa y ama-

ble virtud, tan justamente llamada la virtud de los ángeles, y que tan querida debe ser de la Hija de María. De vuestro corazón, hijas mías, ha de trascender esa virtud á toda vuestra persona; su retrato debe estar en vuestra frente, en vuestra fisonomía, en vuestros ojos, en vuestros pasos reveladores siempre de su angelical presencia; debe mostrarse en vuestras palabras por una prudente reserva, por una discreción inspirada, por una humildad y delicadeza que saben manifestar siempre los corazones puros; su sello debe aparecer en todos vuestros actos, y ha de alcanzar hasta á vuestra manera de vestir y de presentaros en público.

Conocéis que no hablo aquí de cercenar todo lo que sea contrario á la decencia; no seríais Hijas de María, si fuera necesario haceros semejantes recomendaciones; pero hay diferencia enorme entre lo que no es contrario á la decencia y lo que está conforme con la verdadera modestia, según lo que yo puedo entender. No extremo aquí las cosas, hijas mías. No pretendo que el vestir sencillo y desaliñado os confunda con las jóvenes de posición inferior á la vuestra, no, eso sería

destruir el orden establecido por la Providencia. Digo más, si exigiesen de vosotras vuestros padres el uso de adornos ó vestidos que os pareciesen un poco afectados ó lujosos, con gusto debéis condescender con sus deseos. Pero estudiar con puerilidad extremada los colores y dibujos más conformes con la moda en el peinado y en los vestidos, para hacer resaltar más la delicadeza del rostro ó la esbeltez del talle, eso es ligereza, frivolidad, vanidad mundana pura: eso es opuesto enteramente á la modestia, é indigno por completo de la Hija de María... Distinguíos, hijas mías, sí, lo deseo, pero distinguíos por la modestia y por la piedad; que todo en vosotras revele el doble carácter de una virgen cuyo corazón está consagrado á María, y podrá dirigiros el Señor estas palabras del Cantar de los Cantares: *Quam pulchra es*. Qué hermosa eres, hija mía; mereces bien todas las aficiones de mi corazón...

3.° La modestia debe ser en vosotras hermana y compañera de la mansedumbre. Hay tal unión entre esas dos virtudes, se prestan mútuamente tal apoyo, que no es perfecta la una, si la otra no le acompaña.

Debéis ser benignas, hijas mías, y ¿por qué? Porque no ha habido mansedumbre más grande que la de los Corazones de Jesús y de María que habéis tomado por modelos. ¿Por qué más? porque la mansedumbre, la benignidad es una virtud cristiana de todos los momentos, y con solicitud debéis hacer uso de todos los medios para adquirir nuevos méritos. ¿Por qué, en fin? Porque sois Hijas de María, consagradas á trabajar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, y el medio más eficaz para insinuaros en los corazones y ganarlos para Dios es una mansedumbre sostenida y constante. Esta virtud de tan relevantes atractivos debe manifestarse en vuestro lenguaje, en vuestros actos, en vuestras maneras; debe pintarse en vuestra frente, en vuestros ojos, en el abrir de vuestros labios, y en todos los rasgos de vuestro semblante; pero debe reinar principalmente en vuestra alma, y unida á la humildad y á la sencillez, fieles compañeras de siempre, os dará sobre los corazones ese ascendiente de la virtud que comienza por ganarse la confianza y concluye por hacer tantas cosas para gloria de Dios y bien de las almas.

II. Veamos ahora, hijas mías, los deberes particulares que habéis de cumplir con vuestros padres, madres, hermanos y hermanas, parientes y amigos; también diré algo sobre lo que debéis hacer con los sirvientes y con los pobres.

Con vuestros padres y co: vuestras madres, y comprendo en este título á cuantos hacen sus veces, tenéis los deberes más sagrados; deberes impuestos á la vez por la naturaleza y por la religión. En los designios de Dios estáis, hijas mías, encargadas de hacer la felicidad de vuestros padres; lo esperan ellos, y no deben quedar fallidas sus esperanzas. 1.º Lo primero que les debéis es amor. Creería haceros una injuria, si me extendiera en esta materia. ¿Acaso no está en el corazón de todas vosotras ese amor tan puro, tan dulce y tan legítimo? Pero del amor nace el respeto. Aquí quiero haceros una observación importante á mi parecer. Hace ya muchos años que en las familias se ha introducido una deplorable costumbre. Hay padres que, cegados por la ternura, han creído dar á sus hijos la mayor prueba de su cariño permitiéndoles y aun ordenándoles que los *tuteen*, y no han visto que

por ese extraño trastorno de todas las ideas establecen entre ellos y sus hijos una especie de igualdad que rechazan de consuno la razón y la religión. Ha habido padres que han pagado bien cara semejante condescendencia, que no han cosechado otra cosa de sus hijos que altiveces, durezas y desprecios; mientras que un más respetuoso lenguaje los hubiera contenido en los límites del deber. Quizá entre vosotras, hijas mías, haya padres que os exijan estas pretendidas muestras de ternura; si así es, conformaos con lo que ellos piden, pero, si un día llegáis á ser madres de familia, ¡ah! jamás permitáis á vuestros hijos tan desgraciada costumbre; os exhorto á ello, os lo pido, y aun, si no os parece demasiado fuerte mi palabra, me atreveré á decir que os lo exijo.

2.° Un deber no menos sagrado y no menos grato para un corazón bien nacido se junta al amor y al respeto que debéis á vuestros padres: ese deber es la obediencia que si en el amor se funda, es bien grata y amable por cierto. El espíritu de la fe debe aquí fortalecer los sentimientos de la naturaleza para producir la obedien-

cia perfecta. Vuestros padres pueden mandaros, pero ¿de dónde les viene semejante autoridad? Del mismo Dios: son sus representantes en la tierra, y, cuando os conformáis con la voluntad de vuestros padres, siempre que nada manden que á la conciencia se oponga, hacéis la voluntad de Dios. Juzgad cuáles deben ser la prontitud, la mansedumbre, la solicitud con que debéis cumplir esas órdenes que á la vez emanan de Dios y de vuestros queridos padres. Pero no espera el mandato la hija obediente; previene, adivina los deseos de sus padres, y, por la solicitud amable con que los atiende, forma la felicidad y el encanto de su vida.

Hay todavía otros más caros deberes que os impone el cariño filial hacia vuestros padres: consolarlos y mitigar las penas que soportan. ¡Qué hermoso es el lugar de una hija junto á una madre afligida, invitándola con amor á depositar sus penas en su corazón filial, llorando con ella, trabajando por aminorar sus dolores, tomando parte importante en ellos! ¡Qué hermoso el lugar de la hija á la cabecera de la cama de un padre que sufre, de una madre postrada en el lecho del dolor,

prodigándole con delicadeza infinita los cuidados que reclaman sus enfermedades, y cuya necesidad tan profundamente siente ella en su corazón!

Esos deberes que tenéis para con vuestros padres, hijas mías, los tenéis igualmente para con vuestros abuelos. Hermosa y noble ocupación, digna de la piedad y de la delicadeza de una Hija de María... Porque debéis saber, hijas mías, que hasta los más nobles y más benignos caracteres cambian con la edad y con las enfermedades. Un pobre anciano, víctima del dolor y del sufrimiento, se hace á veces raro, de mal humor, importuno para con los que le sirven, y que se considerarían felicísimos, si pudieran darle gusto. ¿Qué hará entonces la Hija de María? Fortalecida por la fe, aparecerá más dulce, más atenta, más solícita; sacrificará sus gustos, sus inclinaciones, sus proyectos, á la necesidad, á la voluntad, á los caprichos del pobre enfermo, y soportará, sin dejar ni aun transparentar nada, las contrariedades que son su natural consecuencia.

Tenéis también deberes para con vuestros hermanos y hermanas; manifestadles una bondad cordial, deseo de com-

placerles y dulzura y benevolencia nunca desmentidas. Si tenéis hermanas mayores que vosotras, á quienes la edad y la posición colocan en cierto modo sobre vosotras, debéis guardarles cierta deferencia respetuosa. No insisto sobre este punto: debe haceros conocer vuestra delicadeza esos matices con que han de aparecer vuestro afecto y vuestro cariño en vuestras relaciones con ellas. ¿Sois, por el contrario, vosotras las mayores en la familia? aligerad el peso, ayudad á vuestras madres en el cuidado de la familia menuda; velad sobre vuestras hermanas menores con ternura y bondad; no temáis corregirlas, si es necesario; pero con esa delicadeza que obliga á reconocer que la reprensión y el consejo son la señal de la amistad verdadera; formadlas en el amor á la virtud, más que con las palabras, con el ejemplo.

Si tenéis hermanos, solo una palabra os diré con respecto á ellos: tened para con ellos el mismo afecto que para con vuestras hermanas; pero no dejéis de conocer que debe ser menos expresivo; la modestia os obliga á guardar con ellos cierta especie de reserva; vuestro tacto y vues-

tra delicadeza os enseñarán en esto mucho más de lo que pudiera yo deciros.

Os voy á hablar ahora de lo que llamaré vuestro *círculo*, de vuestros parientes, de vuestros amigos que forman vuestra ordinaria sociedad. Con ellos debe distinguiros siempre la benignidad y la bondad, pero bondad y benignidad modestas y con cierta reserva. Estad siempre en guardia, siempre vigilantes en vuestras conversaciones. Cuando se habla y se escucha sin prudencia y sin reserva, quien más pierde es la caridad. Hay tres puntos sobre los cuales debéis tener siempre abiertos los ojos: la caridad, la verdad y la humildad. No me refiero aquí á las conversaciones que pudieran, aun en lo más mínimo, ofender á la religión y á las buenas costumbres. Son bastante respetables vuestras familias, para suponer que en ello pudiérais encontrar el más pequeño escollo. Pero le hay y bien funesto por cierto para las jóvenes de poca edad, cuando no están bastante sobre sí mismas: son las amistades imprudentes y formadas á la ligera; sed en esto muy cautas; estudiad con cuidado aquellos parientes y aquellas amigas con quienes os halléis con más

frecuencia, cuáles pueden merecer vuestra confianza, y no hagáis ni recibáis indiscretamente esas íntimas confidencias con que acostumbran las jóvenes á manifestar los sentimientos de su corazón; si por desgracia no sois en esto muy discretas, y vuestra amiga no es virtuosa con esa virtud fundada en los principios religiosos, no le haréis ningún bien, y os hará ella mucho mal. Tenéis vuestras amigas en la Congregación; no queráis buscar otras; y, si encontráis una joven en quien brillan, con las demás cualidades que se exigen, la fe y la piedad, inclinadla á ser Hija de Maria, y entonces esa Madre divina será el lazo purísimo de una amistad que siempre os será provechosa.

Réstame tratar un importantísimo punto, y es la manera de tratar á vuestros sirvientes. Sed con ellos bondadosas, afables y benignas; tomaos interés en lo que á ellos toca, y cuando están enfermos ó se hallan en alguna necesidad, prestadles todos los servicios que estén de vuestra parte; jamás los tratéis con orgullo y altivez; pero tened en cuenta este importantísimo consejo: guardad vuestro puesto, y no descendáis con ellos hasta la familiari-

dad. Vuestros padres buscan siempre sirvientes de su confianza en cuanto ellos pueden; mas no depende siempre de su voluntad esa elección. Pueden engañarse, y se engañan á veces. Jamás tengáis con una sirvienta ó doncella esas íntimas relaciones, causa de confidencias peligrosas; jamás indiscreta curiosidad os lleve á preguntar lo que fueron antes de entrar en vuestras casas, ni si conocieron á tal ó cual persona. Resultan de ahí los más graves inconvenientes. Creedme; pueden ser muy buenas esa clase de personas, pero no está hecho su corazón para entenderse con el vuestro; se dejan vencer fácilmente del interés; esos nobles y generosos sentimientos que se os han inspirado á vosotras desde los más tiernos años, no han llegado hasta ellas; y en tales conferencias ganaréis poco, y perderéis mucho. ¡Ah! ¡si supiérais cuántas jóvenes han perdido así su espíritu y su corazón! Hay una doncella que es muy diestra; con pequeñas lisonjas se insinúa fácilmente en el espíritu de la señorita, gana por completo su confianza, llega á preguntarle sobre lo que hacen ó dicen sus padres; pronto se pone al corriente de todo lo que pasa en la fami-

lia; habla de todo fuera de casa, y ¡quién sabe hasta dónde puede llegar en esto! Sed siempre muy cautas en vuestras relaciones con las sirvientas; ningún desahogo con ellas; pero sed, sí, bondadosas, benignas, indulgentes; os ganaréis de este modo su afecto y su consideración sin perder nada de esa superioridad natural en que os ha colocado la Providencia.

No me permite el tiempo extenderme en hablaros sobre las relaciones que debéis tener con los pobres; os diré solo que sea con ellos benigna, dulce é ilustrada vuestra caridad, y que en las obras que esa caridad os inspire habéis de obrar siempre á la vista y según el consejo de vuestras madres.

CONFERENCIA V

Modo de emplear el día la Hija de María

La materia que va á ser objeto de mi conferencia de hoy es muy importante, hijas mías: es la manera de emplear el día, para que sea abundante en méritos para vosotras, útil para la gloria de Dios, y propio para el bien de las almas, como lo exige vuestra hermosa vocación de Hijas de María. El tiempo es un don de Dios; debemos esforzarnos, y no perder ni el más pequeño momento; es necesario ordenarlo bien, y santificar todos los momentos; os indicaré los medios.

Hay cuatro distintas ocupaciones en los días que os da el Señor. 1.º Ejercicios de piedad. 2.º Trabajo. 3.º Distracciones. 4.º Buenas obras. Como es fecunda la materia, y debe ser estudiada con cierta extensión, me limitaré hoy á las tres primeras, dejando la cuarta para la próxima conferencia.

I. Lo primero que debe llamar vuestra atención son los ejercicios de piedad; lo esencial es hacerlos bien; los haréis

bien, si lleváis á ellos el corazón libre de toda clase de inquietudes y tormentos, como lo váis á ver, explicándolos detalladamente.

Al despertaros, hijas mías, levantad ya vuestro corazón á Dios con una breve y ferviente inspiración, tal como os la sugiera el corazón. Haced lo mismo antes de acostaros. Infinitamente agradable á Dios y propia para atraeros gran tesoro de gracias es esta práctica. Además es natural consecuencia de vuestro ser; pues sois de Dios, y vivís para Dios, vuestro primero y último pensamiento debe ser poneros en las manos de Dios, entregaros á El, y abandonaros á su voluntad tanto por deber como por amor. El despertar debe ir seguido de la oración, del tan importante ejercicio de la meditación, cuya necesidad os he hecho conocer en una de las precedentes conferencias. ¡Felices vosotras, si podéis asistir inmediatamente al Santo Sacrificio de la Misa! Allí encontraréis abundante fuente de gracias y de consuelos celestiales; allí podrá vuestro corazón conversar con Jesús que se inmola por vosotras; allí obtendréis la aplicación de sus méritos, ya

para vosotras mismas, ya para todos aquellos que os son queridos.

Hay además una utilísima práctica, y os recomiendo la hagáis todos los días: es la lectura espiritual. Lo mismo el alma que el cuerpo necesita alimento; es necesario renovar sus fuerzas de tiempo en tiempo, por alguna lectura sólida y que impresione; no es demasiado para ese ejercicio un cuarto de hora; para ello puede serviros la *Imitación*, el *Combate Espiritual* ó cualquiera de las obras de San Francisco de Sales. Leed también, si os parece, algunos pasajes de los Ejercicios Espirituales, según el método de San Ignacio (1). Como Hijas de María rezáis ya el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción. Puede considerarse como lectura espiritual, cuando no tenéis tiempo para hacer otra.

---

(1) La mayor parte de los Directores de almas de hoy recomiendan mucho la lectura espiritual tomada ya de una obra, ya de otra de escritores por cierto muy recomendables. Raro es el que recomienda la lectura de la Biblia. Es el libro del cristiano. Tal cual está hoy traducida con las correspondientes notas, no solamente no ofrece peligro alguno, sino que debe ser nuestra lectura favorita, sobre todo el *Nuevo Testamento*. ¿Hay nada más hermoso que el Evangelio? (Nota del traductor).

Hay además otros Ejercicios de piedad que puede hacer cada una, según su inclinación y según las circunstancias: á la una la llevará su corazón á rezar á la Santísima Virgen, á San José y á otros Santos más; la otra sentirá afecto por tal ó cual devoción particular... son buenas todas esas prácticas; exigen poco tiempo, y, cuando se hacen de buena gana, pueden contribuir poderosamente á manteneros en el fervor.

¿Cómo podré dejar de recomendaros aquí una de las más hermosas y excelentes prácticas de un corazón tierno y reconocido? Estáis viviendo en el campo; cerca está la Iglesia; haced una corta visita al Santísimo Sacramento; encontraréis un consolador, un amigo, un padre: allí desahogaréis vuestro pecho, de allí sacaréis luces y fuerzas necesarias para ciertas ocasiones. En fin, lo que con más ahinco os recomiendo es que todos los días hagáis el examen de conciencia; no faltéis jamás á este deber. No os diré como á personas muy adelantadas en la perfección: «Hacedlo dos veces al día, una el general, otra el particular»; pero, sí, os diré: «Juntad los dos». Y ved cómo lo comprendo

yo. En la tarde fijaos en un defecto que habéis pensado desterrar de vosotras; recordad las ocasiones en que habéis caído, y el número de faltas que os ha hecho cometer: ved ahí el examen particular. Haced inmediatamente el examen general, atendiendo á los pensamientos, á las palabras y á los actos del día; después, desde el fondo de vuestro corazón, pedid perdón á Dios de las faltas que habéis tenido la desgracia de cometer; de esta manera dormiréis en paz, porque un acto de verdadera contrición habrá borrado las faltas ligeras que pueden pesar sobre vuestro corazón, y hacerlo menos agradable á los ojos de Dios. Pero, si os obligo á hacer con cuidado ese examen, no pretendo que ese cuidado degenere en inquietud. Hay quien emplea en el examen tres cuartos de hora, una hora... Eso es abuso; jamás, ni aun para la confesión, debe pasar de un cuarto de hora vuestro examen; puede, á lo sumo, llegar á veinte minutos. Si no os basta ese tiempo, tampoco os bastará una hora. Pasado ese cuarto de hora, id á confesaros; decid, si queréis, que no habéis hecho bien el examen, pero quedaos tranquilas. Poco á poco adquiri-

réis la costumbre de ser breves en el examen de vuestras faltas, y de no perder tiempo; no ganaréis nada obrando de otra manera. Creedme, hijas mías; no quiere Dios que le sirvamos con la cabeza, sino con el corazón. Asegúroos que os irá todo perfectamente, si es buena vuestra voluntad, y si vuestra confianza en Dios es la de una hija con su padre.

Me diréis acaso: No puedo rezar sin distraerme; hay en mí tal inconstancia, tal movilidad en mis pensamientos que no puedo fijar...; posible es, pero no hay para qué turbaros; no tenéis necesidad tampoco de hacer grandes esfuerzos de espíritu para poner remedio á un mal que depende en mucho de la organización física, y que sola la edad puede hacer cambiar. Todo lo que podéis hacer es tratar de volver vuestro espíritu á Dios, cuando pensáis en que estáis distraídas, y continuar en paz el ejercicio, como si hubieráis estado hasta entonces con la mayor atención.

En esta explicación que os he hecho de los ejercicios de piedad, habéis podido comprender que las violencias, las torturas y las fatigas del espíritu deben deste-

rrarse, que cambian ateniéndoos al atractivo de la piedad y á las necesidades del corazón; que hay actos que no podéis omitir sino por una causa muy grave: tales son la oración de la mañana y de la tarde, la meditación, la asistencia á la Santa Misa cuando podáis, una corta lectura y el examen de la noche (1).

Os repito aquí el consejo, hijas mías, de haceros un pequeño oratorio, como os lo aconseja el Reglamento. ¡Es tan fácil! para adornarlo basta con una imagen de la Santísima Virgen ó de cualquiera otro Santo, y la medalla de congregante si no la lleváis con vosotras; la vista de esos objetos os inspirará de tiempo en tiempo un santo pensamiento, una elevación del corazón hacia Jesús y hacia su Madre; allí se encenderá vuestro corazón, y sacará nuevos ardores para el bien.

2.° El trabajo es la segunda de vuestras ocupaciones durante el día; hay muchas clases de trabajo; mas para una

---

(1) En España rara es la joven cristiana, y más, si es Hija de María, que no considere imprescindible obligación el rezo del Rosario de la Santísima Virgen. (Nota del traductor).

joven creo que el principal es la obra de manos. No os extrañéis, hijas mías. Nacidas en una condición social que no necesita trabajar para vivir, es posible que no hayáis pensado en mirar en todo lo que vale esta clase de ocupación; desengañaos, el trabajo es necesario, es imprescindible á todas las clases sociales; de él depende el amor á la economía, de él el buen orden; constituye el ornamento de vuestro sexo, y es uno de los principales méritos de una buena madre de familia. Además, necesitados de vestido están los pobres, y ya sabéis que no hay más noble ocupación que cubrir los miembros de Cristo, que sufren. Hay un gran mérito que acompaña siempre á tales obras.

Se refiere en la vida de un Santo, que fué llevado en espíritu al tribunal de Dios, y allí vió un alma cuyas faltas estaban puestas en una balanza; el peso hizo caer el platillo; pero un ángel puso en el otro todos los vestidos que había cosido para los pobres: el juicio le fué favorable. Trabajad, pues, con vuestras manos, hijas mías; no perdáis jamás la costumbre; ¿quién sabe lo que os tiene preparado la Providencia? ¡quién sabe con qué contra-

tiempos tendréis que comprar el cielo! Todo se puede esperar, cuando se ha visto á una reina de Francia reducida en la prisión á remendar por sí misma los vestidos que estaban deteriorados.

Otra ocupación que no puede pareceros extraña es el estudio. Todas habéis concluído el curso de vuestra primera educación; pero esa educación debe ser perfeccionada, y el complemento natural de la educación que habéis recibido lo forman conocimientos más profundos, lecturas más en armonía con vuestra posición en el mundo, el cultivo de las bellas artes, en cuanto puede alcanzar una joven. Debéis aplicaros, y santificar esas ocupaciones con motivos sobrenaturales. Debéis medir el tiempo con el mayor cuidado para no dejar un momento á la ociosidad. Mas tened cuidado, hijas mías; sed exactas, pero no tanto que no estéis dispuestas á dejarlo todo, cuando la voluntad de vuestros padres se oponga á vuestras ocupaciones. Es cierto que esas contradicciones cuestan; pero es necesario que os conforméis de buena gana. Primero son vuestros padres que tienen derecho á contar con vuestra solicitud

para darse placer, y después vosotras que debéis considerar la voluntad de vuestros padres como la del mismo Dios, y que en la prontitud de vuestra obediencia encontraréis abundante manantial de goces, de méritos y de consuelos.

He dicho que debéis hacer vuestro trabajo por motivos sobrenaturales, y ¡qué hermosos son los que os ofrece la fe! Estudiáis, hijas mías, y ¿por qué?, primero, porque lo quieren vuestros padres; ponen maestros á vuestra disposición; desean ciertamente que aprovechéis. Haciéndolo así, tenéis el mérito de la obediencia. Estudiáis, y ¿por qué? porque quiere Dios daros con la cultura de vuestros talentos y de vuestro espíritu medios de trabajar por su gloria. Jamás perdáis de vista el gran motivo que dió origen á vuestra Congregación. Sois Hijas de María, y lo sois para llevar por doquiera el conocimiento de los Corazones de Jesús y de María. Mas para hacerlo con fruto, hay que comenzar por ganaros aquellas personas con las cuales vivís, por insinuaros en su espíritu y haceros estimar; y para ello son de la mayor eficacia las ciencias y las bellas artes. Con esa mira aplicaos

á las diferentes artes en que se os instruye.

Sin embargo, no quiero extremar las cosas; para el fin que os proponéis no es necesario sobresalir en cierta clase de conocimientos; ocuparse demasiado en su estudio sería perder un tiempo precioso.

En el ejercicio de vuestros talentos deben aparecer siempre la sencillez y la modestia. Jamás imitéis á aquellas jóvenes que quieren ser muy rogadas antes de cantar ó tocar el piano, etc.; eso no es modestia, es amor propio del más elevado precio, que cree hacerse acreedor por ello á mayores aplausos. Sed sencillas, y, aunque no sea grande vuestra competencia, alabarán vuestra buena voluntad que vale más que todo. Y si la dulce y lisonjera alabanza llega á penetrar en vuestro corazón, despreciad esa impresión primera que es casi inevitable, y no permitáis una segunda.

¿Pondré el tocador en el rango de vuestras ocupaciones diarias dándole el nombre de trabajo? Quizas le convenga ese nombre; que tan natural es á la mujer consagrarle mucho tiempo, y darle espe-

cial importancia. ¿Le llamaré distracción? Pudiera ser, ¡tal lugar ocupa en el empleo del día! Pero sea cualquiera el nombre que le dé, hijas mías, sea sencillo y modesto, aún que conforme á vuestra posición, vuestro vestido; y os diré más, no empleéis mucho tiempo en el arreglo de vuestra persona; da compasión ver señoras y señoritas que emplean en componerse horas enteras. Ocupaos en ello veinte minutos, media hora á lo sumo; es bien poco edificante, hasta para la familia, veros perder cuartos de hora mirándoos al espejo.

Después del trabajo es muy necesaria la distracción; pero ¿hasta qué punto debe aceptarse? ¿Es legítima recreación pegársele las sábanas, como se dice vulgarmente, pasar una ó dos horas en el tocador, permanecer largo tiempo á la mesa ó en conversación, y el resto del día ocuparlo en algún paseo ó en alguna lectura divertida? Bien conocéis, hijas mías, que traspasa todos los límites esa suerte de distracciones. Tal vida no es propia de una joven cristiana, y menos de una Hija de María: eso es hacer lo principal de lo accesorio, y trastornar el orden que ha

establecido la Providencia. Necesaria más aún que permitida es la distracción tanto para el cuerpo como para el alma, que en ella recobran nuevas fuerzas; pero llevarla hasta el exceso, no es distracción, es holgazanería, es molicie.

¿Cuáles son pues las distracciones que llamo legítimas? Las hay de muchas clases. La comida, por ejemplo, que hacéis en familia, sazonada con una conversación festiva y agradable, es verdadera recreación. Aun ahí hay que observar ciertas reglas. Sed exactas; no hay cosa más molesta para la familia que una joven que se atrasa, que siempre tiene que concluir algo, cuando ha de dirigirse á donde se la espera. Esa costumbre tiene hasta sus peligros; y si los tiene siendo señoritas, los tiene mayores cuando se trata de señoras. ¡Qué fastidio, qué desagrado para un marido, para un padre, para toda la familia reunida, que por lo bajo murmura de esas lentitudes, y que con frecuencia se indemniza con zumbas y sarcasmos!

No hablo de las cortas oraciones que prescribe la religión para la comida, menos aún de la sobriedad y de la modestia

de una joven educada con esmero; son inútiles estas lecciones hablando de Hijas de María.

También son una distracción las conversaciones; en ellas se necesitan gran vigilancia y especial cautela; y si con esto no se tiene cuenta ¡á cuántas faltas no nos exponemos! Procurad, en cuanto de vosotras dependa, hacer que sean útiles; no las prolonguéis más de lo razonable, y tened cuidado no hiráis ni la caridad ni la verdad; estad alerta con esas pequeñas lisonjas que fácilmente llegan al corazón de las jóvenes, y servíos de la modestia y de la reserva en todo aquello que puede ser causa de que se os alabe.

Quédanme todavía puntos muy importantes que tratar: los juegos, las lecturas, las visitas que se hacen y que se reciben; pero no lo permite el tiempo. Os hablaré de ello en una de las últimas conferencias, cuando trate de las relaciones de la Hija de María con el mundo, y de los deberes que esas relaciones le imponen.

CONFERENCIA VI

Las obras buenas de la Hija de María

No dudéis, hijas mías, que tenéis obligación de hacer obras buenas. Después de habernos dicho el Apóstol Santiago en su Epístola Católica que las obras sin la fe de nada sirven, añade dirigiéndose á un cristiano que se vanagloriaba de tener fe: «¿Qué aprovechará á uno que dice que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarlo?» Nos dan á entender estas palabras, que, si de una parte debemos animar nuestras buenas obras con el espíritu de fe para hacerlas meritorias, de otra parte, son esas mismas obras la prueba más cierta que podemos dar del reinado de la fe en nuestro corazón.

Son necesarias, hijas mías, las buenas obras, y lo son á todo cristiano, y lo son más aún á la Hija de María escogida por Dios para consagrarse á trabajar por su gloria y por la salvación de las almas; que siempre es necesario venir á parar á ese gran principio. Cuando escribía sus Cons-

tituciones S. Ignacio, se maravillaban sus compañeros de que á cada página repetía estas palabras: «A mayor gloria de Dios, para el más grande bien de las almas,» y preguntándole el por qué, respondió que nunca podría decirlo lo bastante, porque ese era precisamente el objetivo, la base y el espíritu de la Compañía que quería fundar. Sin duda que debo guardar aquí, hijas mías, una justa proporción, y os diré por lo mismo: Llamadas á llevar por doquiera el conocimiento y el amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, sin cesar debéis recordar esa tan hermosa obligación, y no podré yo ponérosla lo bastante á la vista. Os diré, sí, con esa confianza que me da vuestra buena voluntad que tan perfectamente conozco: Como Hijas de María debéis hacer muchas y buenas obras; os son necesarias para perfeccionaros por la práctica de la caridad; os son necesarias para cumplir con el fin de vuestra vocación, y os son necesarias para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Además, hijas mías, en el hermoso día de vuestra consagración á María, os obligásteis á llevar á cabo esas obras, y

con esa condición os recibió vuestra querida Madre en su querida familia. Pero las examinaré una por una, y veréis primero en qué consisten esas obras, y después qué espíritu debe animarlas.

I. Naturaleza de las buenas obras. Tomo vuestro Reglamento, y leo: la obra primera que se me presenta es la felicidad de vuestros padres de los cuales estáis encargadas de especial manera. Ya os dije algo en una de las conferencias precedentes, en que os hice ver los deberes que tenéis para con ellos. No hablo aquí de deberes especiales, sino de esa obligación que os imponen la ternura filial y la delicadeza del corazón: siempre y cualquiera que sea el lugar en que os coloque la Providencia de Dios, habéis de trabajar para hacer la felicidad de vuestros padres, mas en la actual época de vuestra vida debéis á ello consagraros muy particularmente; esta época la han preparado ellos con tanta solicitud, la han conseguido á costa de tantos sacrificios, la han deseado con tanta vehemencia, justo es que al fin recojan sus frutos preciosísimos. Sed siempre, hijas mías, su gozo, su consuelo y su gloria; que se feliciten

todos de tener hijas que son verdaderas Hijas de María.

Hay otro deber quizá no tan dulce al corazón, pero sí más ámplio, y que tiene importancia grandísima: es la edificación que debéis llevar á todas partes con vuestra modestia, con vuestra piedad y con una prudente reserva; en nada absolutamente debéis extralimitaros; pero si tiene su asiento la modestia en el corazón, como decía en días pasados, si nada de afectado tiene, si es afable y sencilla, tal como la inspira la piedad, seréis objeto de edificación para cuantos tengan la felicidad de conoceros; cerca de vosotras creerán aspirar celestial perfume, y, según la expresión del Apóstol, derramaréis así el buen olor de Cristo.

La instrucción de los sirvientes, de los niños y de los pobres es la tercera de las buenas obras en que debéis ocuparos. En presencia de vuestras madres y en cuanto lo permitan ellas, enseñad el catecismo á los sirvientes de la casa. En el campo reunid á los pobres, sobre todo á los niños pobres, para enseñarles las verdades de la salvación; llevad á sus espíritus la antorcha de la fe; llevad á sus

corazones el amor de Jesús y de María... ¡Oh! ¡qué hermosa misión! La envidian, hijas mías, esos celosos ministros del Señor, que con tanta frecuencia y con tanto brillo ocupan los principales púlpitos de la cristiandad. Menos expuesta que la de ellos á la vanagloria, vuestra misión os ofrece frutos copiosísimos para vosotras mismas y para las almas que así ganáis para Dios. Ved la estima en que han tenido en todos los tiempos esa misión los hombres que más se distinguieron por la ciencia y por la virtud. Hay Ordenes religiosas que proveen de predicadores á la Iglesia, y que tienen en tan gran consideración esa humilde y hermosa misión de instruir á los pobres, que obligan con una regla particular á los que son elevados á los primeros puestos á enseñar durante algunos días el catecismo á los niños, y ellos se dedican con grandísima solicitud á esta obra que les es tan cara. Sé, hijas mías, que la amáis mucho vosotras, por lo tanto debo daros menos consejos que alientos para ella.

¿Hablaré también de vuestro trabajo en obsequio de los pobres? Sí, porque considero esa obra como de importancia

capital para vosotras. ¡Ah! cuando entréis en el cielo, ¡qué grato os será oir á Jesucristo que lo habéis vestido á El en las personas de los pobres. Trabajad en esa obra, obscura á los ojos del mundo, pero hermosísima á los ojos de la fe, y creed que será muy grande la recompensa que por ello mereceréis.

Hay todavía otros medios de ayudar á los miembros de Jesucristo en sus sufrimientos, y consisten en contribuir con limosnas á proporcionarles lo necesario para su subsistencia, y sobre todo en asegurar á los niños el inestimable beneficio de la educación. Lo hacéis, hijas mías, y no puedo dejar de elogiar ese industrioso celo que sabe multiplicar, bajo todas las formas, los medios de honrar á Jesús pobre, sea en su morada, proporcionando á las iglesias pobres los objetos de que carecen, sea en sus miembros, atendiendo á sus necesidades temporales y espirituales.

Hermoso pensamiento habéis tenido al formar la biblioteca que no sólo os proporcionará lecturas instructivas y llenas de interés, sino que os ofrecerá medios de hacer conocer y amar á Dios,

prestando á vuestras jóvenes amigas, y repartiendo por todas partes libros buenos... Medio admirable para contrarrestar los esfuerzos de la impiedad, que, con sus funestas producciones, derrama en cuanto puede el veneno de la irreligión y del libertinaje, y que, si Dios no pone remedio poderoso, concluirá por trastornarlo y corromperlo todo.

No me extenderé sobre otra clase de obras que varían según las circunstancias, y exigen de vosotras el celo, el tacto y el ajustado espíritu de que os hablaba en la primera conferencia; son los consejos, las palabras edificantes que debéis hacer oir acá y acullá, cuando tengáis motivos para creer que serán recibidos con interés y con gusto.

Pueden también contarse en las buenas obras las oraciones, las novenas, etc., etc., que hacéis, sea en particular, sea en común, como preparación de alguna gran festividad, durante el Mes de María, ó en cualquiera otra circunstancia, y que sirven para animar vuestro celo y excitar vuestra piedad.

Ved, hijas mías, poco más ó menos las obras que os son propias; no tengo

necesidad de deciros los tesoros de méritos que os preparan para el cielo. Bien sabéis todas cuán magnífico y espléndido es Dios en sus recompensas. «Yo, yo mismo, dice, seré vuestra recompensa grande sobremanera.» *Ego... merces... tua;* y esa recompensa sobrepuja todo lo que se puede decir ó pensar: *magna nimis.* En verdad que apenas si podría creerse que nuestras obras, tan insignificantes en sí mismas, pudiesen merecer un semejante don, si no supiéramos que ese Dios no busca sino derramar por doquiera sus beneficios, y no se viera que la bondad y el amor son los que dominan en todas sus perfecciones.

II. Y ¿cuál debe ser el espíritu con que han de ser hechas nuestras obras para que tengan todo el valor ante los ojos del Señor? Distingo cuatro caracteres principales. Debéis obrar: 1.° con espíritu de fe. 2.° con espíritu de celo. 3.° con espíritu de discreción y de prudencia. 4.° y último, con espíritu de oración y con unión de corazones.

1.° Espíritu de fe. Para que vuestras obras tengan vida y sean meritorias para el cielo, es de absoluta necesidad el es-

píritu de fe. Hacer el bien nada más que por bondad de corazón, consolar á los pobres y ayudarles, porque se sufre al ver que les falta lo necesario, es sin duda acción virtuosa, pero, humanamente hablando, y si no hay otro motivo, nada merece para la eternidad. ¡Ah! cambia todo de decoración, cuando á esa bondad natural que nos inclina hacia los pobres, se añaden esas miras de la fe que nos muestran en ellos los miembros de Jesucristo, que sufren, esos miembros de que hablaba cuando decía: *Consideraré como hecho á mí mismo todo lo que hiciéreis á uno de estos pequeñitos.* Todo se eleva entonces, todo se agranda, todo se hace meritorio, divino, si vale la palabra; vuestra limosna sube al cielo, y allí se escribe en el libro de la vida, y os adquiere derecho á las brillantes recompensas de la eternidad.

2.° Espíritu de celo. El celo es fuego intensísimo que debe arder siempre en el corazón de la Hija de María. No hay que confundirlo con el espíritu de fe; éste puede existir solo, y entonces se hace el bien, pero friamente y con reservas; toca al celo excitar en el corazón esos santos

ardores que nos obligan á aprovecharnos con gozo de todas las ocasiones de aumentar la gloria de Dios y de procurar la salvación de las almas. Pero debe tener diversas cualidades ese celo. No debe proceder del capricho, lánguido unas veces, fogoso otras, como se ve con frecuencia entre las jóvenes. Se habla de una familia desdichada; el cuadro que se pinta conmueve su corazón: son de fuego para volar en su socorro; al día siguiente ya aquella impresión tan viva ha perdido gran parte de su fuerza. ¿Es celo verdadero? No: el celo verdadero es un fuego lento, continuo, que no echa sólo algunas llamaradas; sino que arde continuamente en el corazón, y mantiene en él un calor suave, moderado por la prudencia. Esta es la virtud que debe presidir el ejercicio de vuestro celo. Supongamos, en efecto, que, conmovidas con la pintura, que se hizo ante vosotras, de las desgracias de aquella familia, os habéis dirigido á la casa de aquella familia desgraciada; excita vuestra compasión el espectáculo de su miseria, de vuestros ojos saltan dos lágrimas, abrís la mano... y el sentimiento que no habéis podido

dominar, os obliga á dar todo lo que tenéis. Muy bien, pero... ¿qué vendrá después? al día siguiente os recomiendan otra familia... ¿qué hacer? el bolsillo quedó vacío; no podéis dar nada; os arrepentiréis sin duda de la indiscreta generosidad que de una sola vez agotó todos vuestros recursos.

3.° La discreción es necesaria para repartir las limosnas; todos los que sufren tienen, sin duda, derecho á vuestra compasión y á vuestros beneficios; sin embargo está en el orden, y es según el espíritu de Dios, que en igualdad de circunstancias debéis socorrer primero á la persona virtuosa, que aquella otra que quizá deba su miseria á su deplorable conducta. Si tiene esta última necesidades urgentes, socorredla, es deber del cristiano; pero no olvidéis que no debéis prodigar allí vuestros recursos; dejaríais quizá en la miseria familias honradas, que tienen más derecho, y lo aprovecharán mejor.

Sed también prudentes con vuestros padres y no los molestéis con peticiones continuas, no abuséis de su indulgencia. La caridad, hasta la más pródiga, tiene

sus límites: dejad á vuestros padres que los concilien con la ternura que por vosotras sienten y con el amor que tienen á los pobres.

Sed también prudentes en los consejos ó conversaciones piadosas con que queréis ganar almas para Dios; tanto más eficaces son estos medios, cuanto se emplean con más habilidad; tanto mayor retraimiento de la religión y de la piedad inspiran, cuanto se emplean más fuera de tiempo y de orden.

4.º Debéis aplicaros á vuestras obras con espíritu de oración, y unidas unas con otras y con Dios, y esto será abundante manantial de consuelos y de fuerzas. Solas y obrando individualmente, podréis ser débiles, y no podrá ser vuestro celo todo lo ardiente que se necesita; pero unidas, obrando en común, el celo de las más fervorosas será la llama que pronto se comunicará al corazón de todas, y os dedicaréis á las buenas obras con aquel fervor que es capaz de hacer milagros, si son necesarios para la mayor gloria de Dios.

CONFERENCIA VII

La Hija de María en el mundo.
¿Qué debe evitar para no contagiarse en él?

No nos restan ya más que dos conferencias, hijas mías, y las materias que en ellas he de tratar son de capital importancia. Os voy á hablar de vuestras relaciones con el mundo. En esas relaciones veo dos cosas principales: los peligros que debéis evitar, y el bien que podéis hacer. Trataré hoy de la primera.

I. Es ante todo necesario que os forméis del mundo idea justa, y lo podréis hacer, teniendo presente cómo pensaba del mundo nuestro Señor Jesucristo: el mundo fué objeto de sus anatemas. «¡Ay! del mundo, dijo, por sus escándalos.» En otra parte dijo á sus discípulos: «El mundo os aborrece, porque también me aborreció á mí antes que á vosotros.» Es idéntica hoy la disposición del mundo con respecto á Jesucristo y á los que le pertenecen: el mundo aborrece la religión, tiene aversión á las máximas de Jesucristo, y si, por miramientos pura-

mente humanos, no persigue abiertamente á los que se declaran por Jesucristo, es cierto que les es contrario, que hace cuanto puede para obligarles á cambiar de sentimientos, y llevarlos á él. ¿De dónde viene ese odio, hijas mías? ¿Hay algo en la persona del Salvador que sea capaz de excitarlo? No: todo es mansedumbre y amabilidad en el Salvador; pero escuchad al Apóstol San Juan: «La luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron.» El mundo está pervertido, sigue las perversas inclinaciones que puso el pecado original en el corazón del hombre; esa perversión del corazón ha falseado todas las ideas y todos los juicios: no puede comprender ni amar la verdad.

El mundo es, pues, enemigo de Jesucristo, y por eso en otro pasaje del Evangelio nos asegura el Maestro Divino que deben sus discípulos estar preparados para la lucha. «No creáis, dice, que he venido á traer la paz á la tierra: no; he venido á traer la espada.» Para la guerra, pues, debéis estar dispuestas, hijas mías, y para una guerra tanto más peligrosa cuanto que al odio del mundo se unen auxiliares

muy poderosos, la malicia del demonio y la debilidad de vuestro propio corazón. Y ¿cuáles son esos combates? ¿qué lucha es ésa? ¿Qué peligros os esperan no precisamente hoy, protegidas como estáis por las alas de vuestros padres, sino cuando estéis expuestas á las seducciones y engaños que ofrece el mundo? El primer peligro es la lisonja. Por ahí comienza siempre. Hace su entrada en el mundo una joven: todos los ojos están sobre ella; no hay elogios bastantes para dar á conocer las prendas exteriores de que le ha dotado la naturaleza. Ingenio, talento, gracia, belleza, todo se alaba, todo se ensalza hasta las nubes. Guardaos bien, hijas mías, de abrir á ese sutil veneno vuestros corazones; desconfiad de esa funesta inclinación que tenemos todos al llegar al mundo, de amar, de desear la consideración, la admiración, el afecto de las criaturas. Por la vanidad comienzan generalmente las jóvenes á dar al demonio entrada en su corazón. Se nos confían con frecuencia tristes secretos, y amargas lágrimas brotan por nuestros ojos... Pero buscando el origen, hallamos siempre que si se perdió aquella joven, fué por dar oídos á

elogios peligrosos, con lo cual dió los primeros pasos en su triste carrera. Os alaba el mundo, hijas mías: generalmente es pura lisonja, sabe indemnizarse á espaldas vuestras con una crítica severa y con picantes burlas. Pero aunque sean sinceros tales homenajes, ¿podréis dejaros ofuscar? Si algo bueno tenéis, ¿á quién lo debéis? A Dios, á quien debéis dar siempre toda la gloria que se le debe. Cerrad bien vuestro corazón al veneno de la vanagloria, cuando os alaben; véase siempre en vuestro semblante ese modesto rubor que descubre todo el sentimiento que tenéis de veros alabadas.

2.° El segundo escollo peligrosísimo para vuestra edad es el de las amistades hechas sin consideración y prudencia. Algo de esto he dicho ya en una de las conferencias anteriores; pero la importancia del asunto me lleva á tratarlo con más latitud. Examinad con detención la clase de persona con quien váis á tratar antes de depositar en ella vuestra confianza. Por regla general las jóvenes son demasiado ingenuas y comunicativas. Si aquellas con quienes váis á tener amistad muestran inclinación al mundo, si se de-

jan arrastrar del brillo de sus fiestas y placeres; tened cuidado, es de temer que poco á poco os persuadan de que hay mucha exageración en vuestras ideas, que después de todo se puede ser muy buena sin tener tantos miramientos, que son algo menos severas tales y cuales que pasan por muy virtuosas. ¿Qué os diré, hijas mías? Con tales amigas perdéis infaliblemente aquellas saludables impresiones que había producido hasta entonces en vuestro corazón y en vuestro espíritu la educación esmeradamente cristiana; y correrá tanto más fácilmente por vuestra alma ese veneno del espíritu del mundo, cuanto el cariño á la amiga, sostenido por las inclinaciones viciosas, cuyo germen funesto traemos al nacer, os alucinará más fácilmente, y producirá la ilusión antes aún de que lo notéis.

3.° ¿Qué os diré de las falsas máximas del mundo? sólo una palabra que lo dice todo para una Hija de María: están en abierta oposición con las máximas de nuestro Señor Jesucristo. Abrid el Evangelio, y leed: Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que sufren;..... Comparad con los juicios del mundo esas

ocho bienaventuranzas, y ved si no están en completa oposición. ¿Están más acordes con los principales puntos de la moral? ¿Qué piensa? ¿qué dice sobre el uso que debe hacerse de la vida, de la juventud principalmente? Si una madre cristiana os tiene alejadas de los placeres en que puede peligrar la inocencia, os compadecerá; dirá que es demasiada severidad, que una joven debe divertirse, y que es llevar al extremo las cosas usar de tanto recato. Si se trata de las preeminencias de la fortuna, del rango y del nacimiento, exaltará esas preeminencias, y *¡felices!* dirá los que las poseen. Cierto que no son de despreciar, por lo mismo que os ponen en ocasión de hacer más bien, de trabajar más eficazmente en edificar al prójimo, de hacer estimar y amar la religión, de echar en el seno del pobre limosnas más abundantes; pero no lo entiende así el mundo; considera esos bienes en sí mismos, los busca, los pondera, y en ellos pone la felicidad. Habladle de esa virtud, fundamento de todas las virtudes y base del cristianismo, de la humildad: la considerará como pura cortesía, y la llamará bajeza del corazón. No

os dirá, sin duda, como á esa fogosa juventud que él forma en la falsa máxima del *puntillo del honor*, que una afrenta no se perdona, que es necesario lavarla con la sangre del enemigo..... no; pero quiere que también vosotras tengáis vuestro punto de honor. Se exaspera sólo con pensar que podéis perdonar una maledicencia ó soportar una calumnia. Habladle el lenguaje de la religión, ensalzad sus santas prácticas. De esa religión no sabe nada, no conoce su espíritu: esas prácticas las tachará de ridículas, y las hará materia de sus bromas más picantes. Hay una joven que tiene la santa costumbre de oir misa todos los días: «Es una *beata*, dirá el mundo, nunca podrá hacer más.» Que observa las leyes de la Iglesia: «Es un espíritu apocado, dirá, que se entretiene en bagatelas.» Que huye del lujo en el vestido, del escándalo de las modas del día: le dirá que es necesario seguirlas sean cuales fueren, so pena de singularizarse, y de que la señalen con el dedo. Pero son contrarias á la decencia..... no importa, *todo el mundo las sigue;* ¿qué mal puede haber en hacer como las demás?

¿Cómo os conduciréis, hijas mías, con

respecto á ese mundo ciego y pervertido? Primero nada os importe de sus juicios, y, alta la cabeza, mostraos como queréis ser siempre. Nada hagáis en que pueda hincar el diente la malignidad; haced dulce, benigna, amable vuestra piedad, como os decía ayer, que nada de molesto tenga para los que os rodean; sabed sacrificar á la necesidad, y según las circunstancias, las prácticas cuya infracción no sea una falta..... Evitad en vuestra conducta, en vuestras palabras, en vuestro porte, todo lo que puede aparecer ridículo, y entonces, á menos de tener interés en aparecer irracional, se verá obligado á perdonar vuestra piedad; llegará á tenerle consideraciones; porque el mundo, aunque muy pervertido, no puede dejar de tributar, aunque sea tarde, el homenaje que á la virtud se debe, y, una ú otra vez, los merecidos elogios toman el lugar de las anteriores burlas.

Un punto esencialísimo para no dar lugar á que se ceben en vosotras, es que os guardéis de censurar abiertamente á nadie. No tenéis derecho alguno para constituiros en jueces de ellos, y quebrantaríais el gran precepto de la caridad. Si

para obligaros á mostraros más fáciles se os presenta el ejemplo de tales ó cuales personas recomendables, por otra parte, y menos cautas que vosotras, responded con modestia que suponéis tendrán excelentes motivos, pero que vosotras no los tenéis para obrar lo mismo.

4.º El cuarto peligro contra el cual debéis estar vigilantes es el de las malas lecturas. ¡Qué de cosas podría deciros sobre este punto! pero el tiempo apura, y tengo que terminar. Desconfiad, hijas mías, de ese peligroso escollo: novelas, dramas, poesía ligera, todo eso que constituye las ocupaciones frívolas, todo debe estar lejos de vosotras: pervierten el espíritu, entorpecen el corazón, secan la piedad, debilitan y hasta hacen perder la fe. ¿Se necesita más para que las eche de sí la Hija de María?

5.º El último escollo es la pasión por los placeres. Como las demás, tiene esta pasión en nuestro corazón poderosos auxiliares; es muy necesario defenderse y prepararse convenientemente contra sus peligrosos ataques. Entiendo por placeres del mundo, todas las diversiones profanas: las fiestas, las grandes tertulias, los con-

ciertos, los bailes, los espectáculos, etc., etc. Os diré algo respecto de cada uno, y os trazaré una regla de conducta.

No están bien para una mujer cristiana los espectáculos, mucho menos para una joven que hace profesión de piedad y de modestia. Aun cuando la Iglesia no los prohibiera, bastaría con la moral para prohibirlos. Los bailes no son menos peligrosos, hablo de esos bailes de lujo y de público numeroso, donde entra todo, y donde se violan las más austeras reglas del pudor.

No seré tan severo con respecto á los festines; obligadas por vuestra posición social á asistir á ellos en ciertas circunstancias, hacedlo á la sombra y bajo la protección de vuestras madres; no es necesario poneros en guardia contra los secretos lazos de delicadeza vana ó de ligera sensualidad. Vuestra inseparable compañera debe ser siempre la modestia, como debe serlo también en esas numerosas y espléndidas reuniones donde apareceréis á veces, porque así lo exigirán las órdenes de vuestros padres, las conveniencias sociales y los lazos de familia.

No ofrecen menos peligros los con-

ciertos, especialmente en estos tiempos en que los cantos más apasionados son puestos en labios de las jóvenes, cantos tan peligrosos, cuanto que para cantarlos se necesita que haya dejado ya de ser puro el corazón.... ¡Ah! hijas mías, permaneced siempre extrañas á esos funestos talentos; si se os pide que cantéis, que sea honesta la letra, si es al piano, hacedlo con sencillez, y estad en guardia contra los lazos secretos de la vanidad. No prestéis oidos á esos cantos apasionados que no pueden salir de labios puros; tened cerrado el corazón á cuanto pueda alterar en él lo más mínimo esa hermosa virtud tan querida de la Reina de las Vírgenes, de la cual tenéis el honor de ser Hijas.

Quizá sea menor el peligro en esos conciertos públicos en que se reune una sociedad numerosa; allí al menos no aparecéis por vuestra cuenta; pero es tiempo perdido; además no hay la necesaria decencia en los vestidos. No es aquel el lugar de la Hija de María.

Al terminar esta instrucción creo debo tocar un punto bastante delicado. Habéis sido invitadas, y debéis concurrir á

una reunión numerosa; debe terminar con el baile, desean vuestros padres que asistáis, os acompañan ellos mismos. ¿Qué hacer en semejante caso? ¿qué conducta debéis observar? Comenzad por suplicarles con instancias vivas que quieran dispensaros; haced valer vuestros principios, vuestros gustos, el cariño que os profesan; instad aunque con cautela; si ganáis el pleito, es favor que deberéis á María. Mas si no, si lo exigen, obedeced con respeto: es vuestra obligación. Si os acompañan á las reuniones, apareced en ellas con decencia, no espero de vosotras otra cosa; llevad allá esa modestia que debe acompañar á todas partes á una Hija de María. Pero aquella tertulia concluye con el baile: ¿bailaréis? no seguramente, mientras dependa de vosotras; no podéis hacerlo sin peligro para vosotras mismas, sin peligro para las demás, sin cierta especie de escándalo, porque, en fin, la Hija de María, siempre y en todas partes debe ser una joven modelo. ¡Qué trastorno de ideas, si, lejos de cumplir con vuestra hermosa vocación, no aparecéis entonces ni aún cristianas! ¡Qué vergüenza, si de vosotras se dijera: Mirad esas Hijas

de María; hablan de su piedad, de su regularidad, de la severidad de sus principios; pero cuando se presenta ocasión, saben indemnizarse, y se divierten tanto como las otras! Sería, hijas mías, un verdadero escándalo, porque sería vuestro ejemplo mucho más funesto, y de consecuencias más deplorables que el de una joven conocida por su ligereza y por su amor al mundo. Quizá me preguntéis: ¿Es pecado bailar? y ¿es culpable tomar parte en el baile? No, hijas mías, no puede decirse que sea pecado el baile, y en rigor puede una joven, obligada por la autoridad del padre ó la madre, bailar y no cometer falta alguna; pero siempre está allí el mal ejemplo..... y además ¡le acompañan tantos peligros! tiempo perdido en el tocador, pequeñas vanidades, celos secretos, seducción casi involuntaria; difícil es que salga del baile una joven sin tener la conciencia alterada, el corazón resfriado para la piedad, y el temor desgraciadamente fundado de haber sido para la juventud imprudente ocasión de escándalo y de caída. ¿Cómo no ha de suceder todo eso ante el género deplorable de bailes con que terminan esas tertulias? bailes

tan poco modestos, y aun podría decir, tan indecentes, que una mujer que sabe respetarse á sí misma, que una madre que tiene en cuenta la reputación de su hija, está obligada á retirarse con ella al dar principio esos bailes, para no exponer su inocencia á verse obligada á ruborizarse.

CONFERENCIA VIII

La Hija de María en el mundo. ¿Qué debe practicar para conservar la fe y derramar el buen olor de Jesucristo?

Antes de entrar á tratar de la materia del día, recordaré un punto que no hice más que indicar ligeramente ayer, y cuya importancia exige algún mayor desarrollo; es el peligro de las malas lecturas. Distíngolas en dos clases: las que se hacen furtivamente y á hurtadillas, por pura curiosidad, y las que, más comunes, hay que hacer á veces por deber, según las circunstancias; menos peligrosas acaso que las otras, no dejan de depositar también su veneno. Nada más funesto á las jóvenes que esas lecturas de curiosidad, y nunca creeré haberos instado lo bastante para que os guardéis de ese peligrosísimo lazo tendido á vuestra inocencia. Os halláis en el campo, en casa de un pariente, de un amigo; por todas partes se ven folletos, poesías ligeras, diarios que interesan más ó menos; los abrís, los leéis: es imprudencia grandísima que os

puede costar la pureza del corazón. ¡Ah! ¡cuántas jóvenes, llevadas de vana curiosidad, aprendieron lo que toda su vida debieron ignorar!

Lecturas más comunes son las que se hacen á veces á solas ó en familia para ocupar el tiempo y entretener los ocios. Las señoras jóvenes en este punto tienen necesidad de tomar más precauciones que las señoritas; porque éstas encuentran poderoso preservativo en la vigilancia y en los consejos de sus madres, aunque pueden, á pesar de todo, hallarse á veces expuestas. Os encontráis en el campo; allá, á la tarde, queréis recrearos con una lectura amena; os proporcionan un drama, un cuento, una novela corta; se os pide que la leáis; ¿qué haréis? La cosa es delicada; ¿os podéis negar? no lo sé, pues no puedo suponer que el libro que se os ha dado contenga algo contra la religión y las buenas costumbres; pero podéis manifestar, aunque con cautela, alguna repugnancia á leer bagatelas; más todavía, si es una de esas novelas frívolas que, sin ser precisamente malas, tienen el inconveniente gravísimo de falsear el espíritu, de calentar la cabeza y de ablandar el

corazón... Posible es que un padre y una madre prudentes se acomoden á vuestra repugnancia; si insisten, leed encomendándoos secretamente á Dios que ve en el fondo de los corazones, y sabrá agradeceros ese sacrificio hecho al respeto que debéis á vuestros padres y á la imprescindible necesidad de complacerles.

Entraré ahora en materia. Me he propuesto hoy, hijas mías, reunir como en un sólo cuadro todo lo que he tratado detalladamente en las precedentes instrucciones, á fin de presentar como de un golpe á la Hija de María. Mas para considerarlo todo desde su verdadero punto de vista, remontémonos al principio. Es incontestable que en los designios de Dios es vuestra Congregación una verdadera confederación formada contra el espíritu del mundo, que extiende más y más cada día sus estragos, precipitando muchas almas en los infiernos. ¿Quién es el Jefe de esa Confederación, hijas mías? Nuestro Señor Jesucristo; después de El, María su Madre, que os ha reunido como un batallón escogido para combatir á sus órdenes y conquistar almas para su Hijo. Conocéis vuestras armas: son la oración

la fe, la sencillez, la modestia y la caridad. Con esas amables virtudes habéis de combatir; con ellas habéis de derrotar á los enemigos. Digo á los enemigos, porque tenéis más de uno: al mundo que es enemigo visible, se juntan el demonio con todo el odio que os tiene, y la debilidad de vuestro propio corazón. Lo sabéis, hijas mías, después del pecado original nacemos con esa triple concupiscencia: amor de alabanzas y de honores, inclinación á la disipación y al placer, afición á los bienes terrenos. Lo sabe bien el mundo, y para ganaros os rodea, ya de sus insidiosas lisonjas, ya de la brillantez de sus fiestas, ya de toda la seducción de sus placeres. También lo sabe el demonio, y ¿quién podrá decir los ardides y sugestiones infernales que pone sin cesar en juego para seduciros y perderos? El demonio, hijas mías, alimenta contra vosotras implacable odio. Estáis destinadas como cristianas, á ocupar en el cielo un trono que perdió él por su culpa; como Hijas de María, trabajáis por arrancarle almas extendiendo el reino de Jesucristo; creedlo, jamás os perdonará ninguno de esos títulos, y es necesario que os prepa-

réis contra los últimos esfuerzos de su malicia infernal. Pero ¿qué tenéis que temer? Con vosotras están Jesús y María: combatís por ellos; van á la cabeza, y os cubren con su protección. Difícil es el combate, es verdad; debe durar toda la vida, también es verdad; pero levantad los ojos, y ved la magnífica recompensa que os espera. El mismo Dios se os dará como premio de vuestras victorias.

Mas veamos lo que debe hacer la Hija de María para conseguir esas victorias; recordemos rápidamente los diferentes puntos tratados. 1.º ¿Qué debe ser en sí misma la Hija de María? alma de fe, pero de fe viva, firme, práctica, que nada pueda quebrantar. Queréis, hijas mías, extender el reino de Jesucristo, ese reino por el cual se sacrifican con tantas fatigas, con tantos peligros y con tanta generosidad los sacerdotes del Dios vivo, los celosos y fervientes misioneros. En cierto sentido tenéis la misma vocación; pero antes de fundar ese divino reino en el corazón de los demás, es necesario afirmarlo, pero de modo inquebrantable, en vuestro propio corazón: ese corazón debe presentar á Jesús un trono de amor, don-

de pueda establecerse y mandar como dueño. No olvidéis que no os pertenecéis ya más; es verdad que ni como cristianas ni como criaturas racionales os habéis jamás pertenecido, puesto que todo lo ha hecho Dios para sí mismo; pero vuestra consagración á María ha añadido á ese primer derecho de Dios sobre vosotras, otro derecho que le ha dado la elección de vuestra voluntad, y por el cual os consagráis á su gloria. Esa gloria debe ser siempre la necesidad de vuestro corazón, y el objeto de todos vuestros cuidados; estad prontas, lo estáis sin duda, á sacrificar hasta vuestra vida, si es necesario, á derramar hasta la última gota de vuestra sangre por tan hermosa causa. No hemos llegado ahí, lo sé, y puede ser que el Señor no nos reserve semejantes pruebas; pero no es menos cierto que nuestra abnegación por los intereses de nuestro Divino Jefe debe ser sin reserva y sin límites. Se sabe que cuando San Francisco Javier pedía obreros para que le ayudasen en la misión de las Indias, pedía como primera cualidad que fuesen de corazón abnegado en pro de la causa de Jesucristo. Lo mismo os pido, hijas mías;

sea real y permanente esa disposición en vuestras almas, y yo respondo de los frutos y de los grandes resultados de vuestro celo.

Hemos visto en segundo lugar lo que debe ser la Hija de María con relación á cuanto la rodea. Debe considerar como uno de sus primeros deberes hacer la felicidad de su familia; jamás diré lo bastante sobre este punto importantísimo; es uno de los primeros deberes que os ha señalado el Señor; hijas, debéis hacer la felicidad de vuestros padres; esposas, si lo sois un día, debéis hacer la felicidad de vuestros esposos; madres de familia, la de vuestros hijos, de vuestras relaciones y de los sirvientes de vuestra casa; es preciso que se congratulen, que se feliciten todos de tener una Hija de María por hija, por esposa, por madre, por señora. De este modo obligaréis á todo el mundo á amar la religión, á rendir homenaje á la verdadera piedad; de este modo prepararéis el camino para todo el bien que podáis hacer un día.

No temáis imponeros para ello grandes sacrificios y renunciar á vuestros gustos y placeres. Estudiad la manera de

corregir los defectos del carácter que tengáis con la mira de disponeros mejor para llenar vuestra vocación de Hijas de María. Seréis á la postre, hijas mías, ampliamente recompensadas por vuestros esfuerzos. Vuestra felicidad está ligada á cuanto os rodea; procurad todo eso, y veréis que el premio de vuestros generosos combates son la paz, el gozo del alma y todas las bendiciones del cielo.

Considerada la Hija de María en sí misma y en el seno de la familia, la he estudiado á su entrada en el mundo, y he tratado de señalar los peligros contra los cuales debía armarse. He dicho que debía manifestarse desde el principio tal cual quiere ser siempre, y obligar al mundo entero á estimar y rendir homenaje á la virtud que profesa, y esto con una conducta prudente, llena de caridad y de mansedumbre, pero firme y constante en sus principios. He dicho y lo repito, que debe cerrar cuidadosamente su corazón á los atractivos de los mentidos goces del mundo, y su espíritu á sus falsas máximas. Guardaos, hijas mías, de dar oídos á esas máximas corruptoras... Si sucediera, que no lo creo, que se os ofreciera el

veneno por una mano querida, respetad la mano, pero rechazad el veneno. Cuando se trata de permanecer fieles á Dios, debe desaparecer cualquier otro interés, por querido y por sagrado que sea.

En el mundo sed, hijas mías, celosas de los intereses de los Corazones de Jesús y de María. Allí, como en todo, estáis consagradas á su gloria. Si en la familia habéis sido todo lo que habéis debido ser; si vuestra piedad ha sido benigna, sólida, bien entendida, también lo será en el mundo, y por lo tanto se decidirá fácilmente en favor vuestro. La modestia, las maneras finas, la caridad verdadera y la prudente reserva acabarán de conquistaros todos los corazones, y sola vuestra presencia será una predicación muda, pero más persuasiva que los más bellos discursos. Puede ser que entonces más de una joven que ha retenido como cautiva el mundo, se mueva por vuestro ejemplo, os abra su corazón, y, fortificada con vuestros consejos, salga del extraviado camino que lleva, y vuelva sinceramente á Dios. ¡Qué hermosa misión, hijas mías! En cierto sentido podéis hacer más bien que los predicadores del Evangelio. Pue-

den ellos subir á los púlpitos cristianos, y armados de la divina palabra, atemorizar y convertir á los pecadores; esto no lo podéis vosotras; pero no pueden, como vosotras, penetrar en el interior de las familias ni en las reuniones del mundo, para presentar allí el cuadro conmovedor de la verdadera piedad, y mostrar con toda su verdadera claridad la práctica de una religión de la cual no se alejan sino los que no la conocen.

Creedme, hijas mías, hay en el mundo corazones profundamente corrompidos; los hay que no están sino extraviados: á esos podéis atraerlos; los hay débiles, vacilantes: á esos podéis sostenerlos. Una de vosotras se encuentra con su madre en esas tertulias que terminan con el baile; rehusa modestamente tomar parte en él; con respeto y con sencillez dice á su buena madre que, si no le permite retirarse, considere como su mayor felicidad no separarse de ella ni un momento. Ved un ejemplo de valor. Quizá en la reunión haya alguna joven que sólo esperaba aquella elocuente lección para elevarse sobre el respeto humano, y vuestro ejemplo la ganará para Dios.

Consideremos por fin á la Hija de María en sus relaciones con la Congregación. En la unión estrecha con sus hermanas encontrará sin cesar fuerza, valor y abundantes consuelos. Estad unidas, hijas mías; que os anime el mismo interés, que sin cesar os congregue al rededor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María el mismo sentimiento; hállese siempre en vosotros ese *cor unum, et anima una* que es inagotable fuente de fuerza y de consuelo. Es un principio repetido con frecuencia en la Escritura, y adoptado hasta por los autores profanos, que la unión hace la fuerza; no tengáis más que un solo corazón, un solo amor, una sola voluntad; no tengáis más que una sola alma que viva de la misma vida y tienda al mismo fin. Ved de cuántos lazos se sirve el Señor para hacer vuestra unión más íntima é indisoluble. Mañana tendréis todas la felicidad de sentaros á la Sagrada Mesa, y al recibir á vuestro Salvador tendréis todas la misma carne y la misma sangre. Estad siempre unidas, hijas mías, ya estéis cerca, ya estéis lejos, en la ciudad y en el campo, en el mismo lugar como en lugar diferente; estad en todas

partes unidas de corazón, y no forméis más que una familia.

Esa dulce unión será para vosotras en la tierra el principio de infinidad de bienes, y en el cielo os congregará á todas en la misma bienaventuranza. Amén.

DE LA PUREZA, VIRTUD ANGELICAL [1]

CONFERENCIA I

Excelencias de la Pureza

«¡Oh qué hermosa es la generación casta con claridad! es inmortal su memoria, por cuanto es conocida ante Dios y ante los hombres.» (Salm. IV, 1.º).

Punto I. Conocéis, hijas mías, por las palabras del texto la materia de que os voy á hablar hoy; habéis comprendido ya que voy á tratar de la más hermosa y de la más amable de las virtudes, de la amada de los Corazones de Jesús y de María con especial predilección, de esa

(1) Creemos complacer á nuestras Asociadas uniendo á las ocho instrucciones sobre los deberes de la Hija de María tres conferencias sobre la virtud de la pureza. Han sido tomadas de la misma fuente que las primeras, y creemos convienen especialmente á las Hijas privilegiadas de la Reina de las Vírgenes.



virtud que debe resplandecer en todas las almas cristianas y particularmente en las Hijas de María, de esa virtud que hace al hombre semejante á los ángeles; en una palabra, de la castidad.

Con sólo nombrarla, saltan de gozo vuestros corazones, porque amáis á Jesús, amáis á María, y en vuestro corazón y en vuestro cariño ha encontrado también lugar la virtud de ellos preferida. Dilatad, hijas mías, vuestros corazones; voy á hablaros de los encantos y de las excelencias de la pureza; quiero aumentar en vosotras el amor á esa hermosa virtud, mostrándoos que á los ojos de los hombres es el tesoro más precioso, á los ojos de los ángeles la más hermosa de las prerrogativas, y á los ojos de Dios la virtud más grata á su corazón.

Hace mucho tiempo que se ha dicho, hijas mías, que es tan vivo y tan dulce el esplendor de la virtud á los ojos de los hombres, que se atrae la admiración, el amor, el respeto y los homenajes de todos. Pero entre todas las virtudes, la que principalmente reune todas esas ventajas es la modestia, el pudor... Hace sentir su poder aun á los mismos que han

traspasado sus límites, y, hagan lo que quieran, jamás podrán ahogar el sentimiento de estimación y de respeto que les inspira. La presencia de una joven llena de cautela, de decencia, de pudor, será siempre para ellos un freno que los contendrá, una muda lección que les hará ruborizarse y avergonzarse de sus desórdenes. ¿Por qué, hijas mías? Es que no puede borrarse del corazón del hombre ese sentimiento... Aun entre los paganos era honrada la castidad. ¿De qué distinciones y de qué honores no se rodeaba á las Vestales de Roma? Entre los pueblos bárbaros, aun entre los que parecían más extraños á los delicados sentimientos que nacen de la modestia, es siempre honrada, y por doquiera recoge justo tributo de veneración y de respetuoso homenaje...

¡Ah! siempre será cierto que el alma pura lleva consigo misma su recomendación y su belleza, sola ella conoce esa majestuosa superioridad que ejerce sobre el cuerpo que no es sino su esclavo; sola ella lleva escrita en su frente la nobleza de su origen.

¡Pero cuánto más hermosa aparece esa virtud á los ojos del verdadero cris-

tiano! ¿Qué es el cristiano, hijas mías? Es un hombre que ha recobrado por el bautismo la pureza y la inocencia primitivas de que el pecado de Adán había despojado á su alma; creada esa alma para el cielo, hecha para unirse con Dios habría sido humillada hasta el suelo por su unión con el cuerpo, foco de todas las concupiscencias, pero corriendo por su cabeza las aguas de la regeneración, la han purificado de toda mancha, y el cuerpo y el alma juntamente se han convertido en santuario del Espíritu de gracia. Trasladaos, hijas mías, á aquel feliz momento en que, bañadas en esas aguas saludables, aparecísteis á los ojos de Dios revestidas de inocencia y de belleza. ¡Ah! ¡cómo se inclinaron entonces hacia vosotras sus ojos llenos de complacencia! ¡Cómo redobló la vigilancia sobre el tesoro de la gracia depositada en vuestro tierno corazón, ese ángel hermoso que os diera para vuestra custodia! ¿Quién pudo hacerle profesaros amor tan tierno, tan puro y tan atento? La pureza que hermoseaba vuestra alma. Eráis entonces del número de esas almas felices, de las cuales se ha escrito que blanquearon sus

vestidos en la sangre del Cordero sin mancha, y veía en vosotras toda la corte celestial un objeto de complacencia y de amor.

Con la edad os habéis ido desarrollando, y para encadenar vuestras pasiones nacientes y conservar en toda su integridad la pureza de vuestro corazón, os fueron prodigadas nuevas gracias. La unción santa de la Confirmación imprimió en todos vuestros miembros el augusto carácter que los consagró por segunda vez al servicio de Dios. Además fuísteis alimentadas con el pan de delicias, trigo de los escogidos, y saciadas con el vino que engendra vírgenes. Jesús, autor de toda santidad, descendió á vuestro corazón é hizo correr su divina sangre por vuestras venas juntamente con la vuestra... ¡Ah! decidme, hijas mías, ¿no sentíais crecer entonces en vosotras el amor de la pureza y de la inocencia? ¿No comprendió vuestro corazón que la más ligera mancha ofendería las miradas del divino huésped que acababáis de recibir, y os privaría de esas comunicaciones íntimas con que favorece á las almas puras? Sí, ese Dueño divino de vuestros

corazones os decía más elocuentemente que todos los hombres juntos, que para una virgen cristiana, la más bella, la más preciosa de todas las virtudes es la castidad. ¡Oh castidad, lirio hermoso, radiante siempre de blanquísima hermosura! fuíste plantado en el jardín del Esposo por la más pura, la más casta de las vírgenes, por la augusta María; sí, en su mismo seno donde se encarnó el autor de la vida, Jesús, hizo florecer María ese bello lirio que por lo mismo había de ser tan fecundo y dar al Señor tantas almas castas y puras.

¿Queréis, hijas mías, que os diga cuál ha sido la sangre que ha regado ese hermoso lirio? fué la más pura y la más preciosa de la primitiva Iglesia: la sangre de los santos patriarcas, de los apóstoles, de los pontífices. Basta abrir los anales de la religión para encontrar millones de ejemplos de la inviolable adhesión que hacia esa preciosísima virtud manifestaron los santos de los primeros siglos, y del celo que tuvieron para hacerla florecer en sí mismos y en los demás, aun á costa de su sangre. S. Juan Bautista echa en cara á Herodes con

generosa libertad los desórdenes de que se hace culpable; pronto es inmolado víctima del resentimiento de Herodíades. En Roma, San Pedro y San Pablo conquistan para la observancia de la castidad á dos cortesanos de Nerón; pronto son condenados á muerte por el mismo. Por la misma causa obtiene San Mateo en Etiopía el mismo triunfo. El Santo Papa Cayo muere, por orden de Diocleciano, por haber consagrado al Señor su sobrina Santa Susana; San Estanislao, Obispo de Polonia, San Lamberto, Obispo de Lieja, San Netreo y San Aquileo, y gran muchedumbre de otros Santos cuya relación sería interminable, dan igualmente su vida por una causa tan hermosa. Y ¿qué os diré, hijas mías, de esas jóvenes vírgenes de la antigüedad, cuya historia conocéis perfectamente? Los sobrenombres de Inés, de Lucía, de Agueda, de Catalina, de Filomena ¿no nos recuerdan los combates más generosos á la par que los más gloriosos triunfos? Preguntadles cómo pudieron dar tantas pruebas de fortaleza y de valor en cuerpos en apariencia tan débiles; cómo en edad tan tierna, cuando todo es seducción y encanto para las

almas vulgares, supieron ellas pisotear las más halagüeñas esperanzas, despreciar los más brillantes ofrecimientos de la fortuna más seductora y del rango más elevado, inmolar hasta los más tiernos y legítimos sentimientos de la naturaleza, y desafiar con intrepidez los tormentos con que se les amenazaba. Os contestarán que nada era para ellas el sacrificio de mil vidas comparado con el tesoro de la pureza, y que para llevarlo intacto al tribunal de Jesucristo, no había suplicios que no les parecieran benignos, no había tormentos que no estuvieran dispuestas á soportar con la más invencible constancia, porque habían sentido y gustado toda la unción que se encierra en estas palabras: «El Amado encuentra todos sus goces entre los lirios. *Dilectus pascitur inter lilia*.

Punto II. No es sólo preciosa á los ojos de los hombres la castidad; á los ojos de los ángeles es la más gloriosa de las prerrogativas. ¿Sabéis, hijas mías, qué piensan los ángeles del alma casta? ¿Sabéis cómo la consideran? Como hermana suya. Sí, el alma pura es hermana é imitadora de los espíritus celestiales. *Casti*

sunt de familia angelorum, dice Tertuliano: «Las almas castas son de la familia de los ángeles».—«La castidad hace los ángeles», añade San Ambrosio, «el que la guarda es angel». *Castitas angelos facit; qui eam servat angelus est.* «En la virginidad, dice San Atanasio, hay un ejemplar de la santidad angélica». *In virginitate exemplar angelicæ sanctitatis*... Hay algo más todavía, según enseñan San Ambrosio y San Bernardo, esas dos grandes lumbreras de la Iglesia, que de tan admirable manera han hablado de la virginidad. No temían ellos poner el alma casta sobre los mismos ángeles. «Sí, dice San Bernardo, hay más felicidad en la pureza de los ángeles, pero hay más mérito en la pureza de los hombres». El ángel es casto por naturaleza, es puro, pero no tiene cuerpo; para él es una feliz necesidad ser casto; hermoso sin duda es ese privilegio; pero el hombre casto conserva la pureza en un cuerpo mortal, y ved lo que sucede digno de excitar la admiración más viva. Habitar en un cuerpo de barro sin participar de su corrupción; llevar consigo el foco de todas las concupiscencias, y apagarlo sin cesar; sentirse arrastrado al mal por

funesta pendiente, y resistirle con valor; vivir en la tierra, como si fuera ciudadano del cielo; estar expuesto sin cesar á las seducciones, á los peligros, á las tentaciones, á los ataques del mundo y del demonio, y combatir siempre, resistir siempre, vencer siempre y siempre triunfar!... Eso es propio del hombre casto, del hombre que conserva la castidad á pesar de la carne, á pesar de los sentidos, á pesar del mundo, á pesar del demonio, aun diré más, á pesar de él mismo. Y en efecto, necesita renunciarse á sí mismo, dominar sus pasiones, domar sus inclinaciones, conseguir á cada momento victoria sobre victoria; sobre los ojos, para impedirles detenerse en objetos seductores; sobre la lengua, para retenerla dentro de los límites de prudente discreción; sobre los oídos, para cerrarlos á todo lo que no deben oir; sobre el espíritu y sobre el corazón, para ajustarlo á la severidad de las reglas de tan delicada virtud. Cierto que hay una gran victoria, un gran mérito, y ha tenido razón San Crisóstomo cuando ha dicho: «La pureza del ángel es felicidad, pero la del alma casta es virtud. *Angelum esse felicitatis est, virginem esse, virtutis.*

¡Qué amor no tendrán los ángeles á las almas inocentes y puras!... ¡Ah! si á pesar de las faltas que habéis cometido ya, os ama vuestro angel, y vela sobre vosotras con tanta solicitud y ternura, ¿cómo amarán á aquellas almas puras que jamás han ofrecido á las miradas de los celestiales espíritus ninguna de esas manchas que puedan agraviarles?... Leed la historia del joven Tobías; puro es su corazón, y el Arcángel Rafael desciende del cielo para guiarle y defenderle en su viaje. Encadena las potestades del infierno armadas contra él, le hace encontrar esposa según el corazón de Dios, le vuelve á la casa paterna lleno de gozo y colmado de riquezas. Recordad en tiempos más próximos ese amable Santo, San Estanislao de Kostka, cuyo nombre os es tan querido; puro es su corazón y como hermano le trataban los ángeles; ¿qué digo? del cielo le traen el pan de vida que le habían rehusado los hombres... ¿Qué no hicieron para recompensar la valerosa virtud del Doctor Angélico? En su juventud una desgraciada se atreve á poner lazos á su pudor: la echa de sí, se arma de tizón encendido, y la hace huir

precipitadamente; la noche siguiente los ángeles le felicitan por su victoria, y le ciñen con un cíngulo misterioso, que le preserva toda su vida hasta de la más ligera señal de la corrupción de los sentidos. ¡Qué protección no han dispensado los espíritus angélicos á Santa Inés, á Santa Cecilia y á tantas otras! ¡Ah! comprendo el por qué, y es que los ángeles sirven á Dios sirviendo al alma pura. Está escrito en el Libro de la Sabiduría: «que la incorrupción, esto es, la castidad eleva al hombre y le hace cercano á Dios». *Incorruptio autem facit esse proximum Deo.* Siguiendo el mismo pensamiento, ha dicho San Cipriano: *Virginitas Dei imago, respondens ad sanctimoniam Dei.* «La virginidad es la imagen de Dios, representa su santidad». ¡Imagen de Dios! ¡qué grandeza! Hijas mías, meditad bien sobre esa expresión: ¡imagen de Dios!... Rasgos dispersos de esa imagen se ven grabados en todas las criaturas; el majestuoso esplendor del firmamento donde brillan mil puntos luminosos nos revela su grandeza; su poder se muestra en la creación y conservación del universo; su sabiduría en la belleza del orden exis-

tente; vemos un débil reflejo de su hermosura en la belleza de las flores de que cubre la primavera nuestras risueñas campiñas; pero esos rasgos vienen á reunirse en el corazón de una joven adornada con la modestia y con el pudor. Ella atrae á sí al mismo Dios con sus, en cierto modo, irresistibles encantos, y se hace, no la imagen de Dios, sino el templo, el santuario de la Divinidad.

Preguntad al demonio qué piensa de un alma semejante. Cuando encuentra un corazón puro, queda embargado de espanto: *Desgraciados de nosotros*, dice, *Dios está con ella*. Y se ha visto, en efecto, á un niño de tres años hacer, con sólo tocar á una desgraciada poseída del demonio, lo que no había podido hacer con grandes esfuerzos y repetidas órdenes un sacerdote revestido de los ornamentos sagrados. Explica esto, hijas mías, por qué tiene tanto odio el enemigo á las almas castas y puras; ve que en ellas, como en un espejo, se refleja la santidad de Dios; la envidia, la rabia, le mueven á arrebatar al Señor por todos los medios posibles esas almas que le son tan queridas, y para eso tiende por todas partes lazos y

trampas á la pureza y á la inocencia. Parece que dice á Dios: «No puedo atacarte en tu santidad; no puedo hacer caer esas celestiales criaturas, esos espíritus angélicos que rodean tu Trono; pues bien, ya que no puedo hacerte la guerra en el cielo, yo te la haré en la tierra, en el corazón de tus hijas para hacerles perder, si es posible, esa santidad que tan gratas las hace á tus ojos. Las atacaré en su espíritu, en su corazón, en sus sentidos; lucharé con ellas de todos los modos, y, para arrebatarles la inocencia, pondré en juego todas las armas. Sí, hijas mías, el demonio está enfurecido contra vosotras; ha jurado perderos; pero no temáis, resistid valientemente sus ataques; poned vuestra confianza en el Corazón de Jesús, y con El triunfaréis de sus esfuerzos inútiles.

¿Os haré entrar, hijas mías, en el corazón infortunado que ha marchitado el soplo del mal? ¿os haré contemplar á la imprudente joven que se ha rendido al enemigo, y ha perdido en un momento toda la belleza de su alma? ¡Ah! á su vista salta de gozo el infierno entero, gritando: «Nuestra es». La considera como presa

suya; y se ha visto, en efecto, á ese inmundo espíritu obligado por la fuerza de los exorcismos, á decir por qué atormentaba á una desgraciada, á declarar que había pecado contra la pureza, que la vergüenza había sellado sus labios en la confesión, y que había tenido permiso para apoderarse de ella... ¡Qué horror!.., ¡Ah! volvamos la vista, hijas mías, contemplemos más hermoso espectáculo; veamos lo que es á los ojos de Dios un alma casta y pura.

Punto III.—No seré yo el que os muestre, hijas mías, lo que es la castidad á los ojos de Dios; lo hará el mismo Dios. En mil pasajes á cual más expresivos, nos dice el Espíritu Santo que de todas las virtudes es la castidad la que más se gana el amor de Dios, su divina amistad, sus gracias y sus recompensas. Vedle, en efecto, cómo fija su mirada en el alma en que la ve brillar: es su amada, su hermana, su esposa: «Toda eres hermosa» le dice, *tota pulchra es, amica mea,... veni... soror mea, sponsa.* «Has herido mi corazón» *vulnerasti cor meum.* «Quiere habitar en el medio de ese hermoso lirio» *Dilectus pascitur inter lilia:* allí tiene todas

sus delicias... Confesaba á Santa Gertrudis que si hubiera de dejar el cielo donde recibe las adoraciones de los ángeles y de los santos, lo haría con gusto para habitar en el corazón de una joven virgen.

Y lo ha probado por la tierna confianza y la predilección marcada con que se ha servido siempre de corazones puros para el cumplimiento de sus designios. En todo tiempo los ha preferido para comunicarse á los hombres. Ellos son los que más han trabajado por su gloria; ellos los que se han empleado en las obras de su sabiduría y de su misericordia, y con frecuencia han participado también ellos de su omnipotencia.

Abrid el antiguo Testamento: ¡qué maravillas en la historia de José, hijo de Jacob, de la casta Susana, de la santa viuda Judit! Parece que tuvo empeño el Señor en servirse de todos los acontecimientos para elevarlos por los caminos llanos de su sabiduría á la cumbre del honor y de la gloria. Siempre trató con mayor distinción á los que llevaron esa virtud al más alto grado de perfección. Elías, Jeremías, Daniel, fueron vírgenes;

el primero fué elevado en un carro de fuego; enviado el segundo para convertir á su Dios á los judíos, da generosamente su vida en testimonio de la verdad; el último penetra en las profundidades de lo porvenir; ve el término de la larga cautividad que pesa sobre su pueblo; anuncia el nacimiento del Salvador, y hasta ve en las últimas edades la desolación apoderándose del lugar santo, y asiste, si vale la expresión, á los últimos trastornos del mundo.

Más sensible es aún esa predilección del Señor por las almas puras en la nueva ley. Nace de una Virgen; quiere que el que ha de compartir con ella los cuidados de su infancia, sea también virgen. Comienza los trabajos de su vida pública, le anuncia un precursor que es virgen; y entre los discípulos que escoge, el discípulo de su amor, el discípulo á quien manifiesta especial predilección, el discípulo á quien favorece con comunicaciones más íntimas, con más preciosas prerrogativas, es el discípulo virgen á quien confía al morir su propia Madre. Forma su Iglesia, y quiere que sea la pureza el carácter distintivo de los que la componen; sus levitas, sus

sacerdotes deben ser santificados, no con ceremonias exteriores como en la ley mosáica, sino por juramentos solemnes que garantizan para siempre la perfecta pureza de su corazón. Jesús será la cabeza de esa Iglesia, y sus miembros serán los cristianos. Y María, por la cual se comunicarán á esos miembros la belleza, la fortaleza, la vida, María será como el cuello de ese cuerpo místico, y los ornamentos más preciosos, según la hermosa expresión de San Ignacio mártir, serán las vírgenes:... *Virgines... pretiosa Christi monilia.*

Y para hacerlas más preciosas no hay gracia de que no las colme el Señor. «He buscado la sabiduría, dice Salomón, y me han venido con ella todos los bienes». Lo mismo han podido decir de la castidad todas esas almas felices; pero ved, hijas mías, cuáles han sido esos bienes que con tanta abundancia han recibido. ¡Ah! lejos de nosotros esas gracias comunes y groseras, que pueden ser patrimonio lo mismo de los pecadores que de los justos: las riquezas, la salud, los honores; no, para las almas puras hay bienes de muy superior excelencia, bienes tan pre-

ciosos que son la admiración del mismo cielo.

El primero de todos es el fervor. ¡Cómo se abrasan y consumen de amor por su Dios esos corazones puros; es un Luis Gonzaga, es un Berchmans, es una Santa Teresa! ¡Qué fe tan ardiente! ¡qué temor tan puro! Oran, y parece que descienden los ángeles á recoger sus oraciones para presentarlas delante del trono de Dios; oran, y el Corazón de Dios se abre, y cae en abundancia el celestial rocío, y á su voz cesan las plagas y castigos; oran, y el resplandor del rostro, y el divino fuego de sus ojos, y la agilidad y la elevación de su cuerpo anuncian lo que pasa en el interior de su alma. Pero, sin recurrir á ejemplos tales, demasiado elevados para la debilidad nuestra, pensad, hijas mías, cuándo habéis orado mejor: ¡Ah! cuando ha sido más puro vuestro corazón. Os quejáis muchas veces de distracciones importunas, decís que no podéis entretener vuestro espíritu con las cosas de Dios, ni excitar en vosotras los piadosos sentimientos que quisiérais probar; examinaos con detención, y ved si ha experimentado algun quebrantc en

vuestra alma esa hermosa virtud... Quizá pudiérais decir como San Agustín: «Del fondo de mi conciencia turbada elevábanse densos vapores que oscurecían mi espíritu y oprimían mi corazón.»

Otro don no menos precioso con que favorece el Señor á las almas puras es un valor á toda prueba; aquí sí, que es evidente su divina protección. Sí, hijas mías, el alma pura es la más benigna, la más humilde y la más sencilla de todas las almas; pero su pureza está amenazada; ¡ah! esa tímida oveja se convierte en rugiente león. Es el demonio, ella lo abatirá, lo pisoteará, le acometerá hasta su completa derrota... Es el mundo, ella desafiará valientemente sus desprecios, sus censuras, sus zumbas insensatas... hasta sus mismos verdugos... ¡Ah! no temáis por ella; sus espadas se embotarán en su cuerpo; perderán su ferocidad junto á ella, y se echarán á sus pies las fieras azuzadas para devorarla... ó, si quiere el Señor darle la corona consumando el sacrificio, se la verá soportar, sin gemir siquiera, los más horrorosos suplicios, quedar inmóvil en medio de las llamas como Santa Lucía; alargar la garganta al

verdugo como Santa Catalina, y recibir el golpe mortal con más gusto que el que tiene el vencedor al tomar la corona que le da la victoria.

Son, en fin, patrimonio del corazón puro la calma y la serenidad de ánimo que acompañan siempre á la sumisión de las pasiones. La joven que hace de la modestia su más rico tesoro, posee la paz y todas sus delicias. En todos sus actos veo esa dulce paz, la leo en su frente donde reinan el candor y la ingenuidad. En sus modestos ojos veo los colores del pudor que envidia el mundo entero. En todo su porte veo pintada la imagen de la pureza: allí está la imagen de Dios con toda su hermosura, *Virginitas imago Dei*. No esperéis ver indicios tales en esa joven desgraciada que ha vencido el demonio y que todavía aparece con las señales de sus heridas: fijaos en ese semblante turbado, en esos ojos inquietos, en esa frente cubierta de sombras... ¡Ah! esa frente desgraciada ha perdido aquel aire de inocencia y de candor... ¡Pobre niña! en vano te envuelves en oscuridad misteriosa, ¿no sabes que tu mismo mirar, tu frente misma revelan á ojos expertos

los tristes secretos de tu corazón? es el misterioso signo que tu cruel vencedor ha impreso en tu frente: *In fronte ejus nomen scriptum: Mysterium...* ¿Y quién podrá contar las luchas del corazón? ¡Cómo se irrita con la contradicción más liviana! una expresión, una palabra, un gesto, bastan para dar origen á una conmoción en su alma. El orgullo compañero inseparable de las impuras pasiones junto á ellas ha plantado sus reales en su corazón. Corramos un velo sobre los sufrimientos interiores de esa desgraciada, y roguemos á Dios que abra sus ojos para ver el peligro que le amenaza, y la profundidad del abismo donde va á caer.

¡Ah! no hay necesidad de rogarle por aquella alma á quien la modestia y la pureza perfectas hacen tan querida á sus ojos: *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem.* «El que ama la pureza de corazón tendrá al rey por amigo.» ¡Y qué amigo! el más tierno, el más fiel, el más generoso y el más magnífico de todos. No hay necesidad de deciros, hijas mías, lo que hará el Señor por esa alma pura en el lecho de muerte. Hará lo mismo que hizo con Santa Tarsila y con

tantas otras... Enviará á sus ángeles, enviará á su Madre... Abrirá El mismo, si es necesario, los ojos del cuerpo de aquella su muy amada hija... Podrá ella ver con sus propios ojos á María, esa tierna Madre que se acerca á su cama con aire de celestial bondad, para sostenerla en uno de sus brazos, y mostrarle con el otro el hermoso cielo que la espera; ella misma hará correr dulcemente en sus manos los días de su vida, pondrá su alma en libertad, la tomará y la trasladará al cielo presentándola ante el trono de su Divino Hijo.

Aquí me faltan, hijas mías, las palabras; así tomaré las del discípulo virgen, de aquel á quien la perfecta pureza hizo digno de reclinar su cabeza en el seno del Maestro Divino, y adquirir juntamente con el amor el conocimiento de los misterios más sublimes. «En el cielo, dice San Juan, en la Santa Sión cantarán sin cesar los Santos aquel hermoso cántico: *Sanctus, Sanctus, Sanctus:* Santo, Santo, Santo: gloria, honor y bendicion al más alto de los cielos, á solo Dios. Mas las vírgenes, las almas castas y puras, ¡ah! esas dice el Evangelista cantarán un cán-

tico que ninguna criatura puede poner en sus labios. «Irán en pos del Cordero, y no le abandonarán jamás y por doquiera que vaya, irán en su compañía». ¿Lo habéis oído, hijas mías? ¿lo comprendéis? Si, á las vírgenes castas y puras se ha reservado esa gran gloria, se ha prometido ese honor insigne; á vosotras está reservado con todo derecho, á vosotras para quienes tiene tantos encantos esa virtud, á vosotras que la guardáis como el tesoro más rico; sí, es rico el tesoro que os alcanza todas las gracias que se derraman del cielo sobre vuestras cabezas, quedando de ellas enteramente inundadas. Pero ese favor de inestimable precio no es sino una insignificante prenda de las recompensas celestiales que os están prometidas: poseeréis, gozaréis en toda su plenitud lo que ojo no vió, ni subió jamás al corazón del hombre. Amad siempre, hijas mías, esa bella, esa angelical virtud, conservadla cuidadosamente; es delicadísima flor que puede ajar el soplo más ligero; velad sobre vuestro corazón, sobre vuestro espíritu, sobre vuestro cuerpo, sobre vuestros sentidos, sobre vosotras mismas. Unid la oración á la vigilancia; encomen-

daos con frecuencia á los Santos Ángeles; invocad sobre todo á María, la más pura de las vírgenes; pedidle que os asista en todo tiempo y especialmente en los momentos en que puede estar más expuesta la pureza de vuestro corazón; suplicadle que os defienda contra los peligros del mundo, y os fortalezca contra su espíritu, sus máximas y sus seducciones. Paréceme ver en estos momentos á esa Madre llena de bondad que os mira, y os cubre con su protección... Virgen Santa, Vos habéis dicho: Habitaré en mi propiedad.» *In hæreditate mea (morabo)...* Aquí está vuestra propiedad, son vuestras hijas, es la familia que ha escogido vuestro Divino Hijo y ha confiado á vuestro corazón maternal; habitad en Jacob, y sea Israel vuestra mansión: *In Jacob inhabita, et in Israel hæreditare;* echad raíces profundísimas en esos corazones que ha provisto el Señor de tantas gracias: *In electis... mitte radices:* viviendo en medio de ellas, haréis florecer la piedad. Por Vos agradarán al Corazón de vuestro Hijo, por Vos serán puestas en posesión de la inefable felicidad prometida á los corazones que se encontraren puros y sin mancha en el último día. Amén.

CONFERENCIA II

De la virtud de la pureza en sí misma

Hemos visto, hijas mías, en la instrucción anterior la excelencia de la virtud de la pureza; os he mostrado cómo es preciosa á los ojos de los hombres, gloriosa á los ojos de los ángeles y amable á los ojos de Dios. Habéis podido conocer que es fuente de bienes para el hombre, augusta prerrogativa para los ángeles, y para Dios la imagen de su propia excelencia, en que se complace, puesto que es la pureza la más perfecta imagen de la santidad de Dios.

Quiero adelantar más hoy, y ver cuál es el interior de un corazón puro; examinemos ese corazón; pero volvamos un momento sobre aquel pensamiento de San Bernardo que os cité ayer; no sé si os impresionó como á mí, hijas mías; pero paréceme admirable, y que dice perfectamente todo lo que de grande, de hermoso y de magnífico tiene la castidad. Sobre todo cuando compara al hombre casto con el ángel, y no teme ponerlo sobre el

ángel, diciendo: «En el ángel es una felicidad la conservación de la pureza, en el hombre un mérito.» El ángel es puro por naturaleza, imposible ser de otra manera; no tiene cuerpo, no puede pecar; posee la pureza sin temor de perderla, pero el hombre, ¡ah! tiene que hacer esfuerzos grandísimos para conservarla, y puede á cada momento quedar de ella privado. «Vale más, dice el mismo San Bernardo, conservar la pureza, y cuesta más que poseerla.» Sí, vale más; es más glorioso al hombre ser puro, ser casto, que ser ángel; pero os pregunto yo, hijas mías, ¿hay algo más fuerte? ¿Hay algo que nos dé más grande idea de la pureza que ese pensamiento de San Bernardo, que esa comparación que hace entre el hombre y el ángel? ¡Qué virtud, que puede hacernos superiores á los ángeles! ¡qué idea debemos tener de una tal virtud! ¡Cómo la debemos considerar, y qué cuidados no debemos tener sobre ella para conservarla! Y eso, respecto de la excelencia de la pureza. Vamos más adelante, y veremos cuál es el interior del corazón puro. Todo lo que tengo que deciros lo he visto en dos palabras de la Sagrada Escritura; sí, en dos palabras he

encontrado la explicación del interior de un corazón puro. Escuchad con atención, y os suplico no perdáis una sola palabra de lo que voy á deciros en asunto de tan capital importancia. Sobre todo, abrid á la gracia vuestro corazón para que se graben en él profundamente estas palabras, y os hagan sacar frutos dignos de vuestro título de Hijas de María, para que después de esta instrucción os prendéis más de esa hermosa virtud, y para que con la vigilancia que debéis ejercer siempre sobre vuestros sentidos y sobre vuestro ser todo, la conservéis con más solicitud en vuestras almas, como el tesoro más precioso y la más señalada gracia que os puede hacer el Señor.

Punto I. Ha dicho el Espíritu Santo en el Cantar de los Cantares. «Mi amada es como el lirio (1) que crece entre las espinas.» *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* Nada más hermoso en las Santas Escrituras, nada más verdadero, y

---

(1) La palabra *azucena* es más significativa, y responde mejor al pensamiento del sagrado escritor; pero el autor habla del *lirio* según se ve en el curso de la Conferencia. (N. del T.)

nada más dulce que ese pensamiento, esa comparación del alma pura con el lirio que crece entre las espinas. Dos pensamientos bien diferentes se presentan aquí. «Mi amada es como el lirio,» ved el primero; el segundo es «que crece entre las espinas.» El segundo pensamiento es superior al primero, y lo perfecciona y realza su belleza; porque es un verdadero contraste, un lirio entre espinas. Os explicaré el primer pensamiento.

El alma casta y pura es esa amada, esa amiga de Dios que se asemeja al lirio: ¿qué es esa flor que todas vosotras conocéis, pero que quizá jamás habéis considerado lo bastante? ¿Cuál es el terreno en que crece y se desarrolla esa hermosa flor? ¿crece en medio de las zarzas y maleza? no; ¿crece en los eriales, en los bosques ó en los terrenos sin cultivo? Tampoco. El lirio crece en tierra bien abonada, nace en los jardines, y no de cualquier manera: es necesario preparar la tierra que ha de recibir su bulbo; cultivarlo y tener con él los cuidados más exquisitos. Del mismo modo, hijas mías, la virtud de la pureza no crece entre las malezas de la vanidad ni tampoco entre la espesura de las zarzas del

espíritu y de las máximas del mundo: se desarrolla en terreno bueno y bien prepa rado. Nace en el jardín de nuestro corazón; florece esa delicada planta en el alma cultivada por la gracia y cuidada por la fidelidad. El terreno de que gusta es la pureza. Ya véis la feliz semblanza que tiene con el lirio. Examinemos ahora esa flor, consideremos su belleza, su matiz, sus propiedades, y veréis cómo por algo se la ha comparado con la pureza. Ved primero su vara; ¡qué nobleza! ¡qué majestad! ¡cómo se eleva directamente al cielo, y al mismo tiempo con qué gracia se balancea y se inclina á la tierra. Pero ¿y su belleza? Véd su lustrosa blancura por defuera, é interiormente esos filamentos de oro que embellecen y con tal delicadeza tiñen con su polvo la extremidad inferior de sus hojas. ¡Qué aroma exhala! ¡qué deliciosa suavidad! ¡qué perfume! Notad la propiedad de volverse hacia el sol; quizá jamás os hayáis fijado en ello, hijas mías. Apenas aparece el sol, se inclina hacia él, le sigue al medio día, y va en pos de él hasta su ocaso. De suerte que, atraído al parecer por él insensiblemente, no le pierde jamás de vista, y recibe de él todo su lustre y

toda su belleza. Encuéntranse en el alma pura todas esas cualidades del lirio: 1.° es hermosísima á los ojos de Dios; puede muy bien decirle como á la esposa de los Cantares: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Y esa inocencia, esa lustrosa blancura que enamora al corazón de un Dios, no enamora menos al corazón de los hombres. Todo en ella participa de la incomparable belleza de su alma; en el semblante lleva la dulce expresión de la inocencia; ¡qué más conmovedor que ese aire de candor y de modestia que la adorna, ese casto pudor que embellece su frente, esa fisonomía enteramente angelical que anuncia á la vez la paz, el gozo, la alegría y la felicidad!

Es verdad, hijas mías, que por su brillante blancura se asemeja al lirio el alma pura. Pero no está ahí todo; como el lirio, derrama por doquiera y exhala á larga distancia el aroma de sus virtudes. Ved un alma pura, una joven casta, contempladla, conversad con ella; os asombra el suavísimo olor que exhala en derredor; todo en ella respira inocencia, todo predica altamente la virtud; es un encanto que os obliga á la práctica del bien.

Y ahora vamos á estudiar la majestad de la vara del lirio; vedla elevándose noblemente hacia el cielo. Así se eleva el alma pura hacia Dios; así una dulce y amable sencillez la lleva constantemente hacia El. Sólo á las almas puras es dado tender así hacia Dios, elevarse, y llegar hasta El, jamás perderle de vista, y vivir siempre en su presencia; y ¿quién podrá decir el lustre que reciben del divino Sol de justicia? Como el lirio, siguiendo invariablemente al sol se tiñe y se colora con sus brillantes rayos, así recibe de la Divinidad su brillo el corazón puro que parece pintarse y resaltar en él. Escuchad lo que dice el mismo Señor: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.»

Preguntándole un día Santa Gertrudis que tenía el privilegio de hablarle con cierta especie de familiaridad, cómo podía hallar sus delicias en estar con los hijos de los hombres, habiendo tantas almas que le ofenden y le ultrajan: «Cierto, cierto, respondió, pero mis delicias las tengo en los corazones puros; allí me complazco yo en establecer mi mansión, porque allí puedo repartir con profusión y sin medida mis gracias.» ¡Oh Dios mío! y

¿qué es un corazón puro, para hacerlo Vos objeto de vuestras delicias, para poner en él todas vuestras complacencias? En verdad que cuando se considera lo que es, se siente uno inclinado á ponerse de rodillas, á besar respetuosamente la huella de sus pies... es que es la sombra, la imagen, el templo de Dios.

Ya os he explicado, hijas mías, lo que es el lirio; ya os he dicho el terreno en que crece la belleza de su vara, el lustre de su blancura, la suavidad de su aroma, su inclinación hacia el sol; pero no basta; aproximémonos, examinémosle más de cerca. Tomo un lirio, veo que lo forman seis hojas de inimitable blancura, pero con alguna diferencia: tres exteriores, se inclinan algo á la tierra, y se coloran débilmente de verde en la base; las otras tres interiores, tienen el pie ligeramente matizado de oro, como sí (y es de San Bernardo este pensamiento), por su disposición nos indicasen esas diferentes hojas las diversas virtudes de que está adornado el corazón puro. Las tres primeras exteriores y matizadas de verde en la base, indican tres virtudes que se refieren al prójimo, y las otras interiores y matizadas

de oro, nos representan mejor las virtudes que se refieren á Dios. Comenzaré por las tres primeras.

La primera es humildad profunda: es como el fundamento, como la base de las otras. Si se quiere tener un corazón puro es necesario ahondar en el conocimiento de sí mismo, reconocer su nada y su bajeza, humillarse y anonadarse en la profundidad de su miseria y de su impotencia para el bien. Es el primer paso que hay que dar: humillarse; y para ello no basta practicar algunos actos interiores de humildad, confesar sus faltas, rebajarse con palabras, etc., etc.; es necesario tener profundamente arraigada en el corazón la virtud de la humildad, porque es la humildad el guardián de la pureza del alma, y sin humildad no hay pureza.

La perfecta modestia es la segunda virtud necesaria á un corazón puro; nace necesariamente de la primera esta virtud: el humilde es siempre modesto. Pero hay que distinguir entre la modestia ó el pudor, si así lo queréis llamar, y la pureza: la pureza es la flor; el pudor es como la cubierta que la envuelve, es su protector, su guardián; en todo se hace notar esta

amable virtud, por todas partes acompaña al alma pura; se la observa en la postura, en el movimiento, en los ademanes, en la conversación, hasta en la voz. En todo se observa la pureza del corazón, la modestia de la persona; todo está tan bien dirigido en la persona pura y modesta, que basta con verla para sentirse como penetrado del recogimiento interior de su alma.

En fin, la tercera virtud del corazón puro, es la caridad mutua, que es como natural consecuencia de las dos anteriores. Si se tiene humildad profunda y perfecta modestia, es imposible que falte esa tierna y dulce caridad que une y anima á los verdaderos hijos de Dios; si sois verdaderamente humildes y verdaderamente modestas, ¡con qué delicada atención soportaréis y sufriréis las pequeñas faltas de cuantos os rodean! Echaréis lejos de vosotras esas insignificantes susceptibilidades, esos pequeños celos, esas palabras algún tanto agrias y esas reflexiones malignas que engendra la falta de humildad y de cautela. Sed todas muy humildes, hijas mías, sed muy modestas, y no tardaréis mucho en ser benignas, buenas, afec-

tuosas y complacientes; estaréis llenas de esos tiernos cuidados, de esos exquisitos cumplidos, de esas atenciones delicadas que tan pronto y tan bien saben ganarse los corazones, porque son la señal y la nota casi seguras de la verdadera caridad.

Tales son, hijas mías, las tres primeras virtudes que adornan el corazón puro; ya lo véis, se ejercitan exteriormente, porque se relacionan con el prójimo. En cuanto á las otras tres representadas por las tres hojas interiores del lirio, se refieren más directamente á Dios; la primera es el fervor, el amor de Dios; pero un fervor por el cual quede vuestro corazón unido íntimamente con Dios. No quiero decir que haya que estar siempre en oración, en meditación, en adoración al pie del santo altar, en continua tensión del espíritu para no perder jamás de vista á Dios. No; quiero que penséis en nuestro Señor, y que contraiga con El vuestro corazón unión santa; mas esto debe ser obra de amor, obrando por El, haciendo todo lo que hacéis, no al acaso ó por necesidad, sino por un principio de amor de Dios, por agradar á Dios, por cumplir la voluntad de Dios. Ved lo que hace el corazón

puro: ama á Dios, y este amor le lleva á hacerlo todo por El. Como busca á Dios en todas las cosas, no tiene más fin en cuanto hace que agradar á Dios. Todo lo hace con gusto, con placer, porque sabe que lo hace en la presencia de Dios, y esa expansión de corazón, ese santo ardor, ese contentamiento que experimenta en el trabajo, en lo que hace por Dios, es la más bella recompensa de su fidelidad y de su amor.

La segunda virtud del corazón puro es un gran deseo de agradar á Dios, no deseo estéril é infructuoso que se pierde en palabras y se desvanece como humo, sino real y efectivo, porque el alma pura no se satisface con desear más gloria á Dios, sino con procurársela. Nada omite para ello de cuanto sabe puede agradarle; y en efecto; ¿puede amarse á Dios y no desear el cumplimiento de cuanto le agrada? imposible; por eso el alma pura tiene tales ansias de agradar á Dios que no sólo accede á todo lo que le pide, que no sólo cumple todo lo que quiere, sino que se adelanta á todo lo que puede ser de su agrado; en una palabra, su amor es tierno, es fuerte, y por consiguiente de-

licado, oficioso; busca con especial cuidado hasta lo más mínimo que puede complacerle, feliz de poder así anticiparse en cierto modo á su bondad y á su amor.

En fin, la tercera virtud interior del corazón puro es un grande horror á todo lo que puede desagradar á Dios, por consiguiente, al pecado, puesto que el pecado es la abominación del adorable Corazón de Jesús. No se contenta el alma pura con tener horror á las grandes faltas; lo tiene á las más pequeñas, á las imperfecciones más ligeras. Desagrada algo á Dios, basta, se abstiene de hacerlo, no por temor al castigo, no en vista de la recompensa, sino por el delicado placer de evitar lo que pudiera desagradar á su Dios en lo más mínimo.

A tal punto lleva, hijas mías, el horror al mal el corazón casto; llega hasta evitar las faltas más livianas, hasta privarse severamente de todo aquello que pudiera desagradar á Dios. ¿Podemos admirarnos después de esto de que ame Dios tanto las almas castas, los corazones puros? En cuanto á mí, no me asombra que tenga allí sus delicias, porque nada hay que se aproxime tanto á su santidad divina; y

como en ellas encuentra la imagen de su propia excelencia, se comprende fácilmente que en ellas se complazca y las colme de sus dones más preciados.

¡Qué hermosa, qué justa y qué verdadera la comparación del alma pura, hijas mías! Pero hay más aún; no he hecho más que explicar el primer pensamiento que nos ofrece este pasaje de la Escritura: «Mi amada es como el lirio hermoso.» Vamos á ver cómo crece ese lirio entre las espinas.

Punto II. No se contenta el Espíritu Santo con comparar á su amada, á su amiga con el lirio; añade inmediatamente que ese lirio crece entre las espinas. Os explicaré los diversos sentidos que ofrece este segundo pensamiento; encuentro dos especialmente.

El sentido figurado del corazón puro comparado con el lirio en medio de las espinas, nos indica, hijas mías, las prudentes precauciones que es necesario tomar para conservar en toda su belleza y en todo su lustre esa delicada virtud. Es necesario primero cercarla de fuerte barrera para que no puedan dañarle sus enemigos; porque ¿cuál es la razón de que cerquen las espinas al lirio?

Ved esos tiernos arbolitos, esas vides, esas otras plantas que hay que guardar con particular interés; ¿qué hacemos con ellas? las rodeamos de espinos; de este modo las defendemos de los animales que pudieran perjudicarles, y por eso escogemos con preferencia los espinos, cuyas ramas y las heridas que causan pueden con seguridad servirles de defensa. Del mismo modo, si no queréis que se aproxime el demonio á un corazón puro, defendedle con una barrera saludable. ¡Ah! ¡si supiérais, hijas mías, los estragos terribles que hace en las almas, el estado lastimoso á que reduce á veces á las jóvenes cuyas primeras faltas y cuyas imprudencias le dan en cierto modo dominio sobre ellas!

Cuántas veces se ha visto á ese espíritu inmundo tomar posesión de un corazón culpable, establecer en él su aborrecible morada, extender sus derechos hasta sobre el cuerpo, agitar y atormentar á la desdichada, arrojarla violentamente al suelo, hacerle dar gritos lastimeros... y en aquellos horribles dolores que apenas si podían calmar ni la presencia de los sacerdotes ni la virtud de las palabras sagradas, se ha escuchado á ese espíritu de tinieblas,

vencido por el Santo Nombre de Jesucristo, gritar desaforadamente entre las contorsiones de la rabia: «¿Por qué me echáis del cuerpo de esta desgraciada? es mía... estoy en mi propiedad.» Sí, era verdad; una falta, una sola falta contra la hermosa virtud, retenida por falsa vergüenza, callada en la confesión, bastó para entregar al demonio aquel corazón culpable y atraer sobre él la más terrible de las desgracias.

No son muchos, es cierto, los ejemplos, y no siempre permite Dios que ejerza visiblemente el demonio sobre los cuerpos semejantes violencias; pero no deja de permitirlo alguna vez, y aun cuando no las ejecute de una manera sensible sobre esas desgraciadas, ¿quién podrá decir de qué manera atormenta invisiblemente á las almas que han tenido la desgracia de sucumbir á sus pérfidas insinuaciones, dándole con el pecado mortal entrada en su corazón? Ah! hijas mías, os suplico que pongáis fuerte barrera en derredor de vuestro corazón; cercadle de vallado de espinas, defendedle contra tantos enemigos que desean arrebatarle la inocencia. Velad, velad sin cesar sobre vosotras mis-

mas; llevamos en nosotros una naturaleza corrompida que nos hace guerra implacable; cercad bien vuestro corazón, seguid el consejo del Espíritu Santo; haced plaza fuerte de vuestras almas, hacedla impenetrable á vuestros enemigos. Pero ¿qué barreras, qué murallas pondréis en derredor de vuestro corazón para conservarle puro? ya os lo he dicho: las virtudes de la modestia, de la humildad, de la caridad, del fervor, y especialmente gran temor, gran horror al pecado y á todo lo que puede desagradar á Dios; esas son las virtudes que guardarán la pureza y esas las trincheras que es necesario levantar para defenderos contra vuestros enemigos. Pero hay además otras barreras exteriores que debéis emplear: son los auxilios de la religión; son los sacramentos, la oración, la meditación de las verdades de la fe, y el retiro. Ahí están vuestras barreras, esos vuestros atrincheramientos; así os conservaréis puras; así seréis como hermoso lirio en medio de las espinas.

Pero hay un segundo sentido no menos expresivo que el primero; ese lirio, dice el Espíritu Santo, crece entre las espinas, *inter spinas;* tal es su amada entre

las hijas de los hombres, *inter filias (hominum)*. Estas últimas son comparadas con las espinas, *sicut*, y con justicia. ¿Qué son las espinas? ¿para qué sirven? para herir, para hacer correr sangre; lo mismo hacen las hijas de los hombres. Fijaos en esa joven que va en pos del espíritu y de las máximas del mundo: puede muy bien ser comparada con las espinas. Es un encanto, se dirá, tiene mucho talento; sabe cantar, sabe bailar, obtiene grandes triunfos en todas las reuniones; en una palabra, lo es todo. Muy bien, pero y eso ¿de qué sirve? ¿Esos talentos, ese ingenio, esas dotes naturales de que le servirán, si no se sirve de ellos para Dios, si no vive sino para el mundo? ¡Ah! no sirven sino para herir, para despedazar las almas; porque, así como las espinas hieren á cuantos sin precaución se les aproximan, de la misma manera las jóvenes del mundo hacen mil heridas en los corazones imprudentes que las rodean: hieren con sus miradas, hieren con sus palabras, hieren con toda su persona; sus miradas son poco modestas; sus palabras son poco caritativas; punzan con sus murmuraciones, con sus burlas, en las cuales parecen tener tanta costum-

bre. Se presentan como las gentes del mundo, siguen sus peligrosas modas, escollo funesto de la inocencia y del pudor; allí aparecen nuevas heridas, ofenden los ojos, ofenden el corazón de los que la rodean; su baile será afeminado y voluptuoso; sus cantos serán esos aires tiernos, esa letra apasionada donde, bajo un velo más ó menos transparente, no se habla sino de esa funesta pasión que á diario lleva la desgracia y la ruina á tantas almas. ¡Pobres jóvenes, sin saberlo quizá, llevan todos los días tantas almas á los infiernos! ¡Cuántas víctimas desgraciadas de sus peligrosos incentivos les deberán la desgracia de haberse perdido, y las maldecirán por toda la eternidad! ¡Qué de peligros hay en el mundo, hijas mías! Ojalá no lo sepáis jamás por experiencia propia. No busquéis en él la modestia; no la encontraréis. ¿Y cómo puede el corazón conservar la castidad y la pureza, si no está constantemente en guardia? La perderéis pronto, si os mezcláis entre las hijas de los hombres, si vivís y os conducís como ellas. Si en ese mundo perverso queréis conservar la inocencia, guardaos de hacer como ellas, de desear ser vistas

y agradar; velad con cuidado sobre vuestros sentidos, preservadlos de todo lo que sea capaz de seducirlos; cerrad los ojos á la vanidad, no dirijáis miradas á objetos poco modestos; cerrad vuestros oídos á discursos fútiles, á elogios mentirosos, á bajas lisonjas de las cuales aparece el mundo tan locamente pródigo con las jóvenes; cerradlos á palabras alegres y ligeras, tan contrarias á la caridad como á la honestidad; jamás de vuestros labios salgan esos cantares frívolos ó esas apasionadas canciones que una pura é inocente boca no debe ni puede cantar jamás:... si os obligan á dejaros oir, y os ha dado Dios genio, hacedlo, mas sólo por complacer, sin pretensiones, sin deseo de agradar... y si no os es permitido hacer oir en medio del mundo esos hermosos cánticos que estarían allí fuera de su lugar, escoged prudentemente palabras que no dejen ni en el espíritu ni en el corazón sino sentimientos puros y saludables impresiones.

No creo necesario recomendaros, hijas mías, que jamás asistáis á esas reuniones de mucho ruído y de gran alboroto, á esas profanas tertulias, á esos lugares de

diversión y de placer, donde está fuera de su centro la joven cristiana. Que siempre y por doquiera os acompañen la modestia y el pudor. Poned vuestra vanidad en que sea vuestro ornamento la decencia; conservaréis así la pureza aún entre las hijas de los hombres, donde tantas jóvenes han tenido la desgracia de perderla; sabréis preservaros de las más ligeras manchas, y haceros más dignas cada día del nombre de Hijas de María que lleváis.

Sólo añadiré una palabra sobre la triste suerte reservada á un joven corazón que no ha sabido defender su inocencia contra los pérfidos atractivos del placer; la encuentro indicada por esas mismas espinas en medio de las cuales crece el lirio hermoso, *inter spinas*. ¿Qué se hace de las espinas? ¿qué hace de ellas el agricultor que quiere limpiar sus tierras? las arranca con la reja y las amontona después para pegarles fuego. Triste y verdadera imagen de la suerte que espera á las jóvenes insensatas, á esos corazones débiles y muelles que se dejan llevar de la vanidad, que se alimentan de lisonjas, y que concluyen por hacer sus delicias de

lo que debiera ser su vergüenza... Esas jóvenes de mundo no han querido ser modestas con las Hijas de Dios; se perderán, pues, con las hijas de los hombres; tendrán el fin de las espinas; serán arrancadas de la tierra, y, atadas con otras espinas, serán lanzadas al fuego eterno. No tengo necesidad, hijas mías, de extenderme más sobre este asunto; se explica bastante por sí mismo; basta con habéroslo indicado; que jamás llegue á vosotras. Que guardéis siempre esa pureza cuyas excelencias conocéis ya perfectamente.

CONFERENCIA III

Causas que pueden hacer perder la pureza

Habéis podido conocer, hijas mías, por las dos instrucciones precedentes, la excelencia de la virtud angélica; habéis podido apreciar sus ventajas, puesto que con ella habitan en el alma pura todas las virtudes, atrayendo sobre ella las complacencias del Señor. Se ha abierto fácilmente vuestro corazón á esas verdades, y habéis llegado hasta sentir que la pureza es un algo amable, un algo delicado, un algo precioso, y por lo tanto que no hay esfuerzo que no deba hacerse para adquirir y conservar ese inestimable tesoro.

Sin embargo, á pesar de su excelencia, puede ese tesoro perderse; hay enemigos interesados en arrebatároslo: exteriormente, el mundo y el demonio; interiormente, vuestro corazón y vuestras pasiones. Rogad mucho á Dios, hijas mías, que os guarde de esa desgracia, y que os haga bien patentes los grados por que se puede llegar á ella.

Para presentar con claridad mi pen-

samiento, os diré primero que el corazón del hombre es semejante á un árbol plantado en un hermoso jardín, que está cubierto de frutos, siendo esos frutos de varias especies. 1.°, los unos son de color, hermosura y sabor encantadores: nada falta á su perfección; es el corazón puro con sus gracias, con ese candor, con esa modestia y con esos nobles y delicados sentimientos de que os hablé en la precedente instrucción; 2.°, otros son hermosos exteriormente: nada hay que ofenda á la vista que los contempla con atención, pero, si los abrís, encontraréis dentro un gusano que se introdujo ya en la florescencia, un gusano que lo roe en silencio, y le impedirá la sazón: es el primer grado de desfallecimiento en la angelical virtud. Exteriormente nada aparece; la conducta es regular, hasta edificante; se practica y se ama la modestia; sin embargo, ya ha perdido el corazón la pureza; se agita, se inquieta, se atormenta; crecen y se desarrollan las pasiones. En tropel aparecen los pensamientos y aún los deseos criminales... Un secreto deseo de ser vista, de ser distinguida, de agradar, penetra en el corazón de la joven imprudente: ahí está

la primera desgracia, ahí está el roedor gusano que ha dado la primera acometida á la hermosura del corazón, y que muy luego llevará muy adelante sus destrozos, si no se apresura á poner remedio atajando sus progresos; 3.°, hay otros frutos que no sólo están interiormente horadados, sino que tienen manchas exteriores; están todavía en el árbol, y crecen más y más las manchas; son imagen de esos pobres corazones sobre los cuales ya ha obtenido el demonio la primera victoria. Esa joven no supo librar á su corazón de la primera impresión peligrosa, hoy, por pudor aún, oculta sus tristes secretos á los ojos de los hombres, pero no puede ocultarlos á los ojos de Dios.

Busca los culpables placeres del mundo; goza de ellos, al menos con el deseo; y esos deseos son las manchas que se extienden más y más, y que no tardarán en presentar á la faz del mundo los destrozos que ha hecho el mal en su corazón. ¿Qué digo? ya los han vislumbrado en su frente; ya los han leído en su mirada inquieta, en su semblante turbado, en su exterior abatido, tristes indicios de un corazón que ha dejado de ser puro.

4.° ¿Y los últimos frutos? ya no están en el árbol: se han extendido más y más las manchas; lo interior y lo exterior ha sido roído; han caído, y vedlos al pie del árbol que los había producido, presa de la podredumbre, de los gusanos y de los más viles y despreciables insectos. Verdadera imagen de esos corazones devorados por las pasiones, que, arrastrados por el torrente del mundo, participan de sus locuras y se entregan á sus goces envenenados. No están ya en el árbol, ha quedado interrumpida la savia del pudor, y tristes y horribles estragos vienen tras la primera caída.

Desoladoras son ciertamente esas imágenes, hijas mías, y funesta por demás la suerte de esos desdichados corazones. Para que jamás os llegue á vosotras esa desgracia, os diré las causas que han ajado el hermoso lirio de la pureza. Son cinco que son como los cinco escalones que conducen insensiblemente á la pérdida de la inocencia; cinco que es necesario evitar con la mayor solicitud, y son la *vanidad*, la *ociosidad*, la *curiosidad*, la *temeridad*, la *sensualidad*... Los recorreré rápidamente, y veréis las maniobras se-

cretas con que el espíritu de las tinieblas, en connivencia con las perversas inclinaciones del corazón de todos los hombres, se esfuerza para arrastrarnos al abismo.

La *vanidad*.—El orgullo es la inclinación más natural que tiene el hombre, y su despreciable engendro es la vanidad; ese es el vicio que dirige los primeros ataques contra la pureza del corazón. Una joven desciende de recomendable familia: en herencia tiene algunas prendas naturales, la fortuna, el ingenio, la gracia, la hermosura, los talentos y otras cosas más. Conoce todo eso; se gloría de ello: olvida que los ha recibido de Dios, que debe emplearlos únicamente en su servicio; se los atribuye como mérito personal, como conquista de su genio. Es el momento preciso en que comienza á sufrir la pureza del corazón. Comienza por recrearse en sí misma; no tardará mucho en desear agradar á los demás, y para ello ¡qué de niñerías primero! ¡qué de bajezas después! No hay espejo fiel que pueda darle gusto reflejando la hermosura real ó imaginaria de que ha hecho tanto mérito. A su mano vendrán á parar las flo-

res, las telas más raras, las modas más del día, los adornos más artificiosamente preparados, todo se pondrá en movimiento, para revelar las prendas frívolas de que la ha provisto la naturaleza. Y para adornar aquel ídolo de la vanidad perderánse horas enteras. ¿Creéis que no ha de ser humillado ese ídolo? lo será, sí; ya lo está; que llegue hasta su corazón, y que nos diga de buena fe, si su corazón permanece todavía puro. La veo que se ruboriza y que se turba. La gracia que insensiblemente se retira de aquel corazón dividido, le abandona á tumultuosos movimientos que le originan secreta confusión: buscaba los elogios; los ha obtenido, y son para ella la red en que se enreda más y más cada día, en la seguridad de perecer en ella, si Dios, en sus misericordias infinitas, no rompe esos funestos lazos con que la ha cautivado su encarnizado enemigo.

2.° Pero lo que más peligrosa hace la vanidad, hijas mías, es el ir indefectiblemente seguida de la *ociosidad*. Ha dicho la Sabiduría: *Multam malitiam docuit otiositas*. La fuente de todos los males y la escuela de todos los vicios es la ociosidad.

La actividad es la característica del espíritu del hombre, que no se ocupa sino en trabajos útiles, cuando entra en sí mismo; pero que si se detiene en objetos peligrosos, encuentra cierta funesta disposición causa de no pocas caídas. Recordad á David: sus súbditos, sus generales estaban sobre las armas; él, en su palacio, disfrutaba de las dulzuras del reposo; era el momento en que le esperaba el demonio; una sola mirada dirigida á Betsabé enciende en su corazón una pasión impura, y el que no había podido ser vencido por el gigante, cae derrotado por la mirada de una mujer. Sé, hijas mías, que no tendrán vuestras caídas semejante resonancia, mas no por eso dejarán de ser menos funestas; y aún cuando no aparezcan exteriormente, aún cuando estén ocultas en lo secreto de vuestro corazón, basta que Dios y que el ángel de vuestra guarda sean testigos de vuestras faltas que acaso no reconozcan otra causa de su existencia que la ociosidad.

San Jerónimo escribía á la piadosa Eustoquia: *Que te encuentre el demonio siempre ocupada.* Vuestro corazón está sin

defensa en la ociosidad; entregados á sí mismos vuestros sentidos, son como la ciudad cuyo centinela se ha quedado dormido, como la casa cuyas puertas y ventanas han quedado abiertas. Además, la joven que está ociosa, sin gusto por las ocupaciones serias, busca dónde y cómo distraerse, cómo *matar* el tiempo que para ella parece una carga; leerá, y ¿qué leerá? esas obras envenenadas que han perdido y pierden diariamente tantas almas; hará y recibirá visitas; sus ocios los ocuparán conversaciones inútiles, ligeras, peligrosas; buscará los placeres del mundo, y quiera Dios que la hagan volver al deber los disgustos y las amarguras que la esperan.

¿Pero puede esperarlo? Ah! ¡para eso se necesita un toque de gracia extraordinaria! un milagro, porque, si la ociosidad es la causa del vicio impuro, también es el efecto; nos lo enseña la experiencia de todos los días. Preguntadlo á esos obreros del Evangelio que han encanecido en los penosos trabajos de su ministerio, y os dirán que de todas las almas deshonradas por el vicio de la impureza que han encontrado en su camino, ni una

hubo que no fuera dominada al mismo tiempo por la pereza. Jamás se ha visto que las gentes impuras gusten de la ocupación, busquen el trabajo y se apliquen al estudio. Corrompiendo su corazón ese funesto vicio, las ha hecho perder el gusto por todo lo bueno y honesto; nada grande, nada bello, nada elevado es capaz de conmoverlas, necesitan cosas que rebajan, que envilecen, que embrutecen. No permita Dios, hijas mías, que sepáis por experiencia propia cosas semejantes.

3.º La ociosidad, hijas mías, lleva á la *curiosidad*, y no son pequeños ni pocos los peligros que para el corazón puro tiene este defecto. Ordinariamente se revela por una especie de vaga inquietud que se extiende á todo, que se echa sobre todo, y que quisiera verlo todo, penetrarlo todo y comprenderlo todo. ¡Ah! hijas mías, de tristes consecuencias, sobre todo para las jóvenes, es esta falta; expuesta está en verdad la inocencia, cuando aquella penetra en el corazón. ¡Queréis saberlo todo! y no sabéis que esos secretos á que queréis llegar, van á llevar á vuestro corazón una herida mortal. Se detendrán vuestros ojos en objetos peligrosos; se

abrirán vuestros oídos á palabras equívocas; el velo que medio las cubre las hará penetrar más fácilmente en vuestro corazón; groseras, os harán sonrojaros; equívocas, entretendrán vuestro espíritu, y preocupándose con ellas poco á poco la imaginación, se irritará, se exaltará; pronto llegará al corazón el golpe mortal, y quiera Dios que no os precipite en las postreras desgracias, vuestra primera imprudencia. Abundan los ejemplos. Allí está la hija de Jacob, la imprudente Dina: atraviesa con su padre y hermanos países desconocidos; quiere ver y ser vista, levanta su velo..... Asómbranse de su hermosura aquellos pueblos bárbaros, y la arrebatan; irritados sus hermanos vengan la injuria, y ríos de sangre derramada por su causa enseñan á las generaciones venideras las desgracias de que puede ser causa la indiscreta curiosidad.

¡Cuántos peligros lleva en pos de sí, sobre todo en nuestros tiempos, en que por todas partes se ve amenazada la inocencia, un defecto semejante! En la época en que vivimos, hijas mías, ¡cuántos peligros se presentan á vuestro paso, por poca entrada que déis á la curiosidad! El

mal es muy precoz; las niñas de hoy están familiarizadas con vicios que causan horror. Por todas partes véis objetos que ofenden la vista: cuadros, estatuas, mujeres inmodestas. Por todas partes conversaciones que ofenden vuestros oídos; ¿dónde está la precaución de esos hombres que no se contienen ni en presencia de una joven? Lejos de abrirlos á la curiosidad, cerrad, hijas mías, los ojos y los oídos. Cuando vengan á alarmar á vuestro pudor las palabras equívocas y los objetos peligrosos, recogeos como aquella flor que á la menor impresión recoge las hojas y parece tener miedo á una mano profana. Allá en el fondo de vuestro corazón hágaos buscar un asilo la pura delicadeza. Allí reside el Señor; que el rubor de vuestra frente y la modestia de vuestros ojos anuncien exteriormente el sentimiento que os domina. Cercaos de ese seto de espino de que os hablé ayer, seto saludable que no pueden franquear animales inmundos, y que conserva con todo su lustre aquel lirio hermoso que ha hecho abrirse el cultivo.

4.° Por defecto de sabias precauciones pierden á los ojos de Dios su hermo-

sura tantos corazones, porque con frecuencia se juntan á los peligros de la curiosidad los de la *temeridad.* Quiere decir que con frecuencia nos enredamos nosotros mismos, ó más bien que, bajando la cabeza, nos lanzamos al peligro, donde es de todo punto imposible que no naufraguemos.

¡Cuántos peligros amenazan vuestra inocencia desde que llegáis á la edad de presentaros en el mundo! Aparece ese mundo seductor con sus conveniencias, con sus costumbres y con sus engañosos encantos. A vuestro paso quiere derrochar placeres una familia que os ama, pero no siempre tiene por consejera á la prudencia. Una prima, una amiga, una hermana, y á veces alguna autoridad, que se impone con más fuerza, pone todos los medios para seduciros. ¿Qué haréis entonces, hijas mías? ¡Ah! orad y gemid delante del Señor; atrincheraos en vuestra edad, en vuestras inclinaciones, en vuestros deberes; emplead las caricias, las súplicas, para no exponeros al peligro; echad lejos de vuestro corazón el atractivo de esos pérfidos placeres; recordad las palabras del Sabio: *Qui amat periculum,*

in illo peribit. «El que ama el peligro, perecerá en él.» Si las disposiciones de la Providencia os llevan al medio del mundo, si vuestro corazón que se ha conservado puro, sólo gimiendo, cede á sus órdenes, tened confianza, hijas de Jesucristo, que El sabrá defenderos. Acordaos de los tres jóvenes hebreos en el horno, y de Daniel en la cueva de los leones, y de Ester esposa de Asuero, conservando la fe en medio de un pueblo idólatra, la humildad en el seno de los más altos honores, y la pureza del corazón en las delicias de una corte corrompida. Acordaos de tantas Santas que en el trono han sabido conservar en toda su frescura la flor de la castidad: Santa Eduvigis, Santa Isabel, Santa Batilde, Santa Pulqueria y tantas otras; su ilustre memoria es un testimonio auténtico del poder de la gracia, de los admirables efectos de la protección divina, que ponen al abrigo de todo peligro á las almas fieles y generosas.

Pero si deseáis ese peligro, si lo buscáis, si os lanzáis en él de intento, ¡ah! en vano esperaréis un auxilio de que os habéis hecho indignas. Ofendido Dios por vuestras infidelidades, se retira: os aban-

dona á la debilidad de vuestro corazón, á la impetuosidad de vuestras pasiones, y, claro está, naufragaréis miserablemente. ¡Ojalá no fueran tan numerosos los ejemplos! no tendríamos la desgracia de llorar la pérdida de tantas incautas jóvenes que se han dejado prender en las redes de un mundo pérfido. Vemos que se renueva diariamente esa desgracia, y de cuantas jóvenes se extravían, no hay una que al volver, cuando tiene la facilidad de volver, no confiese que la temeridad la llevó á dar los primeros pasos en la carrera que le ha costado tantas lágrimas. Puestas en medio del mundo ¡con qué dificultad dejaríais de tomar parte en su funesta embriaguez! ¡Son tan brillantes sus fiestas y tan lisonjeros sus discursos! ¡está tan hábilmente disfrazado y es tan dulce y sabroso el veneno que os presenta! Lo ponéis en los labios, estáis perdidas: pronto os subyugará y cargará de cadenas que no podréis quebrantar. Huid, pues, hijas mías, huid de las engañosas caricias de esas sirenas que no os atraen sino para perderos; huid, no esperéis librar de otra manera vuestra inocencia de los lazos que se la tienden; no confiéis en vuestros prin-

cipios, en vuestra fe, en vuestra piedad: todo eso se avería y pierde completamente la fuerza que le es propia desde el momento en que os exponéis á vosotras mismas; huid, el arma más segura es la fuga; más aún, es la única que puede daros la victoria sobre enemigos tan peligrosos.

Además, hijas mías, ¿solas vosotras habéis de ser defendidas de ese tropel de peligros que os rodea? ¿no responderá una joven de las heridas que otras hayan recibido por su causa? Quiere aquélla joven insensata aparecer con cierta superioridad en las reuniones; se adorna y hace estudio especial para agradar: ¡muy bien! consigue grandes triunfos; ¡mas para cuántas infelices no es piedra de esescándalo! ¡y de cuántos pecados mortales no se carga ante Dios! No se excuse con la rectitud de su intención: la intención jamás justifica una imprudente y presuntuosa conducta, cuyo móvil principal es la vanidad. Para satisfacer esa vanidad perdéis las almas de las otras y perdéis la vuestra, porque ha dicho el Espíritu Santo: «El que ama el peligro, en él perecerá». *Qui amat periculum, in illo peribit.*

5.° Pero hay otro más pavoroso peligro, porque su principio lo llevamos en nosotros mismos: es la *sensualidad*. No entiendo por sensualidad, hijas mías, el defecto de almas vulgares y groseras que se entregan sin reserva á esas miserables inclinaciones que reprueba ya la sola educación. Gracias á Dios, no tengo aquí necesidad de combatirla: la razón y la decencia bastan para preservaros; pero hay otra más delicada y más fina sensualidad que debo presentaros como uno de los más peligrosos enemigos de la pureza: es esa inclinación, muy común por desgracia entre las jóvenes de la buena sociedad, que las hace esclavas de los sentidos, y las lleva á buscar siempre el regalo. Las comidas más exquisitas, los perfumes más regalados, las flores más aromáticas, los cantos más armoniosos, los vestidos más perfeccionados, los muebles más cómodos, todo es un tributo que se paga á esa pasión peligrosa, que se trata de corregir por lo mismo que se ve en ella cierto gusto exquisito; pero que no conduce menos, aunque á la sordina, á la ruina de esa pobre alma de que se ha hecho dueña y señora. Seguid á la joven sensual

en sus hábitos diarios: veréisla atenta siempre á halagar todos sus gustos, y temblar de miedo al hablarle de mortificación. Habladle de la necesidad que tenemos de redimir nuestras faltas con algunas expiaciones, de reprimir nuestras pasiones con saludable rigor, ó de prevenir las tentaciones con prudentes preservativos: no le faltarán pretextos para librarse de esa necesidad indispensable: su salud siempre delicada, sus múltiples ocupaciones, sus deberes sociales tan imperiosos, que no puede creerse en la obligación de añadir á ellos práctica alguna de la religión que pueda parecer obligatoria; y si la instáis, os dirá que esas mortificaciones son sólo para las almas perfectas, y que, después de todo, no ve mal alguno en gozar de las dulzuras que ha puesto el Señor en nuestras manos. Tal es el lenguaje de las personas ligeras ó esclavas de sus sentidos, y de las gentes que no poseen el verdadero espíritu del cristianismo. ¿No os ha sucedido á vosotras lo mismo, hijas mías? ¿no habéis pensado del mismo modo? ¿no habéis obrado así también? Si así lo habéis hecho, creedme, ha sido la chispa más peligrosa que

habéis encerrado en vuestro seno. ¿Cómo queréis que ese cuerpo halagado en sus sentidos, acariciado, convertido en ídolo, no concluya por volverse contra vosotras y ponerse del lado de vuestro enemigo? Debíais tratar á ese cuerpo como á un esclavo, como enseña San Pablo: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo.* Acariciáis á un esclavo, lo acostumbráis á comodidades, á deleites y á solicitudes que debiérais impedirle: él se volverá contra vosotras, dice el Espíritu Santo. Debéis vivir del espíritu, mortificando con él las obras de la carne. *Si spiritu facta carnis mortificaveritis;* no lo hacéis, la carne os dominará; y una vez que os hayáis doblegado ¿quién podrá contar las ignominias del yugo que os impondrá?

Pero decís: ¡Y yo qué mortificaciones puedo hacer, si soy tan joven! ¿Deberé vivir en continuo tormento, imponerme privaciones, contrariar mis gustos, reprimir inclinaciones que á la postre nada tienen de culpables? Hijas mías, muchos Santos, ó más bien todos los Santos, las han hecho antes que vosotras. Para no citar sino algunos, ved á un S. Luis Gonzaga y á un San Estanislao de Kostka: ¡qué

espíritu de penitencia, cuántos ayunos, cuántas vigilias, cuántas maceraciones, qué ingeniosas industrias para encontrar por doquiera nuevas fuentes de mortificación y sufrimientos! En tiempos más lejanos, los Santos solitarios del desierto, que pasaban, no digo ya días, sino semanas y aun cuaresmas enteras sin tomar alimento alguno. En tiempos más remotos todavía, los mismos Apóstoles que habían aprendido en la Escuela de Jesucristo lo que debe pensar el cristiano de la mortificación de los sentidos. Santiago, para quien los alimentos se habían hecho cosa extraña. San Pablo cuyas palabras acabo de citaros. «Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre.» ¿Y queréis, hijas mías, conocer la razón de esos santos rigores? Es, continúa el santo Apóstol, «de miedo de que, habiendo predicado á los otros, me haga á mí mismo reprobado.» Pensaba, y como él han pensado los Santos de todos los tiempos, que las inclinaciones, aun las más inocentes, pueden causar grandes estragos en el alma, cuando son demasiado halagadoras, y que en el estado de depravación en que cayó nuestra naturaleza con la falta de nuestros prime-

ros padres, no podemos preservarnos del pecado, sino con ayuda de exacta vigilancia y continua mortificación.

El Evangelio no puede estar más claro sobre este punto. «Si no hacéis penitencia, dice nuestro Señor Jesucristo, pereceréis todos. Desgraciados de vosotros, ricos y felices del siglo, que ya tenéis vuestro consuelo en el mundo.—Si alguno quiere ser mi discípulo, renúnciese á sí mismo y tome su cruz.» ¿Qué significan esos pasajes sino que todos los cristianos están extrictamente obligados á declararse continua guerra, y á representar en sí mismos la mortificación de Jesucristo? Severas son ciertamente estas verdades, pero, como véis, están fundadas en la fe y en el espíritu de la religión. Consolaos, sin embargo, que no se os exige que seáis tan austeras como los antiguos anacoretas; ni aún se os exige que practiquéis las mortificaciones de muchos cristianos de nuestros días; lo que se os pide es esa mortificación del espíritu que sabe reprimir la solicitud de una curiosidad peligrosa; esa mortificación del corazón que se impone á una sensibilidad excesiva, y que podría por lo mismo ha-

cerse funesta; esa mortificación de la voluntad que, aficionándoos á la fiel observancia de vuestros deberes diarios, os cercará como con una barrera que vuestros enemigos no podrán franquear. Ved, hijas mías, lo que se os pide, lo que todas podéis, lo que, si lo observáis, bastará para conservar en vuestro corazón la más hermosa y la más amable de todas las virtudes.

Hay un punto, hijas mías, que acabo de indicaros, y por el cual no debo pasar á la ligera, porque es importantísimo en el asunto de que tratamos. He dicho que os es necesaria la mortificación del corazón: del corazón salen los primeros dardos que lastiman esta angelical virtud.

A vuestra edad sois tan fácilmente amables, os inclináis con tanta facilidad á personas que á sus prendas exteriores parece unen cualidades dignas de toda confianza, que no es raro ver que os dejáis llevar á ciegas de las primeras impresiones que recibís: ¡cuántos peligros no encuentran en esto los corazones sin experiencia! ¡Creéis que no hacéis más que seguir las loables inclinaciones que llevan al corazón bien nacido á estimar y á amar

todo lo que se presenta como bueno! No fácilmente se define el sentimiento que poco á poco se insinúa en el alma; sólo se ve que se le mezcla cierta vivacidad, cierta solicitud, cierto malestar que revelan la naturaleza inquieta en que ya germinan las pasiones... Sí, hijas mías, lleváis y llevamos todos en nosotros mismos los funestos principios de las pasiones; bien poco se necesita para encenderlas en el corazón... y en la juventud principalmente; ¡qué lejos pueden ir los estragos! ¡qué deplorables consecuencias pueden tener! ¡Si supiérais cuántos males se ahorran, cuántas caídas se economizan, previniendo con cuidado los primeros arranques! La vigilancia, la modestia, la oración, sobre todo la frecuencia de los sacramentos, la tierna devoción á María, son los medios de ahogar en su nacimiento esos leoncillos que con el tiempo serán leones contra los cuales será impotente, por tardía, toda resistencia. Indispensable os es también la fuga de las ocasiones, á menos de que os sea imposible; pero velad con solicitud, estudiad vuestros sentimientos; ved si hay alguien hacia el cual se sientan arrastrados, y en cuanto veáis que allí en

vuestro interior se inflama vuestro corazón, contenedle, reprimidle por legítima que aparezca vuestra afición.

Os hablaré aquí sin rodeos: hasta para una joven amiga, guardaos de abrir vuestro corazón á una afección demasiado tierna, demasiado viva; lo diré de una vez; demasiado sensual: nada más justo ni más legítimo que el cariño á tales personas; es bueno y laudable, cuando se encierra en sus justos límites. Pero esos sentimientos tan dulces, tan vivos, que saborea el corazón, y de los cuales se alimenta con delicia, son como las flores que ocultan serpientes venenosas: no se sospecha el peligro, se entrega á una inclinación que se cree permitida; pero pronto se robustece esa inclinación, se convierte en pasión que seca y aja el corazón. Se concluyó el fervor en la oración, se concluyó el gusto por las cosas de Dios; un solo objeto llena el corazón; Dios no ocupa ya el primer lugar.

Pronto se enfría la caridad, no queda más que tibieza, indiferencia para todo lo que no sea el objeto amado; se va aún más lejos, se siente aversión por todo lo que tiende á poner obstáculos á la pasión

que domina, y en la cual se ha cegado enteramente; entonces la ingratitud, el olvido de los deberes, con frecuencia los arrebatos de la cólera y otras faltas más graves aún, manifiestan exteriormente las agitaciones de aquel corazón que ya no tiene paz, porque ha cesado de ser puro.

¡Cuánto más dulce y consolador es, hijas mías, dirigir nuestra afición á objetos dignos sólo de que los poseamos. Dios sólo, sólo Jesús, sólo María pueden ser amados sin peligro, y de todo corazón, *toto corde,* sin precauciones, sin reservas: todo es allí puro, todo dulce, todo legítimo.

Digamos, pues, con todo el fervor de nuestra alma: Corazones Sagrados de mi Salvador y de mi Santa Madre, os amo con todo el amor de que soy capaz; pero mis deseos son de amaros más aún; aumentad en mi corazón vuestro santo amor; extended, inflamad ese fuego para que penetre todo entero y destruya en mí todo otro amor. Vos sólo sois infinitamente perfecto, infinitamente amable; á Vos amaré con amor sin mezcla, sin reserva y sin inconstancia, hasta que me concedáis la gracia de llevarme para amaros sin medida á la mansión de los Santos. Amén.



EJERCICIO DE LA SANTA MISA

OFRECIMIENTO DEL SANTO SACRIFICIO

Os ofrezco, Señor, el augusto Sacrificio al que voy á asistir conformándome con las intenciones de Jesucristo y de la Santa Iglesia; os lo ofrezco para glorificaros, para daros gracias, para satisfacer á vuestra justicia, para obtener las gracias que necesito y renovar la memoria de los sufrimientos y de la muerte de mi Salvador. Dignáos dar fijeza á la volubilidad de mi espíritu, y penetrar mi corazón de sentimientos de tierna piedad para asistir con fruto á estos adorables misterios.

Al principio de la Misa

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, recibid mis home-

najes por Jesucristo que fué por mi crucificado. Juzgadme, Dios mío, pero que no sea con vuestra cólera; tened piedad de mí, según vuestra infinita misericordia.

Al Confiteor

Dios mío, sois mi Padre; he pecado contra Vos; ya no soy digno de llamarme hijo vuestro; ¡ah! qué desgraciado es el que se separa de Vos! lo he probado muchas veces; lo pruebo todos los días, cuando tengo la desgracia de quebrantar vuestra ley. Confieso delante de Vos y delante de todos los Santos, que he pecado por palabra, por pensamiento, por deseo y por obra; pero imploro vuestra clemencia, y de vuestra infinita bondad espero el perdón.

Al Kirie eleison

Divino Jesús, sé que vuestro corazón es tesoro inagotable de misericordias; por tanto, penetrado del sentimiento de mi profunda miseria,

os diré siempre con la Cananea: Señor, tened piedad de mí.

Al Gloria in excelsis

Os damos, Señor, la gloria que sólo á Vos se debe, y os pedimos la paz que habéis prometido á los hombres de buena voluntad. Os alabamos, os adoramos, os damos gracias y ansiamos procuraros toda la gloria que merecen vuestras infinitas perfecciones. Mas no podemos cumplir con este deber sino por Nuestro Señor Jesucristo; en El, con El y por El os rendimos todos nuestros homenajes.

A las Oraciones

Hacedme, Señor, conforme al Corazón de Jesús, vuestro Hijo. Comunicadme sus sentimientos y sus virtudes; penetradme de su espíritu, para que todos mis pensamientos, todos mis afectos y todas mis acciones estén conformes con sus ejemplos, y os procuren la mayor

gloria. Os lo pido por los méritos de ese Divino Salvador y por la intercesión de la Santísima Virgen y de todos los Santos.

A la Epístola

Los Profetas y los Apóstoles me enseñan, Dios mío, vuestra divina voluntad; haced por vuestra gracia que, obedeciendo con fidelidad, merezca recoger los frutos de la venida de mi Salvador.

Divino Jesús, anunciado por los Profetas y predicado por los Apóstoles, sois el Dios de mi corazón; reinad por siempre en mi alma, y no permitáis que me separe de Vos por el pecado.

Al Gradual

Van á anunciarme, Señor, las palabras de vida eterna que salieron de vuestros labios sagrados; haced que las comprenda, y purificad eternamente mi corazón para que sea aquella buena tierra en que

la divina semilla da el ciento por uno.

Al Evangelio

Adorable Salvador mío, decís en el Evangelio que el que quiera seguiros, debe renunciarse á sí mismo, tomar cada día su cruz é ir en pos de Vos. Habéis dicho también que cumple la ley el que ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo. Creo todas esas verdades; pero ¡ah! ¡cuántas veces mi conducta está en oposición con mis creencias! Me pesa, Señor. Recibid mi corazón Vos, Dios de bondad y Dios de misericordia, que no rechazáis ningún corazón contrito y humillado; os lo doy todo entero con la firme resolución de cumplir vuestra santa voluntad, cuésteme lo que me cueste.

Creo en Dios etc.

Al Ofertorio

Recibid, Padre santo, la ofrenda que en este momento os hace de sí

mismo vuestro Divino Hijo. Me uno á su sacrificio; me ofrezco á Vos como hostia viva, como perpetua víctima de vuestra santa voluntad. Con gusto os ofrezco todo lo que soy y todo lo que tengo, mi cuerpo mi alma, mi espíritu, mi memoria, mi corazón, mi voluntad, todos mis pensamientos, todas mis palabras, todas mis acciones, todas mis esperanzas, todos mis bienes, todos mis parientes, todos mis amigos. Os ofrezco mi vida y mi muerte en unión con la adorable Víctima que va á ser inmolada por mi salud y y por la de todos los hombres.

Al Lavabo

Purificad mi alma, Señor, lavadla con vuestra preciosa sangre; haced que salgan de mis ojos lágrimas de verdadera penitencia, y volvedme la inocencia bautismal, para ser menos indigno de asistir á vuestros misterios y de participar de ellos.

Al Orate, fratres

Recibid, Señor, el sacrificio que os va á ofrecer vuestro ministro por la gloria de vuestro santo Nombre, por la prosperidad de la Santa Iglesia, y por mi utilidad particular; haced que saque de él todas las gracias que necesito para serviros con fidelidad.

Al Prefacio

La Iglesia del cielo se une en este momento, Señor, con la Iglesia de la tierra, para ofreceros sus adoraciones, su amor y su reconocimiento. Indigno de unir mi débil voz á la de tantos Santos, entro en espíritu en el Corazón de Jesús, mi Salvador, y, revistiéndome de sus méritos, me atrevo á ofreceros por El todos los homenajes que no puedo rendiros por mí mismo. Me uno con el corazón y con el espíritu á todos los coros de los ángeles, y repito con ellos: Santo, Santo, Santo es el

Señor de los ejércitos, los cielos y la tierra están llenos de su majestad y de su gloria. Hosanna en las alturas.

Al Canon

Os adoramos Eterno Padre, y os rogamos por el Corazón de Jesús, vuestro Divino Hijo, recibáis esta ofrenda que os presenta el sacerdote por toda la Iglesia Católica, por nuestros Pastores, por nuestros Superiores, por nuestros amigos y enemigos. Os pedimos para ellos y para nosotros fe viva y pura, esperanza firme y constante, caridad ardiente y generosa que nos conduzca por el camino de santidad á la eterna felicidad que nos tenéis preparada. Haced sentir también, Señor, los efectos de vuestra bondad á las almas que sufren, para que acaben de purificarse de sus manchas en las llamas del Purgatorio. Acordaos de la preciosísima sangre que por ellas derramó nuestro Señor Jesucristo, sacándolas de las abrasadoras prisiones;

concededles la celestial felicidad por que suspiran.

A la elevación de la Hostia

Creo firmemente, Jesús, mi Señor y mi Dios, que estáis realmente presente en esta santa Hostia; os adoro, sólo en Vos espero, y os amo de todo corazón.

A la elevación del Caliz

Os adoro, Sangre preciosísima que habéis sido derramada en remisión de mis pecados, curadme, purificadme, santificadme.

Después de la elevación

Alma santísima de Jesucristo, santifícame; Corazón amantísimo de Jesucristo, abrásame; Cuerpo sagrado de Jesucristo, sálvame; Sangre preciosísima de Jesucristo, embriágame; Agua purísima que salíste del costado de Jesucristo, purifícame; Sudor lleno de virtud

que corriste por el semblante de Jesucristo, cúrame; Pasión de Jesucristo, fortaléceme; Amable Jesús, consérvame, ocúltame en tus llagas, no permitas que me separe de tí, defiéndeme contra la malicia de mis enemigos; llámame en la hora de la muerte; ordéname que vaya á tí, y ponme cerca de tí, para alabarte y bendecirte con los santos ángeles y arcángeles por todos los siglos de los siglos.

Al Pater noster

Dios mío y Padre mío, que estáis en los cielos; esa bienaventurada mansión es mi patria; allá deben dirigirse todos los deseos de mi corazón; te pido, para poder llegar, todo lo que me ha dicho que pida Jesucristo, mi Salvador y Maestro: la santificación de tu santo Nombre, la venida de tu reino, el cumplimiento de tu voluntad, el alimento de mi alma y de mi cuerpo, la remisión de mis pecados y de todas las penas que por ellos merezco, la fuer-

za necesaria para no caer en tentación, y el buen uso de los sufrimientos.

Después del Pater noster

Líbrame, Señor, por Jesucristo vuestro Hijo, de todos los males pasados, presentes y futuros, y concédeme la gracia de servirte con aquella paz y con aquella confianza que nada pueda alterar.

Al Agnus Dei

Divino Cordero que has derramado tu sangre para limpiarme de mis manchas, purifica enteramente mi alma, y dame aquella paz del Espíritu Santo que produce la virtud y conduce á la vida eterna.

Domine, non sum dignus

Si tienes la felicidad de comulgar, 1.º aviva tu fe en la presencia real de Jesucristo, y *dí*:

Creo, Salvador mío, que estáis realmente presente en cuerpo y alma

en la Hostia santa, y que vais á venir á mí. 2.º *Adora, y dí:* Sois mi Señor y mi Dios; os adoro; haced de mí lo que más os agrade; presto estoy á todo. 3.º *Humíllate, y dí:* No soy digno, Dios mío, de recibiros; como la nada estoy en tu presencia; soy un pecador. 4.º *Pide, perdón, y dí:* ¿Cómo he podido ofenderos, Dios mío? me pesa de todos mis pecados, perdonadme; antes morir mil veces que ofenderos. 5.º *Despierta en tí la confianza, y dí:* Divino Jesús, sois mi Salvador, Vos seréis mi salud, espero en Vos, y no será vana mi esperanza. 6.º *Forma actos de amor y de deseo, y dí:* Autor de todos los bienes, sólo el amor os trae á mi corazón ¿podré dejar de amaros? ¡Ah! sólo á Vos se dirigen todos los deseos de mi alma; venid, llenadme de vuestro espíritu, revestidme de vuestros méritos, hacedme agradable á vuestros ojos, colmadme de todas las gracias, uníos con mi corazón para vivir yo en Vos, y Vos en mí.

Si no has de comulgar realmente, comulga espiritualmente, y dí:

Jesús mío, sois infinitamente santo; no soy digno de recibiros en mi alma. ¿Por qué me impiden sentarme en este momento á la santa Mesa mis faltas multiplicadas al infinito, mis debilidades de cada día, y mi tibieza en vuestro servicio? No me neguéis siquiera la comunión espiritual; me arrepiento de mis pecados; os amo y deseo poseeros; uníos á mi corazón, y hacedle conforme al vuestro.

Después de la Comunión

Creo en Vos, Dios mío, porque sois el Dios de toda verdad; espero en Vos, porque sois el Dios de toda bondad; os amo, porque sois el Dios de toda perfección. A Vos me consagro enteramente y para siempre; vivid y reinad en mí por vuestra gracia; no puedo vivir sino en Vos, por Vos y para Vos.

A la bendición del Sacerdote

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, dignaos bendecir mi alma y las resoluciones que acaba de tomar. Sea para mí vuestra bendicion la fuente de todas las gracias y la prenda de la felicidad eterna.

Al último Evangelio

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por El, y nada de lo que fué hecho se hizo sin El. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron. Fué un hombre enviado de Dios, que tenía por nombre Juan. Este vino en testimonio para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él. No era él la luz, sino para que diese testi-

monio de la luz. Era la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por El fué hecho, y no le conoció el mundo. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le recibieron, les dió poder de ser hechos hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre. Los cuales son nacidos no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios. Y el VERBO FUÉ HECHO CARNE y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de El, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. *Deo gratias.*

Consagración (1)

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Santísima Virgen María, Madre de Dios y siempre Virgen, os escojo

---

(1) Esta Consagración es propia de todas las Congregaciones afiliadas á la Congregación primera y principal existente en Roma en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús.

hoy por mi Reina, mi Patrona y mi Madre, tomo la firme resolución, y hago propósito firme de jamás abandonaros, de no hacer ni decir jamás nada contra Vos, y de no permitir que los que de mí dependan digan ni hagan jamás cosa alguna contra el honor que se os debe.

Os suplico ¡oh divina María! que me recibáis para siempre en calidad de esclava é hija vuestra. Asistidme en todas mis necesidades, y no me abandonéis en la hora de mi muerte. Amén.

LETANÍAS

DE LA ASOCIACIÓN DE HIJAS DE MARÍA

Señor, tened piedad de nosotras.

Jesucristo, tened piedad de nosotras.

Señor, tened piedad de nosotras.

¡Oh Hija de Dios Padre, elevada sobre todas las criaturas! Reinad en vuestras Hijas.

¡Oh Madre de Dios Hijo y Madre nuestra! proteged á vuestras Hijas.

¡Oh Esposa de Dios Espíritu Santo! obtened la santificación de vuestras Hijas.

Madre de fortaleza, obtened para vuestras Hijas una virtud enérgica; ¡oh María, escúchanos!

Madre de amor, obtened para vuestras Hijas sólido, generoso y constante amor de Dios; ¡oh María, escúchanos!

Madre llena de celo por la gloria de vuestro Hijo; obtened para vuestras Hijas celo ardiente, prudente é ilustrado; ¡oh María, escúchanos!

Madre que habéis sabido conservaros pura como el lirio entre las espinas, obtened para vuestras Hijas tal amor de la pureza que tiemblen ante las más pequeñas faltas; ¡oh María, escúchanos!

Madre que jamás perdéis de vista la presencia de vuestro Dios, obtened para vuestras Hijas la felicidad de conservarla siempre, aún en medio del tumulto del mundo; ¡oh María, escúchanos!

Madre generosa, obtened para

vuestras Hijas el amor del sacrificio; ¡oh María, escúchanos!

Madre siempre pacífica, hasta en vuestros dolores al pie de la Cruz, obtened para vuestras Hijas aquel espíritu de paz que domine en ellas aún en medio de las borrascas del mundo; ¡oh María, escúchanos!

Madre llena de fe, obtened para vuestras Hijas el espíritu interior que les haga ver á Dios en todas las criaturas; ¡oh María, escúchanos!

Madre humilde y benigna, pedid para vuestras Hijas aquellas virtudes que más amaba Jesús y de que dió tan conmovedores ejemplos; ¡oh María, escúchanos!

Madre que buscabáis sólo á Dios como testigo de vuestros actos, obtened para vuestras Hijas que no tengan más miras que las de agradarle; ¡oh María, escúchanos!

Madre casta y pura, obtened que la modestia nos haga aparecer siempre como vuestras Hijas; ¡oh María, escúchanos!

Madre que despreciásteis el mundo y sus vanidades, obtened para

vuestras Hijas fortaleza para resistir á sus seductores encantos; ¡oh María, escúchanos!

Por vuestra Concepción Inmaculada, ¡oh Madre nuestra, escucha á tus Hijas!

Por el fervor con que os ofrecísteis á Dios á la edad de tres años, ¡oh Madre nuestra, escucha á tus Hijas!

Por vuestro Corazón herido de una espada de dolor, ¡oh Madre nuestra, escucha á tus Hijas!

Vos que tan sumisa fuísteis siempre á la santa voluntad de Dios, obtened para vuestras Hijas que le sean siempre fieles, ¡oh Madre nuestra, escucha á tus Hijas!

Vos que jamás habéis abandonado á nadie, sostened en medio de los peligros del mundo á las que se os han consagrado, ¡oh Madre nuestra, escucha á tus Hijas.

San José, casto guardián de Jesús y de María, ruega por nosotras.

San Juan, que tuviste el honor de prodigar á María tus cuidados, ruega por nosotras.

San Luis Gonzaga y San Estanislao abrasados en el amor de María, rogad por nosotras.

Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, escúchanos, Señor.

Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotras, Señor.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

¡Oh María llena de gracia! desde lo alto de los cielos bendice á tus Hijas.

Oración

¡Oh Jesús, que desde lo alto de la Cruz dísteis á María por Madre de todos los hombres, y que nos habéis concedido nuevo favor al recibirnos en el número de sus Hijas privilegiadas; haced que, aprovechando las gracias que derramáis sobre nosotras, se realicen en nosotras aque-

llas consoladoras palabras: *Imposible que perezca el verdadero siervo de María.* Os lo suplicamos ¡oh Jesús! por la ternura de vuestro divino Corazón y por los méritos de vuestra santa Pasión. Amén.

Ejercicios de piedad para cada día

1.º Al despertarse, las Hijas de María entregarán su corazón á Dios, diciendo: *Sagrado Corazón de Jesús, Purísimo Corazón de María, os entrego mi corazón.* Al levantarse dirán la oración *Acordaos,* para poner todas sus acciones bajo la protección de María.

2.º Pondrán el mayor cuidado en tener media hora de meditación cada día, y éste deberá ser uno de los principales deberes del día.

3.º Harán cuanto puedan por asistir diariamente á la Santa Misa, homenaje que tan grato es al Corazón de Jesús.

4.º A las *nueve* dirán en unión con todas las hermanas esta jaculatoria: *Sagrado Corazón de Jesús, Purísimo Corazón de María, os entrego mi corazón.* Esta jaculatoria irá acompañada de algunos mi-

nutos de recogimiento, uniéndose á las disposiciones interiores de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

5.° Se proporcionarán, en cuanto lo permita la casa, un pequeño Oratorio, adornado con alguna imagen ó estatuita de María. Allá se retirarán cinco minutos al medio día, y harán corto examen sobre algún defecto que quisieren evitar, ó sobre alguna virtud que quisieren adquirir. Terminarán con el *Angelus* que deben rezar también en la mañana después de la meditación, y en la tarde después de la oración.

6.° Si pudieran visitar el Santísimo Sacramento durante el día, allá debe llevarlas la devoción al Sagrado Corazón.

7.° Leerán todos los días algún libro de piedad á lo menos un cuarto de hora, y escogerán para ello el libro más propio para instruirse en sus deberes y para adelantar en la virtud. Mas por bueno que les parezca algún libro, nunca lo leerán sin haber antes consultado á su Director espiritual.

8.° A las *cuatro* se reunirán otra vez en el Corazón de Jesús y dirán, como en la mañana: *Corazón Sagrado de Jesús*, etc., etc.

9.° Rezarán todos los días el Santo Rosario para ganar las indulgencias.

10. Serán fieles á la práctica del examen de la tarde, que debe ir acompañado del dolor de sus faltas y de la resolución sincera de evitarlas en lo porvenir.

11. Antes de acostarse, rezarán el *Sub tuum* y la jaculatoria, *Sagrado Corazón de Jesús*, etc., etc.

12. Leerán una vez al mes estos ejercicios, y examinarán la manera de cumplirlos. Al principio de càda mes se sortearán los Santos del mes, y serán fieles á la práctica que les cupo en suerte.

Cuadro de las Indulgencias

que pueden ganar todos los miembros de las Asociaciones afiliadas á la gran Congregación prima primaria establecida en Roma, y enriquecida con numerosos tesoros espirituales.

Indulgencias plenarias

1.° El día de la recepción.

2.° En el artículo de la muerte.

3.° Una vez á la semana en el día señalado por el Consejo.

4.° El día de la fiesta principal.

5.º El día de la segunda fiesta, aunque se traslade á otro día y se celebre en otro lugar.

6.º El día de confesión ó revista general, una ó dos veces al año.

7.º Los días de la Natividad y Ascensión del Señor, de la Anunciación, de la Asunción, de la Concepción y de la Natividad de Nuestra Señora.

8.º Estando enfermas, el día que reciban la comunión, diciendo tres veces el *Padre nuestro y Ave María* delante del Crucifijo.

Indulgencias parciales

1.º Acompañando en un entierro.

2.º Diciendo un *Padre nuestro* y un *Ave María* por los difuntos ó enfermos, al toque de la campana.

3.º Asistiendo á las Reuniones, Oficios, Pláticas, etc., etc.

4.º Oyendo misa en día de trabajo.

5.º Examinando la conciencia en la noche antes de acostarse.

6.º Visitando los pobres enfermos y presos, ya en los hospitales, ya en otra parte.

7.° Reconciliando los enemigos.

8.° Las Indulgencias de las Estaciones de las Iglesias de Roma todos los días de Cuaresma y de las cuatro Témporas. Visitando la Iglesia de la Compañía ú otra cualquier Iglesia del lugar en que se halla, y rezando siete veces el *Padre nuestro* y el *Ave María* con *Gloria Patri* según el cuadro siguiente:

Indulgencias plenarias de las Estaciones de Roma

Enero

1.° El día de la Circuncisión de Nuestro Señor.
6. El día de los Santos Reyes.
16. San Marcelo.
17. San Antonio Abad.
18. Santa Prisca, virgen y mr.
20. Santos Fabián y Sebastián.
25. La Conversión de San Pablo.

Febrero

2. La Purificación de Nuestra Señora.
22. La Cátedra de San Pedro.
24. San Matías.

Marzo

7. Santo Tomás de Aquino.
12. San Gregorio, Papa.
19. San José.
24. Vigilia de la Anunciación.
25. Anunciación de Nuestra Señora.

Abril

25. San Marcos.
29. San Pedro Mártir.

Mayo

Todos los domingos de este mes.
1.º San Felipe y Santiago, Apóstoles.
3. La Invención de la Santa Cruz.
6. San Juan *ante portam latinam.*
8. La Aparición de San Miguel.
La Ascensión del Señor.

Junio

Todos los domingos de este mes.
24. La Natividad de S. Juan Bautista.
29. S. Pedro y S. Pablo, Apóstoles.
30. La Conmemoración de S. Pablo.

Julio

1.° La Vigilia de la Visitación de Nuestra Señora.
2. La Visitación de Nuestra Señora.
9. La Octava de la Visitación.
14. San Buenaventura.
17. San Alejo.
22. Santa María Magdalena.
25. Santiago, Apóstol.
26. Santa Ana.

Agosto

1.° Las Cadenas de San Pedro.
3. La Invención del cuerpo de San Esteban.
4. Santo Domingo de Guzmán.
5. Nuestra Señora de las Nieves.
8. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo.
10. San Lorenzo, mártir.
12. Santa Clara, virgen.
14. La Vigilia de la Asunción de la Santísima Virgen.
15. La Asunción de Nuestra Señora.
22. Octava de la Asunción.
24. San Bartolomé, Apóstol.

28. San Agustín.
29. La Degollación de S. Juan Bautista.

Septiembre

7. La Vigilia de la Natividad de Nuestra Señora.
8. La Natividad de Ntra. Señora.
14. La Exaltación de la Santa Cruz.
21. San Mateo, Apóstol.
29. San Miguel, Arcángel.

Octubre

4. San Francisco.
28. San Simón y San Judas, Apóstoles.

Noviembre

1.° Todos los Santos.
2. Día de Difuntos.
8. Octava de Todos los Santos.
9. La Dedicación de las Basílicas del Salvador.
18. La Dedicación de la Basílica de San Pedro y San Pablo.

21. La Presentación de Nuestra Señora.

23. San Clemente, Papa.

30. San Andrés, Apóstol.

Diciembre

6. San Nicolás.

7. San Ambrosio.

7. La Vigilia de la Inmaculada Concepción—en Vísperas.

8. La Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen.

24. La Vigilia de Navidad.

25. La Natividad del Señor en la primera y segunda Misa.

26. San Esteban.

27. San Juan Evangelista.

28. Los Santos Inocentes.

Hay también una indulgencia plenaria propia de las Congregaciones, y es la de altar privilegiado, título aplicado á todo altar propio de una Congregación para todas las misas celebradas en él por sacerdote secular ó regular, título que lleva consigo todo sacerdote que pertenezca á alguna Congregación, y que puede dar él á cualquier altar en que celebre

el Santo Sacrificio por los difuntos de su misma Congregación. Esto es, que por ese título, las almas son antes libradas del Purgatorio, por aplicárseles una mayor copia de los méritos de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos.

Recuerdo de los Ejercicios Espirituales

1.° ¿De dónde vienes?—De Dios que es el único que ha podido darme la existencia y la vida.

2.° ¿A dónde vas?—A Dios que es el único que puede satisfacer el deseo que tengo de felicidad sin fin.

3.° Lo demás—riquezas ó pobreza, salud ó enfermedad, honores ó desprecios, vida larga ó vida corta,—todo me es indiferente en absoluto.

4.° Solo Dios me basta; ¡me hace tanta falta Dios!

5.° El mal, el gran mal, el único mal es el pecado.

6.° El pecado lanzó del cielo al ángel; el pecado destronó al hombre; el pecado abrió el infierno.

7.° Perdidos para siempre todos los bienes; reunidos para siempre todos los

males; la eternidad en la desgracia: ese es el infierno.

8.° ¡Es Dios tan hermoso! ¡y ya no le veré! ¡es Dios tan bueno! ¡y ya no le amaré!

9.° Moriré, sí, moriré una sola vez—pronto—antes que puedo imaginar,—y, probablemente, moriré como he vivido.

10. ¡Y entónces me pedirá Dios cuenta hasta de una palabra inútil!—¿Qué podré contestar de un día, de un año, de toda una vida inútil?—¿Qué contestaré de una hora culpable, de una vida criminal?

11. Antes morir que separarme de Dios por el pecado.

12. Jesús, mi Salvador y mi Rey, me llama á tomar parte en sus trabajos y en sus combates por la salud del mundo. ¿Seré sordo á su voz?

13. Aquí me tenéis, Jesús mío, enseñadme á conoceros, á amaros y á serviros.

14. *Fiat*, dijo María: *fiat*, hágase en mí según tu palabra: Y se hizo carne el Verbo.—Por la fe y por la obediencia seré poderosa con la omnipotencia misma de Dios para establecer el reino de Jesús en mi corazón y en todos los corazones.

15. Vida oculta, obediencia: Es la más eficaz preparación para las cosas grandes.

16. Dos estandartes veo alzados; dos jefes reclaman la realeza universal: el uno para perdernos, es Lucifer; el otro para salvarnos, es Jesucristo.

17. Riquezas y honores promete Lucifer; nc puede darnos más que orgullo, el orgullo que engendra todos los vicios.

18. Pobreza y oprobios nos ofrece Jesucristo; con ello afianza en nosotros la humildad, y con la humildad nacen en nosotros todas las virtudes.

19. Por la humildad y sometido á Dios, pero sólo á Dios y á los que tienen su representación, seré libre con la libertad de los hijos de Dios, y despreciaré los elogios del mundo lo mismo que sus desprecios.

20. La humildad es la sumisión á la voluntad de Dios; comprende tres grados:

I. Perderlo todo, sufrirlo todo, y morir antes que cometer un pecado mortal.

II. Perderlo todo, sufrirlo todo, y morir antes que cometer un pecado venial.

III. Renunciar á las riquezas y á los honores para vivir pobre con Jesucristo pobre, y despreciado con Jesucristo despreciado.

21. Vida pública: está resumida en un solo pensamiento, en una sola palabra, en una sola obra: El Evangelio, que es lo mismo que decir el anuncio del reino de Dios.—El reino de Dios es la Iglesia, militante aquí abajo, triunfante allá arriba.

22. Este será el constante objeto de todos mis pensamientos, de todas mis palabras, de todas mis obras.—El reino de Dios por Jesucristo, el reino de Jesucristo por la Iglesia. Mas será necesario luchar, será necesario sufrir.

23. Sufriré, reducida con Jesús á la agonía, repetiré con El: Padre mío, hágase tu voluntad, no la mía.

24. Sufriré. Obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz, me dejaré crucificar con Jesús antes que retroceder un paso cuando se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

25. Duro es; pero tras la muerte del tiempo viene la vida de la eternidad; tras el monte Calvario está el monte de los

olivos; tras la pasión viene la resurrección; después de la cruz, la gloria.

26. Manos á la obra; con obras y no con palabras se manifiesta el amor verdadero.

27. ¿Qué puedo rehusar al que me ha dado todo lo que soy, todo lo que tengo y todo lo que puedo?

28. Quiero darme y me doy todo entero, mi inteligencia, mi corazón, mi libertad, todo lo que soy y valgo para siempre, al que tantas veces se ha dado á mí, al que se quiere dar á mí para siempre. Amén. Aleluia.

29. Corazón de Jesús, os doy y os consagro mi corazón por el inmaculado Corazón de María y por el Corazón fidelísimo de José.

30. «Medita estas cosas, ocúpate en ellas, *in his esto*, á fin de que tu aprovechamiento sea manifiesto á todos. Vela sobre tí mismo y sobre la doctrina, persevera en estas cosas; porque, haciendo esto, te salvarás á tí mismo, y salvarás á á los que te oyeren *(I á Timoteo., c. IV, v.* 15 y 16).

Marin de Boylesve (S. J.).

El que por el servicio de Dios se olvida de sí mismo, puede contar con que no le olvidará Dios.

San Ignacio

Vive seguro el que no vive para sí sino para Dios.

¿Cómo morirá en el Señor el que en vida no trabajó para el Señor?

No es humilde el que lleva á mal ó no desea ser despreciado por Dios.

¡Ay del que instruye á otros con sus palabras, y con el ejemplo los destruye!

No sabe ganar á Cristo el que no padece por Cristo.

San José de Calasanz

Que nos dé el Señor á todos abundantes gracias para conocer siempre su santa voluntad y cumplirla enteramente.

San Ignacio

A. M. P. I.

ÍNDICE

PÁGS.

Prólogo.—Las Hijas de María, de Lyón, á sus Hermanas. 5
Conferencia I.—La Hija de María considerada en sí misma y en sus relaciones con Dios. 9
Conferencia II.—La Hija de María en sus relaciones con la Congregación. . . . 25
Conferencia III.—La Hija de María en sus relaciones con las Congregantes. . . . 37
Conferencia IV.—La Hija de María en sus relaciones con la familia. 51
Conferencia V.—Modo de emplear el día la Hija de María. 66
Conferencia VI.—Las obras buenas de la Hija de María. 80
Conferencia VII.—La Hija de María en el mundo. ¿Qué debe evitar para no contagiarse en él?. 92
Conferencia VIII.—La Hija de María en el mundo. ¿Qué debe practicar para conservar la fe y derramar el buen olor de Jesucristo? 106
De la pureza, virtud angelical:
Conferencia I.—Excelencias de la pureza. . 118
Conferencia II.—De la virtud de la pureza en sí misma.. 143
Conferencia III.—Causas que pueden hacer perder la pureza. 165
Ejercicio de la Santa Misa. 189
Letanías de la Asociación de Hijas de María. 204
Ejercicios de piedad para cada día.. . . . 209
Cuadro de las indulgencias. 211
Recuerdo de los Ejercicios Espirituales. . . 218

Imprenta de José Cunill, Calle Universidad, 7




Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01313 5522